

biblioteca de patrística

juan crisóstomo

**LA EDUCACIÓN
DE LOS HIJOS
Y EL MATRIMONIO**

editorial ciudad nueva

Juan Crisóstomo
SOBRE LA VANAGLORIA
LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS
Y EL MATRIMONIO

La vastísima obra de Juan Crisóstomo ofrece numerosas reflexiones acerca del sentido profundo del matrimonio cristiano y de la labor pedagógica de los padres de familia. Juan retoma una y otra vez una serie de ideas clave a partir de las cuales es posible reconstruir su rica y jugosa doctrina sobre la familia cristiana. Las tres obras que hoy traducimos: el tratado *Sobre la vanagloria y cómo deben los padres educar a sus hijos*, así como la *Homilía XX sobre la carta a los Efesios* y la *Homilía XII sobre la carta a los Colosenses* pueden ofrecernos una visión completa y sistemática del pensamiento de Juan sobre este tema.

El empeño del Crisóstomo por dignificar la unión de los esposos y su interés por subrayar la importancia de la educación de los hijos responden al propio afán misionero que siempre impulsó al gran santo de Antioquía. La unión conyugal significa caminar unidos hacia Dios; educar es formar un cristiano: exhortando en este sentido a padres y esposos Juan pone en el hogar mismo los fundamentos de la fe.

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

39

Juan Crisóstomo



SOBRE LA VANAGLORIA
LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS
Y EL MATRIMONIO

Introducción, traducción y notas de
María José Zamora

Editorial Ciudad Nueva

Madrid-Buenos Aires-Santafé de Bogotá
Montevideo-Santiago

Reservados todos los derechos. No está permitida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1997, Editorial Ciudad Nueva
Andrés Tamayo 4 - 28028 Madrid (España)

ISBN: 84-89651-31-0
Depósito Legal: M-38175-1997

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Omnia Industrias Gráficas

INTRODUCCIÓN

La vastísima obra de Juan Crisóstomo ofrece numerosas reflexiones acerca del sentido profundo del matrimonio cristiano y de la labor pedagógica de los padres de familia. Juan retoma una y otra vez una serie de ideas clave a partir de las cuales es posible reconstruir su rica y jugosa doctrina sobre la familia cristiana. Las tres obras que hoy traducimos: el tratado *Sobre la vanagloria y cómo deben los padres educar a sus hijos*, así como la *Homilía XX sobre la epístola a los Efesios* y la *Homilía XII sobre la epístola a los Colosenses* pueden ofrecernos una visión completa y sistemática del pensamiento de Juan sobre este tema.

El empeño del Crisóstomo por dignificar la unión de los esposos y su interés por subrayar la importancia de la educación de los hijos responden al propio afán misionero que siempre impulsó al gran santo de Antioquía. La unión conyugal significa caminar unidos hacia Dios; educar es formar un cristiano: exhortando en este sentido a padres y esposos Juan pone en el hogar mismo los fundamentos de la fe.

1. *Acerca del tratado* Sobre la vanagloria y cómo deben los padres educar a sus hijos

El dominico François Combefis editó por vez primera esta obra de Juan Crisóstomo en 1656 a partir del texto de un único manuscrito, el *Parisinus graecus* 764, de principios del siglo XI. Hoy día y desde 1954, fecha de la edición de B. K. Exarchos¹, contamos con otro testigo de la tradición manuscrita, el códice *Lesbiacus Leimon* 42, de fines del siglo X.

El editor de la «princeps» calificó el tratado de «liber aureus», libro de oro, salido de una boca de oro y de una pluma de oro. Sin embargo, la paternidad de Juan Crisóstomo será puesta en duda años más tarde, de manera que en 1738 el tratado es excluido de la edición de Montfaucon y, por consiguiente, de la *Patrologia Graeca* de Migne. Hubo que esperar hasta 1907 para que S. Haidacher² defendiera la autenticidad de la obra en el prólogo a su traducción alemana.

A partir de entonces, editores y traductores se han esforzado por verificar la autoría aportando nuevos datos y despejando una a una las objeciones vertidas en contra. Las ediciones de F. Schulte, B. K.

1. *Johannes Chrysostomos über Hoffart und Kindererziehung mit Einteilung und kritischem Apparat*, ed. B. K. EXARCHOS, Munich 1954.

2. S. HAIDACHER, *Des hl. Johannes Chrysostomus Büchlein über Hoffart und Kindererziehung samt einer Blumenlese über Jugenderziehung aus seinen Schriften*, Friburgo 1907.

Exarchos y A. M. Malingrey³, así como la traducción española de D. Ruiz Bueno y las alemanas de J. Glagla y M. Gärtner⁴ consideran el *De inani gloria et de educandis liberis* como obra de Juan Crisóstomo. Son decisivos los trabajos citados de Exarchos y Malingrey, que contestan satisfactoriamente los argumentos de D. N. Moraitis⁵ en contra de la autenticidad y permiten así considerar zanjada la cuestión.

Ciertas deficiencias en el estilo y la sintaxis que han puesto en duda la autenticidad del tratado no hacen sino dar razón del tono y el carácter de la obra. En efecto, la sintaxis interrumpida, las tautologías, las repeticiones, el desorden de ideas, las digresiones, el aire de improvisación y espontaneidad

3. S. Ioannis Chrysostomi *de inani gloria et de educandis liberis*, ed. F. SCHULTE, Münster 1914; *Sur la vaine gloire et l'éducation des enfants*, ed. A. M. MALINGREY (Sources Chrétiennes 188), París 1972.

4. D. RUIZ BUENO, *De la vanagloria y la educación de los hijos. San Juan Crisóstomo, Obras ascéticas, Texto griego, versión española y notas* (BAC 169), pp. 762-809, Madrid 1958; J. GLAGLA, *Johannes Chrysostomus. Über Hoffart und Kindererziehung. Theodoros Daphnopates. Über Kindererziehung. Ekloge aus Johannes Chrysostomus. Besorgt und ins Deutsche Übertragen* (Schöninghs Sammlung pädagogischer Schriften. Quellen zur Geschichte der Pädagogik), Paderborn 1968; M. GÄRTNER, *Die Familienerziehung in der Alten Kirche* (Kölner Veröffentlichungen zur Religionsgeschichte 7), Colonia-Viena 1985.

5. D. N. MORAITIS, *Μία αρχαία χριστιανική και παιδαγωγική πραγματεία ἡ ἀποδιδομένη εἰς τὸν Χρυσόστομον «Περὶ κενοδοξίας καὶ ὅπως δεῖ τοὺς γονεάς ἀνατρέφειν τὰ τέκνα»*, Atenas 1939; cf. también su edición del año siguiente: *Ἰωάννου Χρυσοστόμου παιδαγωγικά περὶ κενοδοξίας καὶ ὅπως δεῖ τοὺς γονεάς ἀνατρέφειν τὰ τέκνα*, Atenas 1940.

que es posible apreciar en el texto son características del estilo oral⁶. El modo abrupto de comenzar y las alusiones a la actualidad nos indican, además, que nos hallamos frente a un discurso pronunciado delante de un auditorio en un momento determinado, muy probablemente en Antioquía a fines del año 393 o principios del 394⁷.

Las negligencias mencionadas se explican si consideramos que el texto, tomado probablemente por un taquígrafo poco hábil, no debió ser sometido a revisión por el propio autor. No hay que olvidar que los sermones de Juan Crisóstomo están llenos de detalles que prueban su carácter improvisado. Según un biógrafo anónimo los taquígrafos no se separaban de Juan, quien frecuentemente predicaba de improviso y no revisaba siempre sus sermones tomados al vivo⁸. En cualquier caso, estas deficiencias no pueden considerarse seriamente como un argumento en contra de la autenticidad.

2. *Importancia de la educación*

El tratado *Sobre la vanagloria y la educación de los hijos* es una obra crisostómica. Lo prueban, en primer lugar, los numerosos paralelos con el resto

6. Cf., por ejemplo, *De inani gloria* 7, 27, 36, 47, 50.

7. Según la cronología propuesta por A. M. MALINGREY, o. c., p. 47; sobre este asunto cf. también infra p. 23, nota 2.

8. Cf. A. OLIVAR, *La predicación cristiana antigua*, Barcelona 1991, pp. 600-604.

de la obra de Juan⁹ y, muy especialmente, la congruencia de los principios básicos del tratado con la doctrina del Santo acerca de la vanagloria, la educación de los hijos y el matrimonio, tres temas estrechamente relacionados en Juan Crisóstomo.

La vanagloria juega un importante papel en el pensamiento crisostómico¹⁰. Cuando el Santo denuncia la búsqueda de gloria mundana, no se refiere sólo a la sinrazón que esto supone impulsando a los hombres a amasar riquezas y a hacer un mal uso de ellas sin sacar provecho alguno¹¹; Juan se dirige al mismo tiempo contra una actitud antirreligiosa: la vanagloria aniquila la vocación trascendente del hombre, llamado por Dios a despegarse de lo terrenal y lo efímero para acceder a la gloria eterna¹².

Situando el origen de este terrible mal en la incorrecta educación de los niños desde su más tierna infancia¹³, Juan otorga una importancia de primer orden a la labor pedagógica de los padres. «Ya os he dicho que de ahí viene que el vicio sea difícil de extirpar —dice el santo de Antioquía— que nadie se preocupa de los hijos, nadie les habla de la virginidad, nadie de la templanza, nadie del desprecio a las riquezas y a la gloria, nadie de los preceptos que

9. Cf. A. M. MALINGREY, *o. c.*, pp. 295-299.

10. Cf. F. LEDUC, «Le thème de la vaine gloire chez saint Jean Chrysostome», *Proche-Orient chrétien* 19 (1969), pp. 3-32, esp. pp. 22-31.

11. Cf. *infra* p. 34, nota 19.

12. Cf. *infra* *De inani gloria* 15, nota 24.

13. Cf. *De inani gloria* 15 (final).

vienen en las Escrituras»¹⁴; y en otra ocasión: «Todo el mal está en vuestra negligencia y en que, desde el principio y desde la primera infancia, no los orientáis [a vuestros hijos] hacia la piedad»¹⁵.

Para el Crisóstomo, la educación en los valores cristianos es el único método capaz de erradicar el vicio y crear hombres y mujeres fieles a su vocación religiosa, ajenos a las seducciones de este mundo y capaces de cultivar la virtud. Esto explica el tesón con el que Juan exhorta una y otra vez a los padres a ocuparse de la educación de sus hijos, considerando la negligencia en este campo como un pecado gravísimo: «Tales padres —dice el Santo— son peores que asesinos»¹⁶.

3. *Labor educadora del padre*

Según la concepción pedagógica de Juan Crisóstomo¹⁷, educar es formar en las virtudes cristianas,

14. *De inani gloria* 17.

15. *In illud. Vidua elig.* 10; PG 51, 330.

16. *Adv. oppugn. vit. mon.* 3, 4; PG 47, 356.

17. Sobre la educación en Juan Crisóstomo cf. A. HÜLSTER, «Die pädagogischen Grundsätze des heiligen Johannes Chrysostomus», *Theologie und Glaube* 3 (1911), 203-227; R. GRÖHL, «Der heilige Chrysostomus über die christliche Familienerziehung», *Theologie und Glaube* 34 (1942), 301-307; J. DUMORTIER, «L'éducation des enfants au IV^eme siècle. Le témoignage de Saint Jean Chrysostome», *Revue de Sciences Humaines* 45 (1947), 222-238; A. DANASSIS, *Johannes Chrysostomus. Pädagogisch-psychologische Ideen in seinem Werk* (Abhandlungen zur Philosophie, Psychologie und Pädagogik 64), Bonn 1971.

convertir al niño en un «atleta de Cristo»¹⁸, un «ciudadano del cielo»¹⁹. Esta formación la obtendrá el pequeño fundamentalmente en el hogar, de la mano del padre de familia. La escuela, que basa sus enseñanzas en el acervo cultural pagano, y la vida pública, donde impera el amor a la gloria, al dinero y al poder, tienen consecuentemente una función secundaria.

Juan da por sentada la posibilidad de la educación refiriéndose a la capacidad de adaptación del niño pequeño, cuya alma es por ello comparada a la cera blanda, a una perla recién cogida y a una ciudad acabada de fundar²⁰. Empezar desde muy pronto será, pues, condición indispensable. También es importante educar constantemente puesto que la educación cristiana no es algo que pueda reducirse a un momento o lugar en la vida del niño. Educar cristianamente es acostumbrar a un estilo de vida y debe implicar a toda la familia día a día²¹. En el seno de ésta encuentra el padre a quienes pueden colaborar con él en su labor educadora: la madre y los hermanos del niño, así como nodrizas, pedagogos y demás sirvientes elegidos con gran cuidado²².

18. Cf. *De inani gloria* 19, 39, 63.

19. Cf. *De inani gloria* 39; la expresión se inspira en Flp 3, 20.

20. Cf. *De inani gloria* 20, 21 y 25.

21. La pedagogía de Juan se puede calificar de moderna pues se basa en la observación constante y diaria del niño. Para ilustrar este principio fundamental de su concepción pedagógica, Juan Crisóstomo se sirve de una imagen según la cual el alma del niño sería una estatua y los padres los escultores que trabajan en ella; cf. *De inani gloria* 22.

22. Cf. *De inani gloria* 32, 37, 38, 39, 68.

Dicha labor pedagógica es, esencialmente, una tarea de vigilancia en dos frentes: el entorno del niño y su propio mundo interior.

Para ilustrar esta idea, Juan se sirve de una imagen que desarrollará extensamente a lo largo del tratado: el alma del niño como ciudad ²³. Esta ciudad tiene cinco puertas, los cinco sentidos, y también viviendas, las facultades del alma ²⁴. El padre, legislador de la ciudad, debe, por una parte, vigilar las puertas, esto es, educar los sentidos, pues son cauces a través de los cuales el niño se pone en contacto con el mundo exterior, recibe sus influencias y responde a éstas; por otra parte, ha de internarse en la psicología del niño y tomar medidas para que éste llegue a dominar su carácter y su apetito sexual a la vez que desarrolla su capacidad de razonar, consiguiendo de este modo que practique siempre la virtud y nunca el vicio.

El método educativo que Juan propone al padre de familia encuentra su modelo en la propia actuación de Dios con los hombres: temor y promesas son el eje central ²⁵. Es típico de Juan Crisóstomo ese movimiento pendular que oscila entre tensión y

23. Cf. *De inani gloria* 63-87.

24. Las llamadas «facultades del alma» son tres: el θυμός o asiento de los sentimientos vehementes, concretamente la ira, la ἐπιθυμία, de donde surge el deseo físico y el λογιστικόν, asiento de la razón. Esta tripartición del alma tiene su punto de partida en PLATÓN, cf. *Resp.* 436A y *Timeo* 70A.

25. Cf. *De inani gloria* 30, 67, 83. El temor de Dios es para Juan Crisóstomo, de acuerdo con toda la tradición cristiana, el pilar de la educación; cf. *De inani gloria* 40, 52, 85, 86.

relajación. Así, el padre de familia debe ser severo y no dudar en servirse de las amenazas para hacer fructificar el miedo, pero siempre ofreciendo en contrapartida halagos, recompensas, cariño y comprensión. Un gran ejemplo de esto lo encontramos en el capítulo 78, cuando el padre disuade a su hijo de la diversión del teatro a base de razonamientos, caricias y abrazos.

No debemos perder de vista esta característica de la educación crisostómica nacida de la enorme sensibilidad del Santo. Juan tiene siempre en cuenta las necesidades del niño: es partidario de concederle un poco de suelta y distracción²⁶, se muestra moderado en lo que al empleo de castigos corporales se refiere²⁷ y cuando traza un plan para introducir al pequeño en el conocimiento de las Sagradas Escrituras, intenta que sea ameno y respetuoso con su edad y capacidad de comprensión²⁸.

Humanidad y severidad se dan la mano en la concepción pedagógica de Juan Crisóstomo; una severidad que viene dada por el enorme peso otorgado al ideal monástico. Resulta evidente la exigencia de su educación: el niño debe mostrarse austero en su aspecto exterior y cortarse el pelo; debe huir del

26. Cf. *De inani gloria* 30: «No obstante, cuando veas que ha sacado provecho del miedo, afloja. Porque nuestra naturaleza necesita una cierta relajación»; 39: «Pero cuando esté apesadumbrado por las fatigas del estudio —pues el alma gusta de entretenerse con los relatos de tiempos pasados— háblale...»; 78: «...procurémosle distracción. Gratifiquémosle con muchos regalos.»

27. Cf. *De inani gloria* 30.

28. Cf. *De inani gloria* 39-46 y 51-52.

lujo, la molicie, los lugares públicos, los espectáculos teatrales y las mujeres; ha de asistir a la iglesia, ayunar, velar, rezar con gran devoción, entonar salmos y tener siempre en su boca la palabra de Dios. De hecho, el modelo a imitar es el de un hombre santo, un asceta²⁹.

Sin embargo, el pensamiento de Juan ha sufrido una evolución muy clara desde los tiempos del *Adversus oppugnatores vitae monasticae* (PG 47, 319-386), donde aconsejaba a los padres encomendar la educación de sus hijos a los monjes. Ya no son ascetas lo que el Santo trata de formar, sino cristianos en medio del mundo destinados a fundar una familia a través del matrimonio, donde, a su vez, educarán nuevos atletas para Cristo³⁰; así se irá tejiendo de generación en generación una preciosa cadena de oro³¹. Vemos, pues, cómo pedagogía y matrimonio se dan la mano en la concepción crisostómica de la familia.

Juan subordina el matrimonio a la pedagogía considerando la promesa de una boda temprana y el pronto matrimonio como un método educativo capaz de poner freno al impulso sexual de los jóve-

29. Cf. *De inani gloria* 80: «Y, en una palabra, que al niño se le imprima la huella de un hombre santo».

30. Cf. *De inani gloria* 19: «No digo esto: apártalo del matrimonio; envíalo al desierto; prepáralo para que escoja la vida de los monjes. No digo esto. Lo quiero y desearía que todos lo abrazasen, pero, como parece ser una carga, no obligo». Juan Crisóstomo considera que todos los hombres y mujeres están llamados a progresar en la virtud, sin que pueda servirles de excusa tener mujer e hijos que atender; cf. *In Matth.* 43; PG 57, 464.

31. Cf. *De inani gloria* 88 y también *In illud. Vidua elig.* 10; PG 51, 330.

nes y dirigirlos por el camino de la castidad³². Las ventajas son múltiples: de esta forma se evitan las relaciones prematrimoniales y, por ello, el cariño de los esposos es más fuerte, el matrimonio más estable y el peligro de adulterio menor. Esta relación entre matrimonio y pedagogía se estrecha aún más desde el momento en que Juan pone en manos del marido la formación cristiana de su cónyuge.

4. *Labor educadora del esposo*

«Educa a tu mujer, que así se consolida el hogar»³³. En la concepción crisóstomica del matrimonio³⁴, la labor pedagógica del marido es garantía de unidad, de concordia, el bien máspreciado en la relación entre un hombre y una mujer. Esta unidad es intención primaria de Dios desde la creación de la primera pareja, cuando quiso que todo el género

32. Cf. *De inani gloria* 61, 81 y 82; sobre el matrimonio temprano como método educativo cf., además, *In epist. I ad Thess.* 5, 3; PG 62, 426; *In Gen.* 59, 3; PG 54, 518.; *In Matth.* 59(60), 7; PG 58, 583; *In epist. I ad Tim.* 9, 2; PG 62, 546; *De Anna* 1, 6; PG 54, 642s.

33. *In epist. ad Eph.* 20, 6.

34. Acerca del matrimonio en Juan cf. A. MOULARD, *Sain Jean Chrysostome, le défenseur du mariage et l'apôtre de la virginité*, París 1923; GORCE DENYS, *Mariage et perfection chrétienne chez Jean Chrysostome*, en: *Études carmélitaines* 1936; J. DUMORTIER, *Le mariage dans les milieux chrétiens d'Antioche et Byzance d'après Saint Jean Chrysostome*, *Lettres d'Humanité* 6 (1947), 102-166; C. SCAGLIONI, *Ideale coniugale e familiare in San Giovanni Crisostomo*, en: R. CANTALAMESSA (ed.), *Etica sessuale e matrimonio nel cristianesimo delle origini*, *Studia Patristica Mediolanensia* 5, Milán 1976, pp. 272-422.

humano arrancara de Adán haciendo surgir entre los dos sexos una fuerte atracción³⁵.

Para lograr esa concordia tan deseable, los cónyuges han de cumplir con la misión que cada uno tiene encomendada desde la creación misma. Según la exégesis crisóstomica de Efesios 5, 22-33, el deber del marido, como cabeza de la mujer, es el de amar a su esposa; ésta, por su parte, ocupa el lugar del cuerpo y ha de obedecerlo y respetarlo. Pero la misión que corresponde al hombre es la más importante. En efecto, amar es decisivo para asegurar la concordia y ese amor del esposo se traduce en cuidado, afecto, benevolencia, predilección, entrega y, sobretodo, responsabilidad educativa.

Seríamos injustos con el santo de Antioquía si pensáramos que al exhortar a la esposa a temer y obedecer está rebajando su dignidad, degradándola a un puesto inferior y subordinado. La razón de este orden jerárquico no es otra, según Juan, que posibilitar la paz y la concordia en el hogar³⁶. Sí, es cierto que el Crisóstomo se muestra digno hijo de su época cuando se refiere a la mujer como un ser de inteligencia inferior a la del esposo, pero no por ello merece ser tildado de misógino³⁷. Al contrario, Juan considera a la mujer como «una segunda autoridad

35. Cf. *In epist. ad Eph.* 20,1; *In epist. ad Col.* 12, 5 y, por ejemplo, *In Matth.* 42(43); PG 58, 597.

36. Cf. *In epist. ad Eph.* 20, 4 y también *In epist. I ad Cor.* 34, 3; PG 61, 289.

37. Cf. *In epist. ad Eph.* 20, 5: «El sexo femenino es más bien débil, necesita mucha ayuda, mucha condescendencia»; 7: «[el marido] trate de persuadir con razonamientos considerando que ella es

que goza de poder y mucha igualdad»³⁸, una auxiliadora del marido capaz de reportarle, si es virtuosa, grandes beneficios³⁹. Además, exige del hombre mucho respeto por la esposa, un trato digno y gran paciencia⁴⁰. «Dominémoslas no buscando mayor consideración de su parte, sino recibiendo ellas más beneficios de la nuestra»⁴¹, dice a los maridos.

Desde el momento mismo de las bodas, el esposo debe formar a su mujer en la «filosofía de lo alto»⁴², dirigiéndola con sus palabras y su ejemplo hacia la perfección, invitándola a despreciar las riquezas y la gloria mundana. Se trata, como en el caso de los hijos, de educar para Dios.

5. Grandeza del matrimonio

Resulta clara, por tanto, la dimensión religiosa de la unión conyugal: marido y mujer han de bus-

más imperfecta»; «has de educarla como a un ser de inteligencia inferior»; 9: «Hagamos lo mismo con nuestra esposa porque su entendimiento es más bien infantil».

38. *In epist. ad Eph.* 20, 6.

39. Cf. *In Iohan.* 61(60), 3-4; PG 59, 340-342.

40. Cf., por ejemplo, *In epist. ad Eph.* 20, 2: «Aunque la veas arrogante, vanidosa, despreciativa, podrás ponerla a tus pies cuidándola mucho, con amor, con cariño»; 5: «Pero cuando oigas hablar de temor, que sea un temor apropiado para una mujer libre, no como el de una esclava»; 7: «Pero que tampoco el marido..., por tener él la autoridad, recurra a los malos tratos y a los golpes»; cf. también *In Matth.* 30(31), 5; PG 57, 368; *In epist. I ad Cor.* 26, 7s.; PG 61, 222s.

41. *In epist. II ad Thess.* 5, 5; PG 62, 500.

42. Cf. *infra In epist. ad Eph.* 20, 7, nota 62.

car las cosas de arriba, agradar a Dios, a quien deben rendir cuentas de su comportamiento, y amar al cónyuge como si se tratara del Señor. El objetivo final será compartir la vida eterna después de vivir la presente en comunidad y concordia⁴³. Juan Crisóstomo tiñe de sentido escatológico su concepción del matrimonio⁴⁴.

En los esposos unidos así en el Señor, que viven en armonía y cumplen con su deber de amar y obedecer, se dará una unión perfecta, aquella que no afecta sólo a los cuerpos, sino que fusiona también las almas en una unión espiritual⁴⁵. De esta manera Juan dignifica la unión conyugal.

Es de destacar un cambio en la visión crisostómica del matrimonio ahora que el Santo está dedicado a la predicación en estrecho contacto con sus fieles. Durante los años de duras experiencias ascéticas, el joven Crisóstomo se dejó llevar de su entusiasmo por la virginidad, a la que considera superior al matrimonio, hasta el punto de ver en las preocupaciones propias de los esposos un obstáculo para la consecución de la virtud; años más tarde, sin embargo, es otro el tono de su discurso: «Si uno se casa de esta manera, por estos motivos, no será, con mucho, inferior a los monjes, ni el que está casado a

43. Cf. *In epist. ad Eph.* 20, 8.

44. Sobre el papel que juega la escatología en la obra de Juan Crisóstomo cf. F. LEDUC, «L'eschatologie, une préoccupation centrale de saint Jean Chrysostome», *Proche-Orient* 19 (1969), pp. 109-134.

45. Cf. *In epist. ad Eph.* 20, 5.

los no casados»⁴⁶, y también: «De esta manera, maridos y esposas pueden hacerse buenos y exceder a todos»⁴⁷.

Pero el matrimonio no es bueno sólo porque puede conducir a los esposos a la virtud. Deseoso de «elevar el matrimonio a la nobleza que le es propia»⁴⁸ frente a las posturas heréticas que lo condenaban y frente a las pervertidas costumbres de su época, teñidas de paganismo, Juan Crisóstomo reivindica una y otra vez la honorabilidad de la unión conyugal refiriéndose a sus orígenes: la institución del matrimonio fue el primer acto legislativo de Dios y se remonta a la creación de la primera pareja; es, por tanto, una institución antiquísima, querida y sustentada por Él⁴⁹.

La grandeza del matrimonio encuentra su máxima expresión en lo que Pablo llamó «misterio». Según la interpretación crisostómica de esta expresión paulina, el matrimonio es un misterio por ser una institución querida por Dios desde el principio, por ser imagen de la unión de Cristo y la Iglesia, y por tratarse de una realidad sorprendente desde el punto de vista psicológico dado que hombre y mujer dejan todo y a todos para unir estrechamente sus cuerpos y sus vidas⁵⁰.

46. *In epist. ad Eph.* 20, 9.

47. *In epist. ad Eph.* 20, 6.

48. *In epist. ad Col.* 12, 6.

49. Cf. *In epist. ad Col.* 12, 6.

50. Cf. *In epist. ad Eph.* 20, 4s.; *In epist. ad Col.* 12, 5.

Las palabras de Juan revelan el significado profundo de la unión conyugal al tiempo que invitan a hacer realidad día a día el gran misterio del matrimonio. Habrá un hogar cristiano allí donde un hombre y una mujer se amen en el Señor y dirijan a sus hijos por el camino de la virtud. «Eres el buen maestro de todo tu hogar y Dios te encomienda sin descanso a tu esposa y a tus hijos»⁵¹; así ve Juan Crisóstomo a un padre y esposo cristiano.

51. *In illud. Vidua elig.* 9; PG 51, 329.

Juan Crisóstomo
**SOBRE LA VANAGLORIA
LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS
Y EL MATRIMONIO**

I

SOBRE LA VANAGLORIA Y CÓMO DEBEN LOS PADRES EDUCAR A SUS HIJOS¹

LA VANAGLORIA

El verdadero carácter de la vanagloria

1. ¿Ha hecho alguno lo que he pedido?² ¿Ha rogado alguno a Dios por nosotros y por todo el cuerpo de la Iglesia para que se apague el incendio que la vanagloria ha engendrado, que daña a todo el cuerpo, que divide un solo cuerpo en muchos miembros y que hace jirones la caridad?

En efecto, igual que se arroja una fiera sobre un cuerpo noble y delicado e incapaz de defenderse, así ha clavado ella sus dientes sangrientos, le ha inyectado su veneno y lo ha llenado de gran fetidez. Unas partes, tras cercenarlas, las ha arrojado al

1. La traducción ha sido realizada a partir del texto griego editado en 1972 por A. M. MALINGREY; cf. *Introd.*, nota 3.

2. La pregunta hace referencia a una petición anterior de Juan a sus fieles en *In epist. ad Eph.* 10, 3; PG 62, 80. Las dos imágenes siguientes, la vanagloria como un fuego y como una bestia, aparecen también en esta homilía de Juan (cf. *In epist. ad Eph.* 10, 3; PG 62, 78 y 80); semejantes paralelismos hacen posible una cercanía en la fecha de composición de ambas obras.

suelo, otras las ha despellejado y a otras incluso las ha devorado.

Si fuera posible contemplar con los ojos a la vanagloria y a la Iglesia, vería uno un espectáculo lamentable y mucho más penoso que los que suceden en los estadios: el cuerpo tirado al suelo y aquélla arriba, puesta encima, lanzando miradas a todas partes y conteniendo a los que tratan de caer sobre ella, sin apartarse nunca ni dar cuartel.

¿Quién, entonces, espantará de nosotros a esta fiera? Es tarea del que ha organizado el combate el enviar a sus ángeles cuando invocamos su auxilio y, amordazando éstos con una especie de cuerdas su hocico osado e impudente, el llevársela de este modo³. Pero el que ha organizado el combate hará esto sólo si, una vez retirada, no la buscamos de nuevo. Si los envía ordenando que la terrible fiera se aleje de nosotros y nosotros, después de salir sanos y salvos y de estar apartada en su madriguera, levantándonos con miles de heridas la vamos a buscar nuevamente, hacemos ruido y la azuzamos para que salga, ya no tendrá compasión de nosotros nunca más ni nos perdonará la vida. *¿Quién se compadecerá —dice la Escritura— del encantador mordido de serpiente y de todos los que se acercan a las fieras?*⁴.

3. Es Dios quien organiza el combate y encarga a sus ángeles amordazar a la bestia; éstos aparecen en las Escrituras en lucha contra el demonio y como protectores de los hombres; cf. Gn 48, 16; Hb 1, 14; Ap 12, 7.

4. Si 12, 13.

2. Entonces ¿qué? ¿Cómo podríamos librarnos de este demonio malo y perverso? Pues es un demonio, realmente, aunque de amable aspecto.

Igual, en efecto, que si un demonio transformado en prostituta, cubierto de muchos adornos de oro, revestido con delicados mantos y despidiendo mil aromas, hubiera tomado la imagen de una mujer muy deslumbrante, eclipsando así la belleza más extremada; si luego apareciera también en aquella edad que más excita las almas de los jóvenes, ofreciendo la flor misma de la juventud, ceñido con un cinturón de oro y enseñando unos rizos artísticamente trenzados cayendo de su cabeza, semejantes al moño persa⁵; si se hubiera colocado una diadema alrededor de la cabeza, con lo que añadiría a los cabellos desnudos un gran adorno, y mostrara alrededor de su cuello destellante oro y piedras preciosas; si, además, estuviera en pie con el aspecto de una prostituta muy joven en un lugar apartado, delante de un burdel, y simulara, encima, mucha vergüenza, ¿a quién de los que pasaran por delante no seduciría?

Pero si después de esto, una vez dentro de la casa, se despojara de toda aquella belleza, mostrándose a sí mismo como un ser negro, ardiente y salvaje, cual conviene a un demonio; si pusiera fuera de sí al desgraciado caído en su poder y, saltando

5. El moño llamado *κροβύλος* apareció en Grecia en el siglo VI a.C., siendo considerado más tarde símbolo de costumbres relajadas; aquí tiene, pues, sentido peyorativo como el adjetivo *περσικός*, que evoca la corrupción tradicionalmente atribuida a los persas.

sobre él y tras apoderarse de su alma, transportara su razón con báquico furor..., algo así es el malvado demonio de la vanagloria.

Pues, ¿qué parece ser más encantador que ella?, ¿qué más amable? Sin embargo, si vemos que la cosa es ilusión, que es comedia, no nos dejaremos atrapar en sus redes ni caeremos ante la puesta en escena. Porque lo que se ha dicho acerca de la prostituta podría decirse también de ésta ⁶ con razón: *Pues miel destilan los labios de la extraña* ⁷. Quien dijera lo mismo sobre la vanagloria no se equivocaría.

3. Pues como el fruto de Sodoma ⁸, tal es la vanagloria. Efectivamente, también aquél tiene un aspecto deslumbrante y a quienes lo contemplan les transmite a primera vista la impresión de tratarse de frutos sanos. Pero si coges en tu mano una granada o una manzana, cede al punto bajo los dedos y, hecha pedazos la piel que la envolvía, los deja caer en polvo y ceniza.

Algo así es también la vanagloria. Al contemplarla parece ser algo grande y admirable, pero si la retenemos en nuestras manos, arroja nuestra alma inmediatamente al polvo. Y que tal es la vanagloria

6. Alude a la prostituta bajo la cual está oculto el demonio.

7. Pr 5, 3.

8. Los frutos de Sodoma a los que se refiere Juan (cf. también *In epist. I ad Thess.* 8, 3; PG 62, 442) no son fáciles de identificar; es posible que se trate de la calotropis prócera o mudar (cf. GÄRTNER, o. c., p. 211).

resulta evidente por muchas razones. ¿Por qué? ¿Queréis que empecemos primero por los paganos⁹?

Los benefactores de la ciudad

4. Está lleno el teatro y todo el pueblo, sentado hasta lo más alto, ofrece un espectáculo brillante y compuesto de tantas caras que, a menudo, la propia galería superior y el techo que la recubre quedan ocultos por los cuerpos de la gente¹⁰. Ni tejas ni piedras pueden verse, sino que todo son caras y cuerpos de personas.

Cuando delante de todos efectúa su entrada el hombre generoso que los ha reunido, se levantan inmediatamente y lanzan como por una sola boca una sola aclamación, llamándole todos al unísono protector y benefactor de la ciudad común al tiempo que extienden las manos. Luego lo comparan con el

9. La expresión griega οἱ ἔξωθεν, esto es, «los de fuera», designa desde 1 Tm 3, 7 a los no cristianos, a los paganos; aquí se refiere, además, a aquellos ricos curiales encargados de costear juegos en el circo y representaciones de teatro para disfrute de sus conciudadanos, de acuerdo con una práctica habitual en las ciudades de la Antigüedad desde época helenística y hasta fines del siglo IV de nuestra era; sobre la vigencia de este fenómeno en la Antioquía de Juan Crisóstomo cf. A. NATALI, *Christianisme et cité à Antioche à la fin du IV^e siècle d'après Jean Chrysostome*, en: *Jean Chrysostome et Augustin. Actes du Colloque de Chantilly 22-24 Septembre 1974*, ed. CH. KANNENGISSER (Théologie historique 35), París 1975, pp. 41-59.

10. La galería que forma la parte más alta del teatro tenía arcadas y estaba cubierta; según la descripción de Juan, las gradas estaban llenas y los espectadores abarrotaban esta galería.

más grande de todos los ríos, parangonando la amplitud y profusión de su generosidad con la crecida de las aguas del Nilo. Dicen incluso que es un Nilo de dones. Los que quieren adularlo más, considerando que la comparación ésa del Nilo es pequeña, se dejan de ríos y de mares y, sacando en medio al océano, le dan este nombre: lo que es aquél en aguas, dicen, es éste en larguezas. En una palabra, que no hay especie de alabanza que se dejen.

Radiante es el rostro de la vanagloria. Sin embargo, vosotros tenedme bien en mente la figura de la joven con la que arreglamos al demonio cuando lo cubrimos de adornos de oro y le prestamos la juventud de una prostituta, y veréis que no es mucha la diferencia con esta imagen.

5. ¿Qué pasa después? Tras inclinarse respetuosamente ante ellos y honrarlos también él con este gesto, toma asiento mientras todos lo consideran dichoso y cada uno en particular hace votos para llegar a ser lo que aquél es entonces y luego morir inmediatamente.

Después de mucho gastar oro y plata, caballos, vestidos, esclavos y todo este tipo de cosas, y de agotar muchos bienes, lo cortejan de vuelta con grandes elogios, pero ya no son tantos pues, una vez terminado el teatro, cada cual se apresura a sus asuntos privados. Luego, en casa, los banquetes son suntuosos, mucho el regalo y grande el esplendor de la jornada. Hacia el mediodía otra vez lo mismo y así dos o tres días. Ahora bien, en cuanto todo se agota, incluídos mil talentos de oro, es entonces

cuando se revela la escoria, la ceniza y el polvo ¹¹ que es este griterío.

6. Porque cuando en casa echa cuentas y considera la desmesura del gasto, entonces se lamenta. En efecto, mientras está satisfaciendo su deseo como tomado por una borrachera de vanagloria, haría desembolso incluso de sí mismo y no puede darse la menor cuenta del daño. Pero una vez en casa, dentro de la casa de este demonio, ve que su momento ha pasado una vez disuelta la reunión y cuando mira hacia el teatro, encuentra que está vacío de espectadores, que nadie dice nada y que el daño no es producto de la imaginación, sino que pertenece ya al plano del dinero. Entonces se percató de la ceniza.

7. Pero si después de gastar más allá de su fortuna se ve necesitado, el que antes fue llevado en alto mendiga ahora en mitad del ágora; luego, de entre los que entonces lo aclamaban como benefactor ninguno se le acerca ni le tiende la mano, sino que hasta se alegran de lo ocurrido – pues incluso entonces, cuando lo alababan, también se reconcomían de envidia y consideraban como un consuelo para sus propios males el hecho de que aquél, que de esa manera llegó a brillar, pasara a ser el más deshonrado de todos. Verdaderamente, cuando nadie se acerca ni tiende la mano, ¿qué hay más lamenta-

11. Cf. Gn 18, 27.

ble que esto? ¿No es más bien digno de lágrimas? ¿Qué podría ser más penoso?

8. Probablemente no conocéis a ninguno que haya padecido esto ¹². ¡Ojalá, en verdad, fuera sólo no tenderle la mano!, pero, al contrario, es blanco de las críticas de quienes lo alababan. «¿Por qué —dicen— hizo el loco? ¿Por qué era un enamorado de la fama? ¿Por qué motivo otorgaba sus favores a prostitutas y mimos?».

Hombre insensible. ¿No lo admirabas tú? ¿No lo aprobabas tú? ¿No lo has inducido tú a esto con tus aplausos y tus alabanzas? ¿No lo llamabas Nilo? ¿No océano? ¿No has gastado todo el día en elogiándolo? ¿De dónde, entonces, que repentinamente hayas cambiado? Y cuando hay que mostrar compasión, entonces especialmente lo acusas de lo que aplaudías en otro tiempo.

Porque, si cuando vemos a alguien castigado por aquello que censuramos, no somos tan de piedra como para no plegarnos a compasión, cuando vemos que alguien sufre algún tipo de desgracia por cosas que incluso hemos elogiado, ¿no sería preciso

12. De acuerdo con GÄRTNER (o. c., pp. 221s.) no creo, como MALINGREY (o. c., pp. 82s., n.5), que sea preciso convertir esta oración en interrogativa. La frase afirmativa no tiene por qué ser interpretada con matiz irónico, más bien al contrario: el autor considera que el caso reflejado no es tan usual como para que muchos de sus oyentes lo conozcan personalmente. En cualquier caso, estas palabras de Juan no prueban que el texto haya sido escrito antes de la repentina caída de Eutropio (17 de enero del 399) como quiere HAIDACHER (o. c., p. 37 n. 1).

ser mucho más flexibles? Ahora acusas; cuando te divertía con el espectáculo, cuando dejabas todos tus asuntos y pasabas allí el día, ¿por qué no lo acusabas?

9. ¿Ves cuáles son las obras del diablo, cuáles los frutos de la vanagloria? Yo he dicho que son ceniza y polvo, sin embargo veo que no son ceniza y polvo solamente, sino también fuego y humo ¹³. Porque no es éste un asunto que se queda en no sacar ningún provecho, sino que llega incluso a precipitar en la desgracia. Para aquellos que gastan mucho sin sacar fruto, podría ser ceniza y polvo, pero no, desde luego, para quienes sufren lo que acabo de exponer.

10. «¿Y qué? —dicen—, cuando a causa de aquellos servicios públicos ¹⁴ son honrados y admirados por muchos, ¿es acaso pequeño este fruto?». Sí que lo es, y mucho; pues no es grande la gloria ésta que acabo de describir, el ser blanco de las burlas y objeto de acusaciones y calumnias.

«¿Y qué les importa a los que reciben honores?». Es que no es a causa de los servicios públicos por lo que aquéllos reciben honores, sino porque se espera que vuelvan a gastar en la plebe. Si fuera por

13. Cf. Ap 9, 17s y 14, 10s.

14. Estos servicios (en griego λειτουργία) consistían en el pago de todos los costes que acarrea la organización de actos públicos, como, por ejemplo, competiciones atléticas, representaciones teatrales, carreras de caballos y carros, etc; cf. supra nota 9.

lo que han dado antes, ¿por qué les critican cuando ya no tienen más?, ¿por qué ni siquiera se les acercan, sino que incluso se mofan de ellos tratándolos de perdidos y de infames? ¿Ves cómo la vanagloria es una especie de locura?

11. Pero dejemos este aspecto que afecta a lo sumo a una o dos personas y pasemos a otro. Si alguien dijera: «¿Qué pasa, entonces, con los que gastan moderadamente en las diversiones de las ciudades?». Dime, te lo ruego: ¿cuál es el provecho? Porque también para aquéllos es efímera la gloria y el griterío.

Y la prueba de que esto debe ser así está en que si se les hubiera dado la opción de recobrar aquel dinero, o una tercera parte, o incluso lo más mínimo, y no haber oído ninguna aclamación de este tipo, ¿crees que no lo hubieran preferido mil veces? En efecto, quienes por un solo óbolo cometen mil acciones vergonzosas e impúdicas, ¿qué no hubieran hecho por tanto dinero gastado inútilmente?

12. En este punto mi discurso se dirige apremiantemente a los creyentes, que a Cristo, indigente y privado del alimento necesario¹⁵, no quieren ofrecerle ni lo más insignificante. Lo que aquéllos otorgan a prostitutas, mimos y bailarines por una sola aclamación, éstos no lo dan por un Reino eterno.

15. Cf. Mt 25, 40 y 50.

El común de las gentes

13. Pero pasemos a otra forma de vanagloria. ¿Cuál es ésta? La que es propia de la mayoría de los hombres y ya no de uno o dos.

Nos alegramos cuando se nos alaba incluso por cosas de las que no somos conscientes ni en lo más mínimo. El pobre¹⁶ hace todo con tal de cubrirse con bellos mantos, no por otra cosa, sino para ser considerado por el vulgo y, a menudo, pudiendo servirse a sí mismo compra un criado, no por necesidad, sino para no parecer un hombre sin honra al servirse a sí mismo.

¿Por qué razón, dime, servido todo el tiempo por sus propias manos, quiere ahora que le sirvan las de otro? Luego, si llega a juntar otra pieza de oro, adquiere un ajuar de plata y una casa espléndida. De esto nada es por necesidad. Si, efectivamente, estas cosas fueran por necesidad, la mayor parte de la estirpe de los hombres hubiera muerto y perecido.

Lo que quiero decir es: hay cosas necesarias sin las cuales no es posible vivir, como el producto de la tierra, que es una cosa necesaria y si ésta no trae fruto no es posible vivir. Los vestidos que nos cubren, el techo y las paredes así como los zapatos, estas cosas son de las necesarias, sin embargo todas las demás son superfluas¹⁷.

16. El pobre (πένης) es el asalariado, el que debe trabajar para vivir.

17. La distinción entre las cosas necesarias y las superfluas es uno de los principios esenciales de la filosofía estóica, que tanta influencia ha ejercido sobre el cristianismo; cf. MUSONIO, *Reliquiae*, cap. 19.

Porque si también aquéllas fuesen necesarias y no le fuera posible al hombre vivir sin servidor como no es posible vivir sin ellas, la mayoría de los hombres habría muerto, puesto que la mayoría no tiene quienes les sirvan¹⁸. Si fuera necesario usar utensilios de plata y sin éstos no fuera posible vivir, hubiera perecido igualmente la mayor parte de los hombres, pues tampoco tiene plata la mayoría.

Si alguien dijera a los que poseen plata: «¿Qué sentido tiene para ti este ajuar? Dime su razón de ser y cuál es su utilidad», ninguna otra podría decir si no es la consideración de la plebe. «También lo poseo para que me admiren y no me desprecien, y lo escondo, a su vez, para que no me envidien ni me amenacen». ¿Qué podría haber peor que esta sinrazón?¹⁹. Si lo tienes por la consideración de la plebe, muéstralo a todos, pero si temes la envidia no es bueno en absoluto poseerlo.

18. Según el propio Crisóstomo en *In Matth.* 66(67), 3; PG 58, 630 sólo un 10% de la población podía permitirse el lujo de poseer esclavos; a pesar de ello, veremos cómo en este tratado Juan Crisóstomo se refiere repetidas veces al papel de los esclavos en la vida del niño, dando, pues, por sentado su existencia en la familia. Este hecho se explica si consideramos que la posesión de esclavos era un tema tradicional en los escritos filosófico-morales de la Antigüedad a los que este tratado no es ajeno.

19. En su argumentación en contra de la vanagloria, Juan recurre a una reducción al absurdo: los que por vanagloria hacen un mal uso de las riquezas, tanto ricos como pobres, no sacan provecho alguno; es éste, por tanto, un modo de obrar contrario a la razón. Para Juan y para los antiguos en general, todo lo que va en contra de la razón es moralmente malo. Sobre la vanagloria como sinónimo de locura y sinrazón, cf. supra 10 y 13 así como *Ad illum. catech.* 5, 6 (*Sources Chrétiennes* 50, p. 203).

14. ¿Hablo también de otra sinrazón? A menudo, algunos que se privan a sí mismos de lo necesario y se consumen de hambre no descuidan estos enseres. Y si les preguntas dicen: «Tengo que guardar la dignidad»²⁰.

¿Qué dignidad, hombre? No es esto la dignidad de una persona. Entonces es que manifestaban una gran falta de dignidad Elías el Justo, Eliseo y Juan. Pues uno no tenía nada más que una piel de oveja, andaba pidiendo a una viuda, pobre también ella, y llevaba una vida propia de mendigo cuando llegó a la puerta de aquella pobre mujer y pronunció las palabras que dicen los mendigos²¹. Entonces faltaba a la dignidad también Eliseo, invitado a la mesa de una mujer necesitada²². Y faltaba a la dignidad también Juan, que ni tenía manto ni un pan siquiera²³.

Sólo hay una falta de dignidad: el poseer muchas cosas, y es, realmente, una gran falta de dignidad. En efecto, se gana fama de crueldad, de molicie, de flojedad y de orgullo, de vanagloria, de brutalidad. No es dignidad el llevar bellos mantos, sino que dignidad es revestirse de bellas acciones.

20. «Dignidad» (σχημα) designa aquí el amor propio que invita a hacer un papel lucido frente a los demás. Este deseo de granjearse la admiración y el respeto obliga a la adquisición de cosas innecesarias y es, por lo tanto, pura vanagloria.

21. Cf. 1 R 17, 8-16.

22. Cf. 2 R 4, 8.

23. Cf. Mt 3, 4 y Mc 1, 6.

15. Y oigo que muchos son objeto de admiración por esto. «Fulano, dicen, guarda su dignidad. Su triclinio está bien cubierto y tiene muchos objetos de bronce. Es un señor de su casa».

«¿Y por qué –me dicen– nos haces reproches a nosotros que poseemos estas cosas, cuando habría que hacérselos a los que tienen más?». Por medio de vosotros acuso mucho más a aquéllos. En efecto, si no absuelvo de culpa a los que tienen poco, mucho menos a los que poseen mayores riquezas.

La dignidad no consiste en el esplendor de la casa, ni en la suntuosidad de los cobertores, ni en un lecho bien cubierto, ni en un triclinio adornado, ni en una muchedumbre de criados. Todas estas cosas son exteriores a nosotros y no nos atañen en nada²⁴. Lo que a nosotros nos concierne es la moderación, el desprecio de las riquezas, el desprecio de la gloria, el reirse de la honra que viene de la masa, el considerar en nada las cosas humanas, el amar la pobreza, el transcender la naturaleza mediante una vida virtuosa. Esto es dignidad, esto es gloria, esto es honor²⁵.

24. La diferencia entre bienes exteriores, que no dependen del hombre, y los bienes interiores, que son su única riqueza, es de influencia estoica; cf. EPICTETO, *Diatribae* 3, 26. Los bienes que realmente pertenecen al cristiano son la práctica de la virtud y los valores del Evangelio (cf. *In epist. I ad Tim.* 11, 2; PG 62, 556). El fin de la educación según los principios pedagógicos de Crisóstomo no será otro que ejercitar al niño en estos valores y modelar su alma para que nazcan en ella las virtudes cristianas, haciendo que desprecie los bienes exteriores a él, esto es, las cosas de este mundo; cf. infra 17, 65, 86 y 87.

25. La verdadera gloria viene de Dios, está dirigida a Él y se

Pero la causa de todos los males viene del principio, y yo os voy a decir cómo.

LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

Importancia de la educación

16. El niño acaba de nacer; el padre organiza todo no para marcar unas pautas en su vida²⁶, sino para adornarlo y envolverlo en vestidos de oro. ¿Por qué haces esto, hombre? Sea que tú mismo los lleves, pero ¿por qué también al niño, que todavía no tiene experiencia de esta locura, lo educas en tales cosas? ¿Por qué razón colocas un adorno alrededor de su cuello? Un pedagogo²⁷ concienzudo es lo que se necesita para educar al niño y no oro.

opone a la vanagloria, que es inestable y futil y que tiene la fragilidad de las cosas humanas; cf. *In Iohan.* 38, 5; PG 59, 218s.

26. El verbo griego utilizado, *οὐμίχειν*, contiene la noción de orden, armonía, regla. Juan Crisóstomo muestra una especial predilección por este verbo con el significado de «educar», pero siempre en sentido cristiano, esto es, dirigiendo la vida del niño según unos principios determinados y orientándolo hacia un fin específico.

27. El pedagogo, la mayoría de las veces un esclavo, se encargaba de vigilar los pasos del niño y velar por su educación moral desde el momento en que, cumplidos los siete años, salía de la custodia de su madre o de la nodriza y comenzaba a frecuentar la escuela. La elección del pedagogo se convertía, por tanto, en un asunto delicado; cf. *infra* 38. Sobre la labor que Juan atribuye aquí al pedagogo, cf. 32, 37, 56, 59.

También le sueltas el pelo por detrás a la manera de una jovencita, afeminando así instantáneamente al niño y ablandando su vigor natural, infundiéndole desde el principio un desmesurado amor a las riquezas y persuadiéndolo para que se apasione por las cosas vanas. ¿Por qué le preparas un complot mayor? ²⁸. ¿Por qué haces que se apasione por lo corporal? *Es una afrenta para el hombre* —dice Pablo— *la cabellera* ²⁹. No lo quiere la naturaleza. No ha ordenado esto Dios. La cosa está prohibida. Es una superstición de los griegos ³⁰.

Muchos se cuelgan de las orejas objetos de oro. Ojalá y no gozaran con ello las jóvenes, pero vosotros lleváis esta plaga también a los varones.

17. Quizá muchos se rían de lo que digo como si se tratara de pequeñeces. No son pequeñeces sino cosas importantes, y mucho. Una joven que ha sido educada en el cuarto de su madre para apasionarse por los adornos femeninos ³¹, cuando deje la casa paterna será difícil y fastidiosa para su marido y más cargante que los recaudadores de impuestos ³².

28. El complot que amenaza al niño es el conjunto de tentaciones que lo rodean, mucho más peligrosas si el padre ha favorecido sus hábitos de lujo; cf. *infra* 54.

29. 1 Co 11, 14.

30. Entendiéndolo como los paganos; cf. Rm 1, 18-32.

31. Cf. *infra* 90, nota 115.

32. Esta comparación debía impactar realmente al auditorio dado que en el año 387, seis antes de la composición de este tratado, se había producido en Antioquía un levantamiento a causa de una subida de impuestos; sobre este asunto cf. *Ad. pop. Ant. de stat.*; PG 49, 15/222.

Ya os he dicho que de ahí viene que el vicio sea difícil de extirpar, que nadie se preocupa por sus hijos, que nadie les habla de la virginidad, nadie de la templanza, nadie del desprecio a las riquezas y a la gloria, nadie de los preceptos que vienen en las Escrituras.

18. Ciertamente, cuando desde la primera infancia los niños carecen de maestros, ¿qué será de ellos? Pues si algunos, educados e instruidos desde el seno materno y hasta la vejez, aún se tuercen, quienes desde los comienzos de su vida se han acostumbrado a oír este tipo de cosas³³, ¿qué malas acciones no llegarán a cometer?

Ahora bien, para enseñar las artes, las letras y la elocuencia a sus hijos³⁴, cada uno se toma todo tipo de molestias, pero lo de ejercitar su alma, esto ya nadie lo tiene en la menor cuenta.

19. No ceso de exhortaros y rogaros y suplicaros para que, antes de cualquier otra cosa, eduquéis

33. Se refiere al amor a las riquezas y a las cosas vanas que el padre inculca al niño desde el momento de nacer; cf. supra 16.

34. En la Antigüedad el niño frecuentaba sucesivamente tres tipos de escuela: con siete años accede a la enseñanza primaria donde el «magister ludi» le enseña a leer, escribir y contar; a los once o doce años pasa a la escuela del «grammaticus» y aprende gramática leyendo a los poetas griegos y latinos; a partir de los 15 años escucha las lecciones del «rhetor» y estudia las leyes de la oratoria; sobre este asunto cf. H. I. MARROU, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*, París 1958, pp. 359-389.

constantemente a vuestros hijos. Si, efectivamente, te importa el niño, demuéstalo de esta forma.

Por otra parte, tienes también tu recompensa. Escucha a Pablo cuando dice: *...mientras perseveres con modestia en la fe, en la caridad y en la santidad*³⁵.

Incluso si eres consciente de que hay en ti infinidad de cosas malas, a pesar de eso, piensa que tienes una especie de consuelo para tus males. Cría un atleta para Cristo.

No digo esto: apártalo del matrimonio; envíalo al desierto; prepáralo para que escoja la vida de los monjes. No digo esto. Lo quiero y desearía que todos lo abrazasen, pero, como parece ser una carga, no obligo. Cría un atleta para Cristo y, permaneciendo en el mundo, enséñale a ser piadoso desde la primera infancia.

20. Si en un alma todavía tierna se imprimen las buenas enseñanzas, nadie podrá borrarlas cuando se queden duras como marcas, igual que pasa con la cera.

Lo tienes en tus manos cuando todavía tiembla, se espanta y tiene miedo de una mirada, una palabra y cualquier otra cosa. Sírrete del comienzo para hacer lo conveniente.

35. 1 Tm 2, 15. Juan sigue una antigua exégesis de este versículo paulino según la cual la mujer obtendrá la salvación por su maternidad si contribuye a que sus hijos perseveren en la fe; cf. *In epist. I ad Tim.* 9, 2; PG 62, 545s. y *De Anna* 1, 4; PG 54, 638.

Si tienes un hijo virtuoso, tú eres el primero que goza con sus buenas cualidades y luego Dios. Para ti mismo te afanas.

21. Dicen que las perlas, nada más cogerlas, son agua³⁶. Pues bien, si el que las coge es hábil, coloca aquella gota en el cuenco de la mano, la agita y haciéndola girar con precisión la tornea y le da una forma perfectamente redonda. Cuando resulta que ha tomado forma, ya no puede cambiarla.

Efectivamente, lo tierno se presta a todo dado que todavía no tiene fijada su forma propia; por eso se deja modificar cómodamente en todos los sentidos. Pero lo duro, como si hubiera recibido una disposición especial en lo que a dureza se refiere, no sale de ella fácilmente ni se muda en otra disposición.

22. Por tanto, cada uno de vosotros, padres y madres, igual que vemos a los pintores trabajar sus pinturas y sus estatuas con gran minuciosidad, ocupémonos así de estas admirables estatuas.

Los pintores, en efecto, ponen delante la tabla y día a día van aplicando colores según convenga. Los que esculpen la piedra hacen también lo mismo, suprimiendo lo que sobra y añadiendo lo que falta.

Así también vosotros: como unos fabricantes de estatuas, emplead en esto todo vuestro tiempo fabricando maravillosas estatuas para Dios. Suprimid

36. Según un mito antiguo, las perlas surgen a partir de gotas de rocío celestiales; cf. PLINIO, *Historia naturalis* 10, 107.

lo que sobre, añadid lo que falte y examinadlas cada día, qué cualidades naturales tienen, para hacerlas crecer, qué defectos naturales, para suprimirlos. Y con gran meticulosidad desterrad de ellos, en primer lugar, lo que esté relacionado con la intemperancia, pues esta pasión perturba especialmente las almas de los jóvenes. O mejor, antes de que la haya experimentado, enseñale a ser sobrio, a estar despierto³⁷, a velar en oración, a marcar todo lo que diga y haga con el signo de la cruz.

El alma del niño como ciudad

23. Piensa que eres un rey que tiene una ciudad bajo su dominio: el alma de tu hijo. Porque una ciudad es, realmente, el alma.

Y como en la ciudad unos roban, otros practican la justicia, otros trabajan, otros simplemente hacen todo de cualquier manera, así también la inteligencia y los pensamientos en el alma.

Unos combaten contra quienes cometen injusticia, como los soldados en una ciudad; otros cuidan del conjunto, del cuerpo y de la casa, como los hombres de Estado en las ciudades; otros dan órdenes, como los magistrados. Unos hablan de impudicias, como los libertinos, otros de cosas santas, como los castos; unos son afeminados, como las mujeres entre

37. Cf. 1 Ts 5, 6. El verbo ἀγρυπνεῖν encierra aquí la idea de vigilancia frente a las pasiones.

nosotros; otros tienen una conversación ininteligible, como los niños; a unos les dan órdenes como a esclavos ³⁸, lo que son los servidores; otros tienen noble origen, lo que son los hombres libres.

24. Así pues, necesitamos leyes para desterrar a los malos, seleccionar a los buenos y no dejar que los malos se subleven contra los buenos.

Porque es como en una ciudad, que si alguien establece leyes que conceden gran impunidad a los ladrones, el conjunto da un vuelco. Si los soldados no utilizan su valor para lo conveniente, causan daño a la totalidad. Si cada uno abandona el rango que le corresponde para pasarse a otro, echa a perder el buen orden con su ambición. Así precisamente ocurre también en nuestro caso.

25. Una ciudad es, por tanto, el alma del niño. Una ciudad recién fundada y organizada. Una ciudad que tiene como ciudadanos a extranjeros todavía sin experiencia. A este tipo de gente es muy fácil educarla. Los que han crecido con un mal régimen político, como son los ancianos, difícilmente podrían cambiar; no es imposible, sin embargo, porque existe la posibilidad de que también ellos den media vuelta si quieren. Pero los que no tienen ningún tipo de experiencia sí que llegarían a admitir fácilmente las leyes que les impusieras.

38. No he adoptado la conjetura δοῦλοι de MALINGREY, sino el τοῖς de EXARCHOS, manteniendo la lección δοῦλοις de los manuscritos.

26. Establece, pues, para esta ciudad y para sus ciudadanos leyes terribles y severas, y conviértete en juez de quienes las transgredan. Porque de nada sirve establecer leyes si, además, no las sigue el castigo.

Las cinco puertas de la ciudad

27. Así pues, establece leyes y aplícalas escrupulosamente. Y es que nuestra legislación se extiende a toda la tierra habitada³⁹ y una ciudad es lo que fundamos hoy.

Sean, entonces, las murallas y las puertas los cuatro sentidos. El resto del cuerpo sea igual que una fortaleza que tenga como puertas los ojos, la lengua, el oído, el olfato y, si quieres, también el tacto.

En efecto, a través de estas puertas entran y salen los ciudadanos de la ciudad, esto es, a través de estas puertas los pensamientos lo mismo se echan a perder como que siguen el camino recto.

La lengua

28. ¡Vamos! Dirijámonos en primer lugar a la entrada de la lengua, pues es ella muy amiga de re-

39. Como el Evangelio mismo, los principios de la educación cristiana están destinados a implantarse en todo el orbe y son válidos para el mundo entero; cf. infra 54 y 74.

lacionarse. Y, antes de cualquier otra cosa, equipémosla con puertas y trancas, no de madera ni de hierro, sino de oro. Pues de oro es, verdaderamente, la ciudad que de esta manera vamos construyendo.

Porque no es un hombre, sino el propio Rey del universo quien va a habitar esta ciudad cuando esté dispuesta ⁴⁰. Y según avanza el discurso veréis dónde le asignamos su palacio ⁴¹.

Equipémosla, pues, con puertas y trancas de oro, las palabras de Dios, como dice el profeta: *Las palabras de Dios son para mi boca más que la miel y el panal*⁴²; *muy por encima del oro y la piedra preciosa* ⁴³. Enseñémosle a tener estas palabras siempre en los labios, también en sus idas y venidas, no superficialmente ni de pasada ni de vez en cuando, sino continuamente.

Las hojas de la puerta no deben estar sólo revestidas con láminas de oro, sino que hay que hacerlas enteramente de oro, sólidas y macizas, y deben contener piedras preciosas en vez de piedras incrustadas por fuera nada más. Que la tranca de estas puertas sea la cruz de Cristo, fabricada toda ella con piedras preciosas y atravesada en la mitad de las dos hojas.

40. Cf. 1 Co 6, 19.

41. Según se desprende de otros textos del Crisóstomo (cf. por ejemplo *In epist. I ad Tim.* 13, 4; PG 62, 570), este lugar es el cerebro, asiento de la facultad de razonar (cf. infra 65); en contra de estas palabras, Juan no vuelve a retomar la idea en el tratado.

42. Sal 119(118), 103.

43. Sal 19(18), 11.

Cuando hayamos construído así las puertas, macizas y de oro, y les hayamos puesto la tranca, preparemos también dignos ciudadanos. ¿Cuáles son éstos? Son las palabras santas y piadosas que enseñamos al niño a pronunciar.

Llevemos a cabo, además, una gran expulsión de extranjeros para que ningún batiburrillo de hombres perniciosos venga a unirse a estos ciudadanos: las palabras ofensivas e injuriosas, las insensatas, las desvergonzadas, las mundanas, las frívolas. Expulsemoslas a todas.

Y que ninguno atraviese estas puertas sino el Rey. Para Él y para todos los suyos permanezca abierta esta puerta, para que se diga también de ella: *Aquí está la puerta de Yahveh, por ella entran los justos*⁴⁴. Y según el bienaventurado Pablo: *La palabra que sea conveniente para edificar y hacer el bien a los que os escuchen*⁴⁵.

Acción de gracias sean sus palabras⁴⁶, himnos sagrados. Que se hable de Dios siempre, de la filosofía de lo alto⁴⁷.

29. ¿Cómo será esto posible? ¿Y de qué manera

44. Sal 118(117), 20.

45. Ef 4, 29.

46. Cf. Ef 5, 3-4.

47. Sobre el sentido cristiano de la palabra «philosophia» cf. A. M. MALINGREY, «Philosophia». *Étude d'un groupe de mots dans la littérature grecque des Présocratiques au IV^eme siècle après J.C.* (Études et Commentaires 40), Paris 1961; sobre «filosofía» en Juan Crisóstomo cf. *ibid.*, pp. 263-288.

vamos a educarlos? Pues siendo severos jueces de los acontecimientos.

La disposición del niño es, ciertamente, muy favorable. ¿En qué sentido? No lucha por las riquezas ni por la gloria —es todavía pequeño— ni por mujer, hijos y hacienda. Siendo así, ¿qué motivo tendría para la injuria y la maledicencia? Con los de su edad es toda su lucha.

30. Establece inmediatamente una ley: no injuriar a nadie, no hablar mal de nadie, no jurar, ser pacífico.

Y si ves que transgrede la ley, castígalo, unas veces con una mirada severa, otras con palabras mordaces, otras con reproches. Otras veces, sin embargo, halágalo y hazle promesas.

Los azotes, que no sean continuos, no vayas a acostumbrarlo a ese tipo de disciplina ⁴⁸. Porque si aprende a recibir correctivos continuamente, también aprenderá a despreciarlos, y si aprende a despreciarlos, se echa todo a perder.

Al contrario, que tema siempre los azotes, pero que no los reciba. Que se levante el látigo, pero que no se deje caer. Que las amenazas no lleguen a ponerse en práctica. Pero que tampoco sea evidente

48. En los hogares de la Antigüedad era usual que el padre ejerciera su autoridad echando mano del látigo. Juan Crisóstomo no descarta el castigo corporal, sí pide un uso moderado del mismo; en este sentido se muestra de acuerdo con cierto sector de la tradición pedagógica antigua partidario de un trato menos severo; sobre este asunto cf. GÄRTNER, o. c., pp. 303-309.

que las amenazas no son más que palabras. Y es que una amenaza tiene valor precisamente cuando es verosímil que se lleve a la práctica. Porque si el que ha cometido la falta conoce las intenciones, despreciará las amenazas.

Que espere ser castigado, pero que no se le castigue para que no se apague el miedo, sino que se mantenga como un fuego vivo que escarda por aquí y por allá todas las espinas, o como un azadón afilado que cava bien profundo hasta llegar a lo más hondo. No obstante, cuando veas que ha sacado provecho del miedo, afloja. Porque nuestra naturaleza necesita una cierta relajación.

31. Enséñale a ser bondadoso y amable. Si ves que se muestra insolente con el acólito⁴⁹, no hagas la vista gorda, castiga, más bien, al libre. Pues quien sabe que no puede ser insolente con su propio criado, mucho menos calumniará e injuriará al que es libre y tiene su mismo rango.

Para la maldad cósele la boca. Si lo ves acusando a alguien, pon freno a su boca y haz que hable de sus propios pecados.

32. Aconseja también a la madre que diga estas cosas al niño, así como a su pedagogo y al acólito, de manera que sean guardianes todos por igual y vigilen que ninguno de aquellos malos pensamientos

49. El esclavo que llamamos acólito (ἀκόλουθος) acompañaba al niño camino del colegio para llevar sus enseres escolares.

salga del pequeño, de esa boca que son las puertas de oro.

33. Y no me vengas pensando que es un asunto que requiere mucho tiempo. Si desde el principio te aplicas a ello con rigor, profieres amenazas y apuestas un número tan grande de guardianes, basta con dos meses y todo está encarrilado, tomando la cosa la solidez de lo natural⁵⁰.

34. Esta puerta podría así llegar a ser digna del Señor, cuando no se pronuncie ni desvergüenza ni chocarrería ni necedad ni ninguna otra cosa, sino todo lo que sea conforme al Amo.

Porque si los que instruyen a sus hijos en la milicia terrenal les enseñan bien pronto a hacer campaña, a manejar el arco, a vestir el manto militar y a montar a caballo, y la edad no es impedimento alguno, con mucha más razón es preciso que quienes militan en el ejército del cielo se revistan con todo este adorno real.

Que aprenda, entonces, a entonar salmos a Dios para no perder el tiempo con canciones vergonzosas y relatos importunos.

35. Que esta puerta se fortifique así y que se

50. Siguiendo el método educativo que Juan expone aquí, basado en la vigilancia temprana y constante por parte de los padres y de otros adultos escogidos en el entorno del niño, éste se acostumbra a controlar la lengua de tal manera que el buen hábito llega a convertirse en una cualidad natural.

elijan entre aquellos ciudadanos. A los restantes mátemosles dentro como las abejas a los zánganos, no dejándoles salir fuera ni zumbar.

El oído

36. Vayamos ahora a otra puerta. ¿Cuál? Una que está cerca y tiene un gran parentesco con ella: me refiero al oído.

Aquella tiene ciudadanos que van del interior al exterior y nadie entra por ella; los de ésta, sin embargo, van del exterior al interior y nadie sale a través de ella. Gran parentesco tienen, por tanto, una y otra.

Efectivamente, si no consiente que nada pernicioso y corrupto cruce sus umbrales, no causa grandes dificultades a la boca. Porque quien no oye desvergüenzas y maldades tampoco pronuncia desvergüenzas. Si esta puerta queda abierta a todos, dañará a la otra y sembrará la confusión entre todos los de dentro.

Quizá hubiera sido necesario hablar primero de ella y taparle la entrada a ella la primera.

37. Así pues, que los niños no oigan nada inconveniente ni de los criados ni del pedagogo ni de las nodrizas⁵¹. Sino que, igual que las plantas necesitan

51. Juan se refiere a la nodriza llamada τροφός, que, a diferencia de la τίτην, no amamanta al niño. La influencia que puede llegar a

de un mayor cuidado precisamente cuando están tiernas, así también los niños. De manera que preocupémonos por tener buenas nodrizas para, desde la base, echarles buenos cimientos y, en una palabra, para que desde el principio no reciban ninguna mala influencia.

38. Que no oigan, por tanto, necias historias de viejas. «Fulano, dice, ama a Mengano»⁵². «El hijo del rey y la hija menor han hecho tal cosa». Que no oigan nada de esto. Al contrario, que oigan otros relatos sin ningún tipo de circunloquio y de gran sencillez.

Esto es posible por parte de los sirvientes y de los acólitos, pero no de todos. Porque no a todos los criados ha de estarles permitido mezclarse con los niños. Antes bien, deben ser sobresalientes, como son sobresalientes los que se acercan a una estatua, quienes colaboren con nosotros en esta obra de arte.

Si fuéramos arquitectos y construyésemos una casa para un gran señor, no dejaríamos sin más que todos nuestros servidores se acercaran a la obra. Y ahora que construimos para el Rey del cielo una ciudad y sus ciudadanos, ¿cómo no va a ser anormal que confiemos el trabajo a cualquiera?

ejercer la nodriza sobre el niño es enorme, por tanto, y como en el caso del pedagogo, el padre ha de tener sumo cuidado en su elección; cf. *infra* 38.

52. Se trata de una canción conocida; cf. *In epist. I ad Thess.* 5, 4; PG 62, 428.

Pero que colaboren cuantos sirvientes sean idóneos. Y si no hay ninguno, busca a un hombre libre que lo haga por un salario, un hombre virtuoso, y a él especialmente confíale todo para que colabore en el trabajo.

39. Así pues, que no oigan tales historias. Pero cuando esté apesadumbrado por las fatigas del estudio —pues el alma gusta de entretenerse con los relatos de tiempos pasados— háblale apartándolo de todo tipo de niñería. Porque educas a un filósofo, a un atleta, a un ciudadano del cielo.

Háblale, por tanto, y cuéntale: «Había hace mucho tiempo dos niños hijos de un mismo padre, dos hermanos»⁵³. Luego, tras una pausa, prosigue: «Y salidos del mismo vientre. Uno era mayor, el otro más pequeño. Uno era labrador, el mayor; otro era pastor, el más joven. Éste sacaba sus rebaños a los valles y lagunas».

Y endulza las historias, de manera que para el niño sean también algo placentero y que no se le canse el ánimo. «El otro sembraba y plantaba. Entonces decidieron honrar a Dios. Y el pastor tomó los mejores animales de su rebaño y se los ofreció a Dios».

¿No es mucho mejor contar estas historias y no las de carneros con vellocinos de oro y la charlata-

53. Cf. Gn 4, 1-15. A partir de aquí y hasta el capítulo 42 Juan relata la historia de Caín y Abel adaptada para los niños.

nería aquella? ⁵⁴. Luego, haz incluso que se levante del asiento— pues la historia tiene también su miga— aunque sin añadir nada falso, sino lo que viene en la Escritura.

«En efecto, en cuanto hubo ofrecido a Dios las primicias, al punto cayó fuego del cielo y se las llevó todas al altar de allí arriba. El mayor, sin embargo, no obró de este modo, sino que fue, guardó para sí los mejores frutos de sus fatigas y ofreció a Dios los de menos valor. Dios ni siquiera se fijó en ellos, sino que volvió el rostro y los dejó sobre la tierra. Pero a los otros los acogió en el cielo cerca de Él.

»Igual sucede con los arrendatarios de haciendas, que de los que vienen con presentes a uno el patrono lo honra y lo acoge en casa, mientras que a otro lo deja fuera. Así precisamente ocurrió también entonces.

»¿Qué pasa después? Sentía pesadumbre el hermano mayor pensando que había sido desdeñado y que le habían hecho de menos, y se mostraba sombrío. Le dice Dios: “¿Por qué estás afligido? ¿No sabías que es a Dios a quien diriges tu ofrenda? ¿Por qué me has ofendido? ¿Qué tienes que reprocharme? ¿Por qué razón me ofreciste lo de menos valor?”».

Y si te parece que es preciso utilizar un lenguaje menos rebuscado, le dirás: «Aquél, como no

54. Alusión a la historia de la expedición de los Argonautas que, en la versión de Apolonio Rodio (primera mitad del siglo III a.C.), era muy utilizada en la escuela para ser leída y comentada.

tenía nada que decir, permaneció en silencio», o mejor: «se calló». «Después de esto vió a su hermano menor y le dijo: “Salgamos al campo”. Y tras haberlo sorprendido con un ardid, él, que era más fuerte, lo mató. Y pensaba que Dios no se iba a enterar. Llega Dios donde él y le dice: “¿Dónde está tu hermano?”. Dice él: “No lo sé. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?”. Le dice Dios: “Mira que la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra”».

Que también la madre esté sentada al lado mientras el alma del niño va siendo modelada así por historias como ésta, para que también ella colabore y apruebe lo que se diga.

«¿Qué pasó después? A aquél lo acogió Dios en el cielo y está allí arriba desde su muerte». Y es que el pequeño recibe la doctrina de la resurrección a través de este tipo de narraciones. Porque si en los mitos se narran prodigios como: «la hizo semidiosa», el niño también lo cree, incluso sin saber lo que es «semidiosa», aunque sepa que es algo más que humano, y lo admira en cuanto lo oye. Con mucha mayor razón será así cuando oiga hablar de la resurrección y de que su alma subió al cielo.

«Y a aquél lo hizo subir inmediatamente allá arriba. Pero éste, el que lo asesinó, continuó su vida muchos años sufriendo desgracias y viviendo con miedo y temblor. Padecía mil calamidades y era castigado cada día».

Y háblale del castigo con vehemencia, no le digas sencillamente: «Oyó que Dios le decía: “Gimiendo y temblando vivirás sobre la tierra”». Por-

que el pequeño no sabe qué es eso. Dile más bien: «Igual que estás tú delante del maestro, de pie y angustiado, si alguna vez te van a azotar, que tiembles y tienes miedo, así precisamente continuó viviendo aquél que había ofendido a Dios»⁵⁵.

40. Hasta aquí es suficiente para él. Y cuéntaselo en una sola tarde, mientras cenáis. Que la madre, a su vez, le relate las mismas cosas. Luego, cuando las haya oído a menudo, pídele: «Cuéntame la historia», para que se pique en su amor propio. Y es entonces, una vez que haya retenido la historia, cuando le explicarás también su moraleja.

Efectivamente, cuando el alma recibe la historia, sabe sacar frutos por sí misma antes de tu intervención, pero tú dile también después: «¿Ves cómo está mal la glotonería? ¿Ves cómo está mal envidiar a un hermano? ¿Ves cómo está mal pensar que uno puede esconderse de Dios? Porque Él lo ve todo, también lo que se hace a escondidas».

Con que siembres en tu hijo esta única doctrina, no tendrás necesidad de pedagogo, porque este temor de Dios guarda a tu hijo más que cualquier otro temor y sacude su alma.

41. Pero no es esto sólo. Llévalo también de la mano a la iglesia. Y apresúrate a llevarlo especial-

55. En la escuela antigua eran corrientes los castigos corporales; Juan considera útil el miedo que los maestros así alimentan; cf. *Ad pop. Ant. de stat.* 6, 1; PG 49, 81.

mente cuando se lea esta misma historia ⁵⁶. Verás que está radiante de alegría, que da saltos y se regocija porque él sabe lo que todos ignoran, y que se adelanta a la lectura, la reconoce y saca gran provecho. De ahora en adelante deposita el asunto en su memoria.

42. Es posible sacar, además, otra moraleja de la narración. Que aprenda de ti que no hay que dolerse cuando uno sufre. Aquí desde bien al principio lo demuestra Dios precisamente en este niño, cuando resulta que es al que estima a quien, por medio de la muerte, se lleva arriba, al cielo.

43. Cuando se haya fijado esta historia en la mente del niño, introduce otra, como, por ejemplo, la de otros dos hermanos, y dile: «Había igualmente otros dos hermanos, también uno mayor y otro más pequeño. Uno era cazador, el mayor; otro se ocupaba en casa, el más joven» ⁵⁷.

Ofrece esta historia un placer más grande aún que la primera por cuanto la peripecia es mayor y ellos de más edad.

56. Esta lectura se leía en la segunda semana de Cuaresma, precisamente en los oficios religiosos de la tarde del lunes y del martes; cf. A. RAHLFS, «Die alttestamentlichen Lektionen der griechischen Kirche», NGG 1975, pp. 28-136, esp. p. 35.

57. Cf. Gn 25, 24-28. Este nuevo relato, hasta el capítulo 51, es la historia de Esaú y Jacob, interrumpida por una digresión que se extiende del capítulo 47 al 50 sobre el nombre que hay que poner a los niños.

«Resulta que estos dos hermanos eran, además, gemelos. Pero desde que nacieron la madre amaba al menor y el padre al mayor. Éste pasaba la mayor parte del tiempo fuera, en el campo, mientras que el otro, el más joven, estaba en casa. Un día, según se cuenta ⁵⁸, su padre, ya viejo, dice a aquel a quien amaba: “Hijo, como me he hecho viejo, ve y prepárame caza”, esto es, coge una gacela o una liebre, tráela y guísala, “para que coma y te dé mi bendición”. Pero al pequeño no le dijo nada semejante. La madre, que había oído al padre decir estas cosas, llama al más joven y le dice: “Hijo, puesto que tu padre ha ordenado a tu hermano llevarle caza para comer y darle su bendición, escúchame. Ve ahora mismo al rebaño, coge unos cabritos tiernos y hermosos, y tráemelos, que yo los haré como le gusta a tu padre y se los llevarás para que coma y te dé su bendición”.

»El padre tenía la vista debilitada por la edad. Entonces, cuando el más pequeño trajo los cabritos, la madre los guisó y, después de echar la comida sobre una fuente, la entregó a su hijo y él se la llevó. Lo había envuelto en pieles de cabra para no ser descubierto, puesto que aquél era lampiño y su hermano velludo. Lo hizo para que no pudiera ser reconocido y no se enterara el padre. Y lo envió de esta manera. El padre, creyendo que verdaderamente era el mayor, comió y le dió su bendición. Entonces, una vez pronunciada la bendición, llega el

58. Cf. Gn 27, 1-34.

mayor trayendo la caza y, al ver lo sucedido, lanzó un grito y rompió a llorar».

44. Mira cuántas cosas buenas se sacan de aquí. Y no le expliques la historia entera, porque mira cuánto se saca sólo de esto.

En primer lugar, los niños sienten veneración y respeto por sus padres al ver así de disputada una bendición paterna y preferirán recibir mil azotes antes que oír una maldición de boca de sus progenitores.

En efecto, si un mito cualquiera sobrecoge su alma de tal manera que llegan a considerarlo digno de fe, ¿cómo no les va a sobrecoger lo que es cierto verdaderamente, llenándoles, además, de un gran temor?

Que sepan que hay que despreciar el estómago. Porque es preciso contar también aquella historia de que no ganó nada con ser el primogénito y el hijo mayor, ya que por la intemperancia de su estómago entregó el derecho de primogenitura⁵⁹.

45. Luego, cuando haya retenido esto perfectamente, le dirás otra tarde: «Cuéntame la historia de aquellos dos hermanos». Y si empieza a contar la de Caín y Abel, deténlo y dile: «No es ésa la que te estoy preguntando, sino la de los otros dos, donde el padre da su bendición». Dale señas, pero todavía

59. Cf. Gn 25, 29-34.

no le cites los nombres. Cuando la haya contado entera, enhebra con lo siguiente diciendo:

46. «Escucha, entonces, qué pasó después ⁶⁰. Buscaba éste matar a su hermano, como aquél de la primera historia, y aguardaba la muerte de su padre. Cuando se enteró la madre, tuvo miedo y mandó huir a su hijo».

Luego, el sentido profundo del relato supera el entendimiento del pequeño; sin embargo, adaptándolo a su nivel puede implantarse incluso en la tierna mente infantil con tal de que manejemos bien la historia ⁶¹.

Entonces, le diremos así: «Este hermano se fue y llegó a un lugar. No llevaba a nadie con él, ni esclavo ni quien lo alimentara ni pedagogo ni ninguna otra persona. Cuando llegó al lugar se puso a rezar y dijo: “Señor, dame pan y un manto y sálvame”. Luego, después de decir estas cosas, se durmió cansado por la pena. Y vió en sueños una escalera desde la tierra hasta el cielo y a los ángeles de Dios que subían y bajaban por ella y a Dios mismo que estaba arriba, en lo más alto, y dijo: “Bendíceme”. Y Dios lo bendijo y lo llamó Israel» ⁶².

60. Cf. Gn 27, 41-45 y 28, 10-22.

61. La palabra utilizada por Juan para designar este necesario descenso al nivel de comprensión del niño es *συγκατάβασις*, término de la teología antioquena que designa en primer lugar la actuación de Dios para hacerse comprender por la mente humana. Este método es empleado por Juan en su labor de predicador.

62. Cf. Gn 32, 29-30.

47. Me he acordado a tiempo y, con esto del nombre, me viene ahora otra idea. ¿Cuál? Que inmediatamente con el nombre que les pongamos les infundamos celo por la virtud⁶³.

Que nadie se apresure, por tanto, a llamar a los niños con el nombre de sus antepasados, del padre, de la madre, del abuelo o del bisabuelo, sino de los hombres justos, de los mártires, de los obispos, de los apóstoles. Que esto sea para ellos un motivo de emulación. Que uno se llame Pedro, otro Juan, y que otro lleve el nombre de alguno de los santos.

48. Y no me vengas con costumbres paganas. No es pequeña la vergüenza y la irrisión cuando en casa de cristianos se practican ciertas costumbres paganas, encienden luces y esperan a ver cuál se apaga y se consume la primera⁶⁴, así como otras cosas de este tipo que ocasionan la ruina segura a quienes las hacen. No penséis, en efecto, que se trata de pequeñeces y de hechos sin importancia.

49. Entonces, esto también os pido: que pongáis a vuestros hijos nombres de santos.

63. Comienza la digresión sobre el nombre que hay que dar a los niños que terminará en el capítulo 50; aquí tenemos un claro ejemplo de asociación de ideas y, por tanto, una prueba más de que el tratado surgió de un discurso improvisado; sobre este tema cf. *Introd.* p. 8.

64. Cf. *In epist. I ad Cor.* 12, 7; PG 61, 105. La costumbre consistía en encender velas y poner un nombre a cada una; al recién nacido se le daba el nombre de la vela que lucía más tiempo.

Efectivamente, en un principio resultaba natural dar a los niños los nombres de los antepasados. Era un consuelo de la muerte, para que pareciera que el que se había ido continuaba viviendo a través de su nombre. Pero ahora ya no. Vemos, más bien, que los justos no llaman así a sus hijos. Abraham engendró a Isaac. Jacob y Moisés no recibieron el nombre de sus antepasados y no encontraremos a ninguno de los justos llamado según esta manera.

¡Qué gran ejemplo de virtud y qué estímulo es el nombre! Pues no encontraremos otro motivo para el cambio de nombre que éste: el ser un recuerdo de la virtud. *Tú —dice— serás llamado Cefas, que significa Piedra*⁶⁵. ¿Por qué? Porque me has confesado⁶⁶. *Y tú serás llamado Abraham*. ¿Por qué? *Porque serás padre de pueblos*⁶⁷. E Israel, porque vió a Dios⁶⁸.

Partiendo, entonces, de aquí emprendamos también nosotros el cuidado de nuestros hijos y dirijamos su educación.

50. Pero como iba diciendo: «Vió una escalera tendida hacia el cielo y que alcanzaba hasta allí».

Entre, por tanto, el nombre de los santos en las casas a través del nombre de los hijos para que edu-

65. Jn 1, 42.

66. Cf. Mt 16, 17-18.

67. Gn 17, 5.

68. Cf. *In Gen.* 58, 2; PG 54, 509; no es ésta la etimología que aparece en las Escrituras (cf. Gn 32, 29), sino una tardía que encontramos por vez primera en FILÓN, *De mut. nom.* 81.

que no solamente al niño, sino también al padre, cada vez que piense que es padre de un Juan, de un Elías, de un Jacob.

Si, en efecto, el nombre se pone con devoción y reverencia por los que se han ido, y preferimos el parentesco de los santos al de los antepasados, esto nos ayudará mucho, tanto a nosotros como a nuestros hijos. No pienses que, por ser algo nimio, se trata de una nimiedad. Es, ciertamente, una garantía de ayuda.

51. Pero como iba diciendo; volvamos de nuevo con la continuación del relato. «Vió una escalera que subía. Pidió ser bendecido. Lo bendijo Dios. Marchó donde sus parientes. Se dedicó al pastoreo». Cuéntale luego lo de su prometida y lo del regreso⁶⁹, y también de esto sacará gran provecho.

Mira cuánto va a aprender. Aprenderá a esperar en Dios, a no despreciar a nadie por ser él de noble origen, a no avergonzarse por la escasez de medios, a soportar con nobleza los avatares de la fortuna y todo lo demás.

52. Después, cuando haya crecido, cuéntale historias que inspiren todavía más miedo.

En efecto, a una inteligencia que está tierna no la cargues con tanto peso para no asustarla. Cuando cumpla quince años o más, que oiga hablar del infierno. Es más, cuando tenga diez u ocho años, o

69. Cf. Gn 29-33.

incluso menos, que oiga lo del diluvio, lo de Sodoma, lo de Egipto –historias todas llenas de castigos– muy por extenso. Cuando haya crecido más, que oiga también lo del Nuevo Testamento, lo de la gracia, lo del infierno.

Con estas historias y otras miles alza una barrera en su oído, ofreciéndole ejemplos de casa⁷⁰.

53. Si alguien le cuenta cosas innobles, no consintamos en modo alguno, como decía⁷¹, que un tal se acerque a él. Si ves que en su presencia un esclavo dice obscenidades, castígalo inmediatamente y conviértete en severo y duro censor de las faltas.

Si ves a una chica joven..., más bien que una chica joven ni se acerque y no prenda el fuego, a no ser, si acaso, una mujer vieja sin nada que pueda seducir a un joven. Pero que de una joven se mantenga más alejado que del fuego.

De este modo no dirá nada inconveniente, si no oye nada inconveniente y es educado en estos principios.

El olfato

54. ¿Quieres que vayamos a otra puerta, la del olfato? También ésta deja pasar mucho daño si no se cierra, como, por ejemplo, los aromas, los perfu-

70. Esto es, tomados del Antiguo y Nuevo Testamento frente a los relatos mitológicos.

71. Cf. *supra* 38.

mes. Nada afloja de tal manera la tensión del alma, nada la relaja de tal manera como el sentir placer con los buenos olores.

«Entonces ¿qué? —me dirás—, ¿hay que gozar con el fango?». No digo eso; más bien ni con lo uno ni con lo otro. Que nadie se ponga aceite perfumado. En efecto, en cuanto el cerebro lo percibe, todo se relaja. En consecuencia, las pasiones se reavivan y de ello resulta un gran complot⁷². Así que obstruye también esta puerta, porque su actividad consiste en respirar el aire, no en percibir buen olor.

Quizá algunos se rían en la idea de que nos ocupamos de pequeñeces al hablar de tales medidas. No son pequeñeces, sino el fundamento, la educación y el orden de toda la tierra si esto llegara a realizarse⁷³.

La vista

55. Hay también otra puerta más hermosa que éstas pero difícil de guardar: la de los ojos. Y por eso se encuentra en lo alto, está abierta y es bella. Tiene muchos ventanillos, no sólo para mirar, sino también para que la miren si está bellamente torneada.

56. Aquí hacen falta leyes severas y una en primer lugar: no mandar nunca al niño al teatro para

72. Cf. supra nota 28.

73. Cf. supra nota 39.

que no reciba un daño completo, tanto a través del oído como a través de los ojos⁷⁴.

Que también en las plazas públicas el pedagogo esté atento a esto de manera muy especial, evitándolas a través de calles estrechas, y dé consejos en este sentido para que nunca reciba aquel daño.

57. Para que no reciba daño al ser mirado hay que pensar en muchas cosas. Hay que suprimir la mayor parte del aderezo, cortando el cabello que cubre su cabeza hasta darle un grave aspecto. Y si el niño se muestra descontento porque, según él, lo han despojado de un adorno, que aprenda en primer lugar que el mayor ornamento consiste en esto.

58. Para que no mire son suficientes como custodia las historias aquellas: la de los hijos de Dios que cayeron sobre las hijas de los hombres⁷⁵, la de los sodomitas⁷⁶, el infierno y todas las demás.

59. Aquí especialmente deben tener mucho cuidado el pedagogo y el acólito. Pero muéstrale otras bellezas y apartarás de allí sus ojos, por ejemplo el cielo, el sol, las estrellas, las flores de la tierra, los prados, las lindezas de los libros. Que con esto deleite sus ojos. Hay también muchas otras cosas que no conllevan perjuicio.

74. Cf. infra 77-79, donde Juan desarrolla más ampliamente esta recomendación.

75. Cf. Gn 6, 1-4.

76. Cf. Gn 19, 1-29.

60. En efecto, es difícil de guardar esta puerta ya que alberga fuego en su interior y, por decirlo así, una necesidad de orden natural.

Que aprenda canciones divinas. Si desde dentro no se despierta su atención, no desea tampoco mirar hacia fuera. Que no se bañe con mujeres⁷⁷, que es mala cosa este comercio, y no lo envíes donde hay muchas mujeres juntas.

61. Que oiga constantemente todo lo de José⁷⁸. Por lo demás, que aprenda lo relativo al reino de los cielos, cuán grande es la recompensa reservada a los castos.

Promete darle una linda esposa y hacerlo tu heredero. Dirígele todo tipo de amenazas si ves que hace lo contrario y díle: «Hijo, no encontraremos una mujer virtuosa si no demuestras gran cautela y progreso en la virtud. Y para que perseveres, te casaré rápidamente»⁷⁹.

62. Especialmente si es educado para no decir desvergüenzas, tiene echados desde el principio los cimientos de la circunspección.

Háblale de la belleza del alma. Haz nacer en él nobles sentimientos en relación con las mujeres.

77. Juan se refiere a los «*balnea mixta*», que, en contra de los decretos imperiales, proliferaban en los últimos años del Imperio.

78. Cf. Gn 39, 7-20.

79. La edad casadera en la Antigüedad era de 18 años para los varones y 14 para las mujeres; entre los cristianos se recomendaba casar a los jóvenes lo antes posible con el fin de evitar posibles pecados de la carne; sobre este asunto cf. infra 81, nota 103 e *Introd.*, pp. 14s.

Dile que resulta servil el ser despreciado por una esclava y que el joven precisa sobre todo mucho celo ⁸⁰.

En efecto, el que habla se pone de manifiesto, pero el que mira no se pone de manifiesto –pues es rápido este sentido– y, aun sentado en medio de mucha gente, puede con sus miradas seducir a la que desee.

Que no tenga nada que ver con mujer alguna. Que no mire a ninguna mujer, a no ser su madre. No le des oro. Que no entre en él nada vergonzoso. Que desprecie el lujo y demás cosas por el estilo.

El tacto

63. Hay todavía otra puerta, no del mismo tipo que éstas sino que se extiende por todo el cuerpo, a la que denominamos tacto. Parece cerrada, pero es como si estuviera abierta, dejando pasar así todo al interior.

A ésta no le permitamos el contacto ni con vestidos delicados ni con cuerpos. Hagámosla dura. Criamos un atleta, esto es lo que debemos pensar. Que no use, entonces, ni camas ni vestidos delicados. Y que de tal modo tengamos dispuestas estas medidas.

80. Un hombre libre cuyo comportamiento es reprobado por una esclava virtuosa es indigno de su condición. El joven libre debe poner cuidado en mantener una postura circunspecta y distante frente a las mujeres.

Las viviendas de la ciudad

64. ¡Y bien! Una vez que hemos entrado en esta ciudad, redactemos leyes y regulémoslas puesto que nos ha quedado bien lo de las puertas.

En primer lugar, examinemos concienzudamente las viviendas y las despensas de los ciudadanos, dónde se encuentran, quiénes son esforzados, quiénes flojos.

65. Pues bien, dicen que el lugar y la morada del genio ⁸¹ es el pecho y el corazón que está en el pecho; el del deseo físico es el hígado; el de la razón el cerebro.

El primero posee una virtud y un vicio. La virtud es el dominio de sí y la moderación, el vicio es la insolencia y la brusquedad. A su vez, el segundo tiene como virtud la castidad y como vicio la lujuria. La virtud de la razón es la prudencia y el vicio la insensatez.

Ocupémonos, entonces, de que en estos lugares nos nazcan las virtudes y den a luz ciudadanos como ellas, pero no malos. Porque estas facultades del alma son como madres de los pensamientos ⁸².

81. Hemos traducido θυμός como «genio», ese modo de ser de la persona que determina su manera de reaccionar frente a otras personas y acontecimientos. Consideramos que esta palabra castellana es capaz de expresar la ambivalencia que Juan asigna al θυμός (cf. infra 66 y 69 así como *In Matth.* 16, 7; PG 57, 248) frente a términos como «ira» o «valor», que tienen una clara connotación, negativa en el primer caso, positiva en el segundo.

82. Dichas facultades del alma son las tres arriba enumeradas: el

El genio

66. Vayamos, por tanto, al elemento tiránico, al genio. Ni hay que amputarlo completamente del joven ni hay que consentir que se abandone a él en todo momento. Eduquémosles, más bien, desde la primera infancia para, cuando son ellos víctimas de una injusticia, soportarlo, pero si ven que se comete injusticia contra alguien, salir gallardamente y defender al abatido con la conveniente medida.

67. ¿Cómo será esto posible? Si se entrenan con sus propios criados, soportan que no les hagan caso y no se enfadan cuando son desobedecidos, sino que analizan concienzudamente las faltas que ellos cometen contra otros.

En casos semejantes el padre es en todo momento el señor; severo e intolerante cuando se transgreden las leyes, pero cuando se observan dulce y bondadoso y amigo de obsequiar al niño con muchas recompensas. Porque así gobierna el mundo también Dios, con el miedo al infierno y la promesa del Reino. Hagamos así también nosotros con nuestros hijos.

genio (θυμός), el deseo (ἐπιθυμία) y la razón (λογιστικόν); los pensamientos que éstas engendran pueden nacer de la virtud o del vicio, pues ambos elementos se dan en cada una de ellas. Los padres, en su labor de educadores, deben estar vigilantes: de la capacidad que tiene el alma del niño para tener sentimientos vehementes, para sentir deseo y para razonar han de nacer pensamientos virtuosos.

68. Y que haya muchos por todas partes que lo irriten para que se entrene y se vaya habituando con los de casa a sobrellevar sus impulsos.

Igual que en la palestra los atletas se ejercitan antes de las luchas con gente de casa para, una vez que han tenido éxito con aquéllos, ser invencibles frente a sus adversarios, así también hay que educar al niño en casa.

Que con frecuencia sea el padre o el hermano el que especialmente lo provoque y que todos tengan como objetivo preferente la victoria del chico. O bien que en la lucha haya uno que se dedique a defender y a oponer resistencia, de manera que con éste se entrene. De igual forma, también los criados deben irritarlo continuamente, con razón o sin razón, de modo que aprenda a dominar sus sentimientos en todo momento.

En efecto, si el padre lo irrita, no es gran cosa, porque la persona del padre sobrecoge de antemano su alma y no le deja sublevarse. Pero que esto lo haga gente de su misma edad, lo mismo esclavos que libres, para que a través de ellos aprenda la moderación.

69. Hay, además, otra cosa. ¿Cuál? Cuando se encolerice, recuérdale sus propias pasiones; cuando se enfade con un criado, que mire si él mismo no ha cometido ninguna falta y cómo se sentiría él en tales circunstancias. Si ves que golpea a un esclavo, pídele cuentas; si lo insulta, haz otro tanto.

Que no sea ni blando ni brutal para ser, además de un hombre, un hombre moderado. Muchas

veces, en efecto, necesitará el auxilio de su genio; por ejemplo, si un día él mismo tiene hijos o llega a ser dueño de esclavos. En toda ocasión es útil el genio. Solamente aquí es inútil: cuando nos defendemos a nosotros mismos. Es por ello que Pablo no lo usa nunca en provecho propio, sino sólo en interés de quienes han sido víctimas de una injusticia. Moisés se dejó llevar por su genio al ver que se cometía injusticia contra un hermano, y además muy noblemente, él, que era el *más humilde de todos los hombres*⁸³. Pero en cuanto lo insultaron, ya no se defendió, sino que huyó⁸⁴.

Que oiga también estas historias. Porque cuando estamos todavía adornando las puertas, se necesitan aquellas más sencillas, pero cuando, una vez dentro de la ciudad, nos dedicamos a educar a los ciudadanos, es el momento oportuno para estas narraciones de un nivel más alto.

Así pues, que tenga esta única ley: no defenderse nunca a sí mismo cuando lo insulten o esté sufriendo daño, y no mirar nunca con indiferencia que otro soporte este trato.

70. También el padre será mucho mejor al enseñar estos principios y educándose a sí mismo. Porque, si no por otro motivo, siquiera por no echar a perder su ejemplo, se hará mejor.

De esta manera, que el niño aprenda a ser despreciado y humillado. Que no exija a ninguno de

83. Nm 12, 3.

84. Cf. Ex 2, 11-15.

sus criados lo que suele un hombre libre, sino que en la mayoría de las cosas se sirva a sí mismo. Que sólo lo asistan los criados en aquellas cosas en que no es posible servirse a sí mismo. Ser cocinero, por ejemplo, no puede un hombre libre ya que no debe entregarse a tales ocupaciones dejando de lado las tareas propias de un libre.

No obstante, si necesita lavarse los pies, que nunca lo haga un esclavo, sino él mismo, y harás un hombre libre bondadoso con los esclavos y muy digno de ser amado⁸⁵. Que tampoco nadie le tenga que dar el manto, ni espere en el baño la ayuda de otro, sino que todas estas cosas las haga por sí mismo. Esto lo hará vigoroso, modesto y afable.

71. Enséñale también el orden natural, qué es un esclavo, qué un hombre libre. Dile: «Hijo, no había esclavos antiguamente entre nuestros antepasados, sino que el pecado introdujo la esclavitud. En efecto, cuando hubo uno que se volvió insolente con su padre, pagó su castigo convirtiéndose en esclavo de sus hermanos⁸⁶.

85. Sobre la postura de Juan frente a los esclavos y la relación de éstos con los niños de la casa cf. también supra 13, 31s., 37s. e infra 71s. y 79. Crisóstomo implica a los criados en la labor educativa del padre de familia, al tiempo que pretende repartir las tareas entre libres y esclavos de manera que el trabajo de éstos no sirva únicamente a la comodidad y molicie de aquéllos; sobre este asunto cf. A. GONZÁLEZ BLANCO, *Economía y sociedad en el bajo imperio según San Juan Crisóstomo* (Publicaciones de la Fundación Universitaria Española. Tesis 7), Madrid 1980, pp. 261-307.

86. Esto le ocurrió a Cam cuando vio la desnudez de su padre

»Mira, por tanto, no vayas a ser esclavo de esclavos. Porque si te encolerizas como ellos y haces lo mismo y no los superas en virtud, tampoco los superarás en dignidad. Así pues, esfuérzate por ser su señor y en llegar a serlo no por tu condición de libre, sino por tu conducta, no sea que, siendo tú mismo libre, te encuentres con que eres su esclavo. ¿O es que no ves cuántos padres han desheredado a sus hijos y han metido esclavos en su lugar?⁸⁷. Ten cuidado, pues, para que no suceda nada semejante. Yo ni lo quiero ni lo deseo, pero tú eres señor de que ocurra una u otra cosa».

72. Suaviza así su genio, ordenándole que trate a los esclavos como a hermanos y enseñándole el orden natural, citándole las palabras de Job: *Si he menospreciado —dice— el derecho de mi siervo o de mi sierva, en sus pleitos conmigo, ¿qué podré hacer cuando Dios se levante?; cuando Él investigue, ¿qué responderé? ¿No los hizo Él, igual que a mí, en el vientre?; ¿no nos formó en el seno uno mismo?*⁸⁸. Y nuevamente: *Si dijeron muchas veces mis criados: «¿Hay alguien que no se haya hartado con su carne?»; pues yo era bueno en extremo*⁸⁹.

Noé; cf. Gn 9, 26. La misma etiología aparece en otros escritos de Juan; cf., por ejemplo, *In epist. ad Eph.* 22, 2; PG 62, 157.

87. En la Antigüedad, la ἀποκλήσεις era un medio legítimo para desheredar a un hijo; éste podía ser sustituido por otra persona, alguien no perteneciente a la familia o incluso un esclavo que, a partir de entonces, adquiría la condición de libre.

88. Jb 31, 13-15.

89. Jb 31, 31.

73. ¿Acaso te parece que Pablo dice sólo de pasada que el que no sabe gobernar su casa tampoco sabe gobernar la Iglesia? ⁹⁰.

Dile, por tanto: «Si ves un estilete estropeado o un cálamo partido por un criado, no te enfades ni le insultes, sino sé indulgente, sé comprensivo». Así, partiendo de cosas sin importancia, soportará también los daños graves, ya sea la rotura de una correa que rodea la tablilla o de una cadena de bronce ⁹¹. Es que los niños son difíciles cuando se trata de este tipo de pérdidas y antes darían la vida a dejar marchar impune al que se ha portado mal en esto.

Pues bien, es ahora cuando hay que ablandar la rudeza de su genio. Que sepas que quien ante estas cosas se muestra impasible y moderado, cuando se haya hecho un hombre también soportará con buen temple cualquier daño.

Por tanto, cuando tenga una tablilla hecha de hermosa madera, perfectamente limpia y libre de manchas, con cadenas de bronce y estiletes que en nada tienen que envidiar a la plata y otras niñerías por el estilo, y el acólito lo pierda o lo estropee, si entonces él no se enfada, ya ha dado pruebas de la más alta filosofía ⁹². Y no le compres otra inmedia-

90. Cf. 1 Tm 3, 5.

91. Con el fin de protegerlas, las tablillas de cera donde el niño escribía se ataban juntas con correas; la cadena de bronce que aquí se menciona mantenía unido a la tablilla el estilete o el cálamo con el que el niño grababa las letras en la cera.

92. Entendiendo ésta en el sentido cristiano de dominio de sí; cf. supra n. 47.

tamente para apaciguar su ánimo; antes bien, cuando veas que ya no la pide ni sufre por ello, cura entonces su irritación.

74. No se trata de menudencias; hablamos de medidas de gobierno para toda la Tierra⁹³. Edúcale también para que ponga a su hermano pequeño por delante de él, si es que lo tiene, y si no es el caso, incluso al esclavo. Porque también esto es propio de una altísima filosofía⁹⁴.

75. Ablanda, pues, su genio para que nos dé a luz pensamientos moderados⁹⁵. Porque cuando no se deja llevar por la pasión frente a nadie, cuando soporta una pérdida, cuando no requiere servidumbre, cuando no se indigna si honran a otro, ¿qué motivo le queda para irritarse?

El deseo físico

76. Ya es hora de pasar al deseo físico. Aquí es doble la templanza y doble también el daño, creo yo, para que ni a él lo seduzcan ni seduzca a las jóvenes.

Dicen los médicos que este deseo ataca fuertemente con los quince años⁹⁶. ¿Cómo vamos, enton-

93. Cf. supra nota 39.

94. Cf. supra nota 92.

95. Cf. supra nota 82.

96. La división tradicional según Hipócrates y Aristóteles esta-

ces, a sujetar a esta bestia? ¿Qué haremos? ¿Qué freno le pondremos? No conozco otro que el infierno ⁹⁷.

77. En primer lugar, apartémoslo de ver y oír cosas vergonzosas, y que un niño de condición libre no vaya nunca al teatro ⁹⁸. En caso de que busque la diversión que dan allí, mostrémosle a otros de su edad, si los encontramos, que se abstengan de ir, para que por emulación él se abstenga. Porque nada da tan buen resultado como la rivalidad, nada. Obremos así en toda circunstancia, especialmente si es pundonoroso. Esto tiene más fuerza que el miedo, que las promesas y que todo.

78. A continuación, pensemos para él otras diversiones que sean inofensivas. Llevémoslo a ver hombres santos ⁹⁹, procurémosle distracción. Gratifiquémosle con muchos regalos para que su espí-

blecía el comienzo de la pubertad alrededor de los 14 años; cf. ARISTÓTELES, *Politeia* 7, 1336ab.

97. Sobre la amenaza del infierno como método para disuadir al chico frente a los atractivos de la carne cf. supra 58. En 52 había propuesto Juan los quince años como edad apropiada para empezar a escuchar los relatos relativos al infierno.

98. Juan Crisóstomo condena el teatro y los espectáculos de su época por considerarlos perniciosos desde el punto de vista moral y una continuación viva del mundo pagano; sobre este asunto cf. O. PASQUATO, *Gli spettacoli in S. Giovanni Crisostomo. Paganesimo e cristianesimo ad Antiochia e Costantinopoli nel IV secolo* (Orientalia Christiana Analecta 201), Roma 1976.

99. Juan se refiere a los ascetas y monjes que vivían a las puertas de la ciudad de Antioquía y en el desierto de Siria.

ritu soporte sobrellevar la privación que esto significa¹⁰⁰. Y en vez de aquellos espectáculos preséntale relatos agradables, prados y bellos monumentos.

Después, echemos aquellas cosas por tierra a base de razonamientos diciéndole: «Hijo, los espectáculos esos son propios de esclavos, ver mujeres desnudas diciendo desvergüenzas. Promete no oír ni decir nada indecente y vete, pero es imposible no oír allí nada que no sea vergonzoso. Es indigno de tus ojos lo que sucede».

Al tiempo que le hablamos, besémoslo tiernamente, tomémoslo en nuestros brazos y estrechémoslo para mostrarle nuestro cariño. Con todo esto hemos de ablandarlo.

79. ¿Qué más? Lo que ya he dicho¹⁰¹: que nunca se le acerque una chica joven ni lo sirva, sino que sea una criada de edad ya avanzada, una mujer mayor.

Y que entre en la conversación el reino de los cielos y los que antaño brillaron por su castidad, tanto entre los paganos como entre los nuestros. Inundemos constantemente sus oídos con estas cosas. Si tuviéramos esclavos que practiquen la castidad, que también ellos sirvan de ejemplo, diciéndole que es completamente inusual que un esclavo

100. Esto es, el hecho de no asistir al teatro, distracción que al resto de los niños no le está vedada; como contrapartida, el padre debe ofrecer al niño diversiones alternativas.

101. Cf. supra 53, 60, 62.

domine de esa manera sus pasiones y un libre sea peor que él¹⁰².

Hay además otra medicina. ¿Cuál? Que aprenda a ayunar, si no siempre, al menos dos días a la semana, el miércoles y el viernes. Que vaya también a la iglesia.

Que lo coja el padre por la tarde, cuando se termina el teatro, le muestre a los que salen de allí y se ría de los viejos por volverse más obtusos que los jóvenes, y de los jóvenes por dejarse abrasar por esta pasión. Y que pregunte al niño: «¿Qué provecho han sacado éstos? Ninguno, sino vergüenza, reproche y burla».

En una palabra, no es cosa sin importancia para alcanzar la castidad el mantenerse apartado de todo esto, tanto de lo que allí se ve como de lo que se oye.

80. Hay todavía otra cosa. Que se le enseñe a rezar con mucho celo y compunción. Y no me digas que el niño pequeño no es capaz de captar esto. El niño pequeño de mirada penetrante y espabilado es especialmente capaz de ello. Efectivamente, vemos muchos ejemplos de este tipo entre los antiguos, como Daniel o como José. No me vengas

102. Cuando Juan Crisóstomo iguala la condición de libre con la virtud y la esclavitud con el vicio, pretende estimular a un auditorio compuesto de hombres libres. Esta postura responde a esquemas tradicionales de la literatura moralista; Juan sabe bien que la virtud y el vicio se reparten aleatoriamente entre libres y esclavos pues la condición de los hombres la determina su conducta, no su nacimiento; cf. supra 71.

con que José tenía diecisiete años, sino piensa en cómo se ganó a su padre, más que los propios hermanos mayores. ¿No era Jacob el más joven? ¿Y Jeremías? ¿Daniel no tenía doce años? ¿Salomón no tenía también doce años cuando pronunció aquella maravillosa oración? ¿Samuel no instruía a su propio maestro, aunque era todavía un niño?

Siendo esto así, no desesperemos, porque uno no comprende estas cosas si es demasiado joven de espíritu, no de edad.

Que se le enseñe, por tanto, a rezar con gran compunción y a velar en la medida de lo posible, y, en una palabra, que al niño se le imprima la huella de un hombre santo.

En efecto, el que se esfuerza en no jurar, en no ofender si lo ofenden ni insultar y en no sentir odio, al tiempo que practica el ayuno y la oración, tiene en estas mismas cosas una llamada poderosa a la castidad.

81. Si lo diriges a la vida en el mundo, cávalo rápidamente y no esperes a que entonces ya esté en el ejército o dedicado a los asuntos públicos. Marca primero unas pautas para su alma y luego ocúpate de su reputación de cara al exterior.

¿Crees acaso que es cosa sin importancia que por medio del matrimonio lleguen a unirse virgen con virgen? No es cosa sin importancia; también para la castidad de la mujer, no sólo para la del joven. ¿El amor no será entonces especialmente puro? Y, lo más importante de todo, ¿Dios no se mostrará entonces más propicio y no colmará este

matrimonio de innumerables bendiciones, desde el momento en que se unen de la forma que Él ordenó? También hace que tenga al amor presente en su memoria y, si lo retiene este deseo, se reirá de cualquier otra mujer ¹⁰³.

82. Si elogias a una muchacha por su belleza, su modestia o por cualquier otra razón, y luego añades: «No se resigna a vivir contigo desde que sabe que llevas una vida de indolencia», en adelante pondrá mucho cuidado pues pensará que corre extremo peligro.

En efecto, si el amor a su prometida logró convencer a aquel santo, a pesar de haber sido engañado, para trabajar nuevamente como siervo durante siete años, o mejor dicho, catorce ¹⁰⁴, con mucha mayor razón a nosotros. Dile: «Todos los de la parte de la novia, el padre, la madre, los criados, los vecinos y los amigos, están pendientes de ti y de tu conducta, y todos van a informarla».

Sujétalo desde ya con esta atadura, atadura que da como resultado castidad. De este modo, aunque desde la primera infancia no pueda tomar mujer, que, sin embargo, sí tenga una prometida desde la primera infancia y que ambicione aparecer como un

103. La promesa de una boda temprana mantendrá ocupados los pensamientos del joven y le hará apartarse de cualquier mujer que no sea su prometida; sobre el matrimonio como método educativo y medio para dominar el impulso sexual cf. *Introd.*, pp. 14s.

104. Juan alude a la historia de Jacob y Raquel; cf. Gn 29, 18-30.

hombre honesto ¹⁰⁵. Esto es suficiente para apartarlo de todo.

83. Hay todavía otra salvaguarda de la castidad: que vea constantemente al que está a la cabeza de la Iglesia ¹⁰⁶ y que oiga muchos elogios de su parte. Que, además, su padre se gloríe de ello delante de todos los que le escuchen. Que su vista inspire recato en las muchachas.

Por lo demás, las narraciones, el miedo que le inspire el padre, las promesas y, junto a esto, la recompensa destinada por Dios y todos los bienes que disfrutarán los castos, le procurarán una gran seguridad.

84. Añade, además, el buen nombre que se haga en el ejército y en los asuntos públicos ¹⁰⁷. Que haya siempre una palabra despectiva para la lujuria y muchos encomios para la castidad.

Todo esto es suficiente para contener el alma del niño. De esta manera nos nacerán santos pensamientos ¹⁰⁸.

105. Juan aprovecha con fines pedagógicos ese amor propio inherente a todo ser humano que le impulsa a buscar el reconocimiento de los demás; cf. también infra 84: el buen nombre que se labre el joven entre sus conciudadanos ha de servirle de aliciente para vivir castamente.

106. Se refiere al obispo del lugar como en *De sacerdot.* 3, 9; PG 48, 646.

107. Cf. supra nota 105.

108. Cf. supra nota 82.

La razón

85. Hay aún otra cosa. Pasemos ahora a la que es señora de todos, a la que gobierna todo lo demás ¹⁰⁹. ¿Cuál? Me refiero a la prudencia. En este punto es preciso mucho esfuerzo para hacer al niño inteligente y expulsar toda insensatez.

Ésta es sobre todo la función, grande y admirable, de la filosofía: el conocer las cosas de Dios, todo lo que nos está reservado allá arriba, lo referente al infierno, lo que toca al reino de los cielos. *El temor de Yahveh es el principio de la ciencia* ¹¹⁰.

86. Así pues, implantemos en él la prudencia y preparémoslo para que conozca las cosas humanas, qué es la riqueza, la gloria, el poder, y para que las desprecie y tienda hacia cosas más grandes ¹¹¹.

Recordémosle también la siguiente exhortación: «Hijo, teme a Dios solamente y fuera de Él no temas a otro».

87. Siguiendo estos principios será un hombre inteligente y amable. Y es que nada vuelve tan insensato como las pasiones. Para alcanzar la sabidu-

109. Según Juan en *In epist. ad Eph.* 17, 3; PG 62, 120, las otras dos capacidades del alma, θυμός y ἐπιθυμία, deben someterse bajo el yugo de la razón para responder así a la vocación celeste del hombre.

110. Pr 1, 7.

111. La diferencia entre las cosas humanas y los bienes más altos es paralela a la diferencia entre los bienes exteriores e interiores; cf. supra 15, nota 24.

ría basta el temor de Dios y el tener de los asuntos humanos la opinión que se debe tener. En efecto, ésta es la cima de la sabiduría, el no dejarse apasionar por lo que son chiquilladas. Que aprenda a no dar ningún valor a las riquezas, ninguno a la gloria humana, ninguno al poder, ninguno a la muerte, ninguno a la vida presente. Así será sabio.

Si lo conducimos a la cámara nupcial con tal preparación, piensa qué gran regalo será para su novia.

La boda del muchacho; su actividad pública

88. La boda no la celebremos ni con flautas ni con cítaras ni con bailes ¹¹². En efecto, es un gran absurdo el avergonzar con tales diversiones a un novio de esta índole. Pero a Cristo invitémoslo ¹¹³, porque de ahora en adelante el novio es digno de Él. Convidemos a sus discípulos ¹¹⁴.

Al novio le irá todo estupendamente. Él mismo aprenderá a educar así a sus propios hijos y éstos a los suyos, y de esta manera se formará una cadena de oro.

112. Sobre el rechazo de Juan Crisóstomo hacia los banquetes de boda suntuosos donde impera el despilfarro y la falta de recato, cf. *infra In epist. ad Eph.* 20, 7 así como *In epist. ad Col.* 12, 4, nota 34.

113. Cristo se hace presente en la persona de los pobres invitados a la boda; cf. *infra In epist. ad Col.* 12, 7, nota 56.

114. Estos discípulos son los sacerdotes que presiden la ceremonia según *In Gen.* 48, 6; PG 54, 443.

89. Hagamos que se dedique también a los asuntos públicos que pueda, siempre que no conlleven pecado. Si sirve en el ejército, que aprenda a no sacar provecho de forma vergonzosa, y lo mismo si se dedica a defender a los que son víctimas de injusticia como si hace cualquier otra cosa por el estilo.

Educación de las niñas y final

90. Que también la madre aprenda a educar a su hija siguiendo estos principios y la aparte del lujo, los adornos y todas las demás cosas que son propias de mujeres de mal vivir ¹¹⁵. Que haga todo conforme a esta ley y se aparte de la vida regalada y de la embriaguez, lo mismo el joven que la muchacha. Y es que esto es importante para la castidad.

En efecto, el deseo físico turba a los jóvenes, pero a las mujeres el amor a los adornos y la vanidad. Reprimamos, entonces, todo esto y así estaremos en condiciones de agradar a Dios criando tales atletas, a fin de que tanto nosotros como nuestros hijos podamos alcanzar los bienes prometidos a aquellos que le aman, por la gracia y el amor de Jesucristo nuestro Señor, para el cual sean con el Padre y el Espíritu Santo, gloria, poder y honor, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

115. Juan deja la educación de las niñas en manos de la madre y previene del perjuicio que su frivolidad puede ocasionar en las jovencitas; cf. *In epist. ad Col.* 10, 5; PG 62, 374; *Laus Maximi et Quales ducendae sint uxores* 9; PG 51, 240.

II HOMILÍA XX SOBRE LA EPÍSTOLA A LOS EFESIOS (5, 22-33) ¹

LA UNIÓN CONYUGAL

1. Un sabio, después de enumerar muchas beatitudes, dejó puesto esto también en la categoría de beatitud: *Y marido y mujer —dice— bien avenidos* ². En otro lugar pone nuevamente entre las beatitudes el hecho de que la mujer viva en concordia con su marido.

Desde el principio Dios se muestra muy cuidadoso con esta unión y, hablando de ambos como de uno solo, decía así: *Macho y hembra los creó* ³. Y de nuevo: *No hay hombre ni mujer* ⁴.

No se da una intimidad tan grande entre dos hombres como entre hombre y mujer en caso de que uno esté unido como es debido. Por eso, cierto hombre santo, dando muestras de un amor extraor-

1. El texto ha sido traducido a partir de la edición de B. DE MONTFAUCON, según aparece en MIGNE, *Patrologia Graeca* 62, París 1862, 135-150.

2. Si 25, 1.

3. Gn 1, 27.

4. Ga 3, 28.

dinario y llorando a uno de sus amigos y compañeros del alma, no dice «padre», «madre», «hijo», «hermano», «amigo», sino ¿qué?: *Cayó sobre mí tu amor como el amor a las mujeres*⁵.

De verdad, de verdad, este amor es más tiránico que cualquier tiranía. En efecto, las otras son vehementes, pero esta pasión tiene no sólo vehemencia sino también inmortalidad. Hay en la naturaleza una especie de sentimiento amoroso que se oculta y, sin que nosotros lo advirtamos, enlaza estos cuerpos. Por eso, desde el principio viene la mujer del hombre y, después, del hombre y de la mujer otro hombre y otra mujer.

¿Ves la unión y el enlace, y cómo Dios no permitió que se introdujera otro ser de fuera? Y mira cuántas medidas dispuso. Consintió que se tomara como esposa a la propia hermana; más aún, no ya a la hermana, sino a la hija; aún más, no a la hija, sino lo que es más que la hija, su propia carne⁶.

Todo lo hizo al principio, como en el caso de las piedras⁷, reuniéndoles en uno solo. Y no la formó a ella a partir de algo externo para que no se tornase ajena, ni tampoco hizo que se quedara en ella el ma-

5. Cf. 2 R 1, 26 según el texto de la Septuaginta; MIGNE indica erróneamente 1 R.

6. Eva es carne de Adán; cf. Gn 2, 21-24.

7. Varios testimonios antiguos se refieren a la procreación de las piedras; cf., por ejemplo, TEOFRASTO, *Lap.* 5, 30s. y PLINIO, *Historia naturalis* 36, 29, 134. 39, 149 y 37, 10, 154.163, que hablan del nacimiento de las piedras, entre las que distinguen dos sexos; sobre este asunto cf. R. HALLEUX, «Fecondité des mines et sexualité des pierres dans l'antiquité gréco-romaine», *Revue Belge de Philologie* 48 (1970), 16-25.

trimonio para que, concentrándose y encerrándose en sí mismo, no se apartara de lo demás.

Y, como pasa con las plantas, que las mejores son precisamente aquellas que tienen una única cepa y se extienden en muchas ramas como si girara todo al azar solamente en torno a la raíz y si tuviera muchas raíces el árbol ya no sería digno de admiración, pues así también entonces, que de un solo Adán hizo Dios que arraigara todo el género humano, al que puso en la extrema necesidad de no desgarrarse ni apartarse de él.

Restringiendo más, hizo que ya no se convirtieran en esposas las hermanas y las hijas a fin de que no redujéramos de nuevo el amor a un único objeto y, de forma inconveniente, nos apartáramos de nosotros mismos. Por eso decía: *El creador, desde el comienzo, los hizo varón y hembra*⁸.

De aquí nacen grandes males y grandes bienes para las familias y para las ciudades. Y es que nada consolida de tal manera nuestra vida como el amor de un hombre y una mujer. Por esto muchos toman las armas, por esto entregan incluso su vida.

Ni sin motivo ni por casualidad se hubiera tomado Pablo gran interés en este asunto diciendo: *Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos como al Señor*⁹. ¿Por qué? Porque si ellos viven en concordia, sus hijos se crían bien, sus servidores son disciplinados, sus vecinos gozan de este perfume y tam-

8. Mt 19, 4.

9. Ef 5, 22 y Col 3, 18.

bién sus amigos y parientes; pero si ocurre lo contrario, todo termina patas arriba y revuelto.

Igual que cuando reina la paz entre los generales, que todo está en orden y si se alborotan de nuevo todo se pone cabeza abajo, así también ahora. Por eso dice: *Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos como al Señor.*

¡Oh! ¿Cómo, entonces, dices en otra parte: «Si uno no deja a su mujer y a su marido, no puede seguirme»¹⁰? Porque si hay que someterse como al Señor, ¿cómo dice que hay que apartarse a causa del Señor? Y bien que hay que hacerlo, sólo que el cómo no significa, en cualquier caso y circunstancia, igualdad. O mejor, esto dice Pablo: «Sabiendo que servís al Señor», que es a lo que se refiere en otra parte cuando dice que, si no por el marido, al menos se haga, en primer lugar, por el Señor; o lo que es lo mismo: «Cuando cedas ante tu marido, piensa que obedeces como si sirvieras al Señor». Porque, si *quien se opone a la autoridad, se rebela contra el orden divino*¹¹, mucho más la que no se somete a su marido. Así lo quiso Dios desde el principio, dice.

Partamos de la base, entonces, de que el hombre ocupa el lugar de la cabeza y la mujer el lugar del cuerpo. A continuación, Pablo lo demuestra dando razones: *²³El marido es cabeza de la mujer—dice—como Cristo es Cabeza de la Iglesia, el salvador del*

10. Cf. Lc 14, 26.

11. Rm 13, 2.

Cuerpo. ²⁴Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo. Después de decir: *el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es Cabeza de la Iglesia*, añade: *el salvador del Cuerpo*. Y es que la cabeza es la salvación del cuerpo.

Pablo acaba de poner al hombre y a la mujer el fundamento del amor y el cuidado, asignando a cada uno el lugar que le corresponde: a éste el de la autoridad y la vigilancia, a aquélla el de la obediencia.

LA UNIÓN DE CRISTO Y LA IGLESIA, MODELO DE LA UNIÓN DE LOS ESPOSOS

Amor desinteresado y búsqueda de belleza interior

2. Por tanto, ²⁴*así como la Iglesia* —esto es los hombres y las mujeres— *está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos como a Dios.* ²⁵*Maridos, amad a vuestras esposas como Cristo amó a la Iglesia.* Acabas de oír el colmo de la sumisión.

Has alabado y admirado a Pablo por consolidar nuestra vida, por ser un hombre admirable y espiritual. Bien hecho. Pero oye lo que también te pide. De nuevo se sirve del mismo ejemplo: ²⁵*Maridos —dice—, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia.* ¿Has visto la medida de la obediencia? Escucha también la medida del amor.

¿Quieres que tu mujer te obedezca como a Cristo la Iglesia? Cuida tú también de ella como Cristo de la Iglesia. Aunque haya que dar la vida por ella, aunque haya que dejarse golpear miles de veces, cualquier cosa que haya que aguantar y padecer, no rehusarás. Incluso si llegas a pasar estos sufrimientos, todavía no has sufrido nada comparable a lo que pasó Cristo.

Porque tú haces esto cuando ya te has unido a ella, pero Aquél lo hace por una que lo rechaza y lo odia. Por tanto, igual que Él a la que lo rechaza, odia y desprecia envanecida la puso a sus pies a fuerza de solicitud, no de amenazas ni de malos tratos ni de miedo ni de alguna otra cosa por el estilo, así has de portarte también tú con tu mujer. Aunque la veas arrogante, vanidosa, despreciativa, podrás ponerla a tus pies cuidándola mucho, con amor, con cariño.

En efecto, nada es más tiránico que estos vínculos, especialmente para un hombre y una mujer. A un criado uno podrá sujetarlo por medio del miedo, o más bien ni a él siquiera, porque rápidamente se soltará y se marchará; sin embargo, a la compañera de tu vida, a la madre de tus hijos, a la que es fundamento de toda felicidad no hay que sujetarla con miedo y amenazas, sino con amor y afecto.

¿Qué clase de matrimonio es ése cuando la mujer tiembla de miedo ante su marido? ¿Qué tipo de placer experimenta el propio marido viviendo con su esposa como con una esclava y no como con una mujer libre?

Y si padeces algún sufrimiento por su causa, no se lo reprocharás, porque tampoco lo hizo Cristo:

Y se entregó a sí mismo por ella —dice— ²⁶*para santificarla purificándola*. Era impura, tenía mancha, era fea, vulgar. Sea como sea la mujer que tomes, no tomarás una esposa semejante a la de Cristo, a la Iglesia, ni que se aparte tanto de ti como la Iglesia de Cristo. Sin embargo, no la abominó ni la odió por la desmesura de su fealdad.

¿Quieres oír hablar de su fealdad? Escucha a Pablo cuando dice: *Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas* ¹². ¿Ves su negrura? ¿Qué hay más negro que las tinieblas? Pero mira también su osadía: *Viviendo* —dice— *en malicia y envidia* ¹³. Mira, además, su impureza: *desobedientes, insensatos* ¹⁴. ¿Qué digo? Era estúpida y blasfema. No obstante, aun siendo así, se entregó a sí mismo por una fea como si lo hiciera por una hermosa, como por una amable, como por una excelente. Admirándose de esto, Pablo decía: *En verdad, apenas habrá quien muera por un justo* ¹⁵; y de nuevo: *Si siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros* ¹⁶.

Además, después de tomar tal esposa, la vuelve hermosa y la limpia, y esto tampoco rehusa hacerlo. ²⁶*Para santificarla* —dice— *purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra,* ²⁷*y preséntársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea*

12. Ef 5, 8.

13. Tt 3, 3.

14. *Ibid.*

15. Rm 5, 7.

16. Rm 5, 8.

santa e inmaculada. Por medio del baño lava su impureza. *En virtud de la palabra*, dice. ¿Cuál? En virtud de la palabra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo ¹⁷.

Y no la adornó simplemente, sino que la volvió resplandeciente, *sin mancha ni arruga ni cosa parecida*. Así pues, tratemos de conseguir también nosotros esta belleza y podremos convertirnos en sus artífices.

No pidas a tu mujer lo que no tiene. Ves que todo lo que poseía la Iglesia le venía del Señor. Por Él se volvió resplandeciente, por Él inmaculada. No rechaces a tu mujer a causa de su fealdad. Escucha las palabras de la Escritura: *Pequeña entre los que vuelan es la abeja, mas lo que ella elabora es lo más dulce* ¹⁸. Es una criatura de Dios. No es a ella a la que ultrajas, sino a quien la hizo. ¿Qué puede afectarle a la mujer?

No la alabes a causa de su hermosura. Es propio de almas intemperantes tanto la alabanza como el odio al que me acabo de referir como el amor mismo. Busca la belleza del alma; imita al Esposo de la Iglesia.

La belleza física está llena de arrogancia y presunción; también arroja en brazos de los celos y, a menudo, te hace abrigar sospechas absurdas. Pero

17. Se trata de la fórmula bautismal que el sacerdote pronunciaba mientras ungía al catecúmeno en la frente con el crisma espiritual; cf. el propio JUAN CRISÓSTOMO en *Ad illum. catech.* 2, 22 (Sources Chrétiennes 50, pp. 145s.).

18. Si 11, 3.

¿encierra placer? Hasta pasado el primer mes o el segundo o, a lo sumo, un año, el resto del tiempo ya no, sino que la costumbre apaga la admiración. Permanecen, sin embargo, los males que son consecuencia de la belleza: el orgullo, la presunción y la arrogancia. En el caso de la que no es de tal manera no se da nada semejante. Pero el amor que empieza de forma conveniente permanece con fuerza porque nace de la belleza del alma y no del cuerpo.

3. ¿Qué hay mejor que el cielo, dime, qué mejor que las estrellas? Digas lo que digas del cuerpo, no es tan reluciente; digas lo que digas de los ojos, no son tan luminosos. Cuando aquéllos surgieron, hasta los ángeles se admiraron; también ahora nosotros nos admiramos, pero no de la misma manera que al principio. En efecto, es tal la costumbre que ya no nos impacta igual. ¡Cuánto más en el caso de la mujer! Si sobreviene una enfermedad, inmediatamente echa todo a volar.

En la mujer busquemos bondad, modestia, medida. Éstos son signos de belleza. No busquemos, sin embargo, la belleza del cuerpo ni le hagamos reproches por cosas que no están en su poder; más bien, ni le hagamos reproche alguno (pues es de osados) ni sintamos disgusto ni nos irriteamos.

¿Es que no véis cuántos que vivieron con bellas mujeres echaron su vida por tierra de forma lamentable y cuántos con mujeres no muy hermosas llegaron, en medio de una gran dicha, a la extrema vejez?

Limpiemos la suciedad interior, arranquemos las imperfecciones de dentro, hagamos desaparecer las

manchas del alma. Tal es la belleza que Dios desea. Para Dios, no para nosotros, hemos de hacerla hermosa.

No busquemos las riquezas ni la nobleza exterior, sino la nobleza del alma. Que nadie espere enriquecerse a costa de una mujer, porque es ésta una riqueza vergonzosa y censurable. Que nadie busque en modo alguno sacar dinero de aquí. *Los que quieren enriquecerse —dice— caen en la tentación, en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas que hunden a los hombres en la ruina y la perdición*¹⁹. No busques, por tanto, surtirme de riquezas a costa de tu mujer y todo lo demás lo encontrarás fácilmente²⁰.

¿Quién, dime, dejando de lado los asuntos de primer orden, pasará a ocuparse de los menos importantes? Pero, ¡ay!, es eso lo que siempre nos ocurre. Si tenemos un hijo, no ponemos nuestro empeño en que se haga un hombre bueno, sino en buscarle una esposa rica; no en que tenga buenos principios, sino buenos recursos. Y si pensamos en una ocupación, no lo hacemos con la idea de que esté apartada del pecado, sino de que nos reporte

19. 1 Tm 6, 9.

20. En época de Juan era usual que los padres trataran el matrimonio de sus hijos teniendo en cuenta en primer lugar la cuestión crematística; Juan Crisóstomo condena repetidas veces este proceder que convertía las bodas en meras transacciones comerciales (cf., por ejemplo, *De Anna* 1, 6; PG 54, 642) y anteponía los recursos de la novia a su virtud (cf. *Laus Maximi et quales ducendae sint uxores* 4; PG 51, 230); tampoco el novio debe ser elegido atendiendo a sus posibilidades económicas; cf. *In epist. ad Col.* 12, 7.

una ganancia sustanciosa²¹. Y todo acaba siendo dinero. Por eso todo está corrompido, porque nos domina aquella pasión.

El misterio del matrimonio

²⁸Así —dice— *deben amar los maridos a sus mujeres, como sus propios cuerpos*. ¿Qué significa esto? Ha pasado a una imagen, diríamos, más amplia y a un ejemplo de mayor fuerza. No es solamente eso, sino, además, un argumento como más cercano y más evidente.

En efecto, el primero no era infalible. Para que nadie diga: «Aquél era Cristo, era Dios, y se entregó a sí mismo», en adelante lo plantea desde otro punto de vista diciendo: *«así deben»*. Porque no es el asunto una muestra de benevolencia, sino un deber.

Después de decir: *Como sus propios cuerpos*, prosigue: ²⁹*Porque nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida*. Esto es, se ocupa de ella con gran solicitud. ¿Y cómo se entiende que es su carne? Escucha: *Esta vez sí que es hueso de mis huesos —dice— y carne de mi carne*²². Y no sólo esto, sino también: *Se harán una sola carne*²³.

*Como Cristo a su Iglesia*²⁴. Ha vuelto a su primer ejemplo. ³⁰*Pues somos miembros de su Cuerpo*,

21. Cf. *De inani gloria* 89.

22. Gn 2, 23.

23. Gn 2, 24.

24. Ef 5, 29.

*de su carne y de sus huesos*²⁵. ¿Cómo es esto? Porque Cristo está hecho de nuestra materia como también la carne de Eva de la carne de Adán.

Con razón se ha acordado de los huesos y la carne. Efectivamente, éstos, la carne y los huesos, son las partes más importantes en nosotros. Los unos sirven de base como la quilla de un barco, la otra es como el resto de la construcción.

Pero aquello, el caso de Adán y Eva, está claro. ¿Y esto, lo de Cristo y la Iglesia, cómo puede estarlo? Igual que allí la proximidad es tan grande, así, dice Pablo, también en este caso.

¿Qué quiere decir «*de su carne*»? Esto: que venimos auténticamente de Él. ¿Y cómo somos así miembros de Cristo? Porque estamos hechos conforme a Él. ¿Y cómo somos de su carne? Lo sabéis cuantos participáis de los misterios²⁶. En efecto, a partir de Él fuimos inmediatamente remodelados²⁷. ¿De qué manera? Escucha nuevamente al santo cuando dice: *Por tanto, así como los hijos participan*

25. La frase final del versículo 30: «de su carne y de sus huesos» se lee en las versiones latinas pero no en las ediciones críticas del texto griego y parece una anticipación del versículo 31 que cita Gn 2, 24. El texto que leía Juan establece una coincidencia en las relaciones Adán-Eva y Cristo-Iglesia que las ediciones de hoy son incapaces de transmitir.

26. Juan llama «los misterios» (τὰ μυστήρια) al sacramento de la Eucaristía; cf. *Ad illum. catech.* 3, 16 (Sources Chrétiennes 50, p. 160).

27. El hombre, creado a imagen de Dios y caído por el pecado de Adán, es re-creado en la persona de Cristo, quien por esa nueva creación (cf. 2 Co 5, 17) restituye al hombre nuevo el esplendor de la imagen divina (cf. Rm 8, 29; Col 3, 10).

*de la sangre y de la carne, así también participó él de las mismas*²⁸.

Pero, en este caso, Él ha tomado parte en nosotros, no nosotros en Él. ¿Cómo somos, entonces, de su carne y de sus huesos? Algunos hablan de la sangre y el agua, pero no es así²⁹. Lo que Pablo quiere mostrar es esto: igual que, sin relación conyugal, Aquél ha surgido del Espíritu Santo, así también nosotros somos engendrados en el bautismo³⁰.

Mira cuántos indicios para que se crea en aquella génesis. ¡Oh, estupidez de los heréticos!³¹. Lo que ya ha sido engendrado a partir del agua, reconocen que nace como una verdadera generación;

28. Hb 2, 14.

29. Se refieren a la sangre y el agua que brotó del costado de Cristo durante su pasión en la cruz; cf. Jn 19, 34. El propio Crisóstomo habla del agua y la sangre de Cristo como símbolos del bautismo y de la Eucaristía, y también del nacimiento de la Iglesia a partir del costado de Cristo durante su muerte en la cruz, igual que Eva fue formada de la costilla de Adán; cf. *Ad illum. catech.* 3, 16 (Sources Chrétiennes 50, p. 160); *Laus Maximi et quales ducendae sint uxores* 3; PG 51, 229.

30. El hombre nuevo es recreado en Cristo a través del bautismo, donde muere al pecado y nace a una vida nueva (cf. Rm 6, 3-4); sobre el bautismo como nueva Creación según Juan Crisóstomo cf. *Ad illum. catech.* 4, 12 (Sources Chrétiennes 50, p. 189); como aquí, en relación con el misterio del matrimonio, para explicar la proximidad entre la formación de Eva a partir de Adán y de la Iglesia a partir de Cristo cf. *Laus Maximi et quales ducenda sint uxores* 3; PG 51, 229.

31. Las herejías dualistas como el movimiento de Mani y la secta marcionita negaban que Cristo fuera hombre; frente a ellos, Juan Crisóstomo insiste en que la carne de Cristo es de la misma sustancia que la nuestra; sobre la doctrina cristológica en Juan Crisóstomo cf. C. HAY, «St. John Chrysostom and the integrity of the human nature in Christ», *Franciscan Studies* 19 (1959), 298-317.

sin embargo, que somos su cuerpo, no lo aceptan. Por tanto, si no lo somos, ¿cómo se ajustarán las palabras de Pablo cuando dice *de su carne y de sus huesos*?

Observa: fue creado Adán, fue engendrado Cristo; de la costilla de Adán vino la corrupción, del costado de Cristo entró la vida; en el paraíso germinó la muerte, en la cruz tuvo lugar su destrucción.

4. Por tanto, igual que el Hijo de Dios participa de nuestra naturaleza, así nosotros de su substancia; e igual que aquél nos lleva en sí mismo, así también nosotros lo llevamos en nosotros.

³¹*Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne*³². Mira, además, un tercer argumento. En efecto, Pablo muestra que uno deja a sus procreadores, a aquellos de quienes nació, para unirse a ella. De ahora en adelante, el padre, la madre y el hijo son una carne producto de la mezcla de la substancia de cada uno de ellos. Y es que después de mezclarse las simientes nace el hijo, de suerte que los tres son una sola carne³³.

Es así, por tanto, que nosotros nos hacemos una sola carne con Cristo por participación. Y con mucha mayor razón nosotros que el niño pequeño. ¿Por qué? Porque así ha sido desde el principio.

No me digas que ella es tal y es cual. ¿No ves que en la carne tenemos muchas desventajas? Uno

32. Cf. Gn 2, 24.

33. Cf. *In epist. ad Col.* 12, 5.

está cojo, otro tiene los pies torcidos, un tercero las manos secas y el de más allá algún otro miembro inútil. Y sin embargo no se aflige ni se lo amputa, sino que incluso lo prefiere muchas veces a otro. Con razón, porque es suyo.

Así pues, por mucho amor que cada uno se tenga a sí mismo, igual de grande quiere Pablo que lo tengamos por la esposa. No porque participemos de una única naturaleza, sino porque este argumento a favor de la mujer tiene más peso para nosotros dado que ya no son dos cuerpos, sino uno solo, siendo el uno cabeza y la otra cuerpo.

¿Y cómo es que dice en otra parte: *la cabeza de Cristo es Dios*³⁴? Esto también lo digo yo, que igual que nosotros somos un solo cuerpo, así también Cristo y el Padre son uno solo. Resulta, entonces, que el Padre es nuestra cabeza.

Pablo pone dos ejemplos, el del cuerpo y el de Cristo. Por eso añade: *32Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia*. ¿Qué quiere decir esto? Lo llama gran misterio porque también hizo alusión a algo grande y admirable el bienaventurado Moisés, o más bien Dios³⁵. Pero luego dice: *Lo digo respecto a Cristo* porque también Él, después de dejar al Padre, descendió, fue donde su esposa y formó un solo espíritu: *El que se une al Señor forma un solo espíritu con Él*³⁶. Y dijo bien: *Gran*

34. 1 Co 11, 3.

35. Se refiere a las palabras de Gn 2, 24.

36. 1 Co 6, 17.

misterio es éste, como si dijera: pero la metáfora no destruye el amor.

³³*En todo caso, en cuanto a vosotros, que cada uno ame a su mujer como a sí mismo; y la mujer, que respete al marido.* De verdad, de verdad que es un misterio, un gran misterio, además, el que uno abandone al que lo hizo nacer, al que lo engendró, al que lo crió, a la que lo parió con dolor y sufrimiento, a quienes tanto lo beneficiaron, a quienes llegaron a hacerse habituales, para unirse a una que ni había visto antes ni tiene nada en común con él, anteponiéndola, además, a todos.

Es, realmente, un misterio. Y los padres no se afligen cuando ocurren estas cosas, sino más bien cuando no ocurren, y gozan cuando se consumen riquezas y se hace gasto.

Realmente es un gran misterio que encierra alguna sabiduría arcana ³⁷. Esto lo revelaba Moisés desde el principio en sus profecías ³⁸, y también ahora lo proclama Pablo diciendo: *Respecto a Cristo y la Iglesia*. Pero no queda dicho sólo por Él, sino también por la esposa, para que el marido la cuide como a su propia carne igual que Cristo a la Iglesia.

37. Juan Crisóstomo introduce un elemento que va más allá del plano psicológico: Dios mismo ha dispuesto, desde el momento de la creación, que hombre y mujer se entreguen así con alegría.

38. Movido por su convicción de que la virginidad fue primera en el tiempo, surgiendo luego el matrimonio como consecuencia del pecado original, Juan Crisóstomo proyecta en el futuro las palabras de Gn 2, 24 y las interpreta como una profecía; cf. también *In Gen.* 15, 4; PG 53, 123; *Illum. catech.* 1, 13 (*Sources Chrétiennes* 50, p. 115).

AMOR DEL MARIDO Y TEMOR DE LA ESPOSA

*Y la mujer, que respete al marido*³⁹. Ya no determina solamente lo que se refiere al amor, sino ¿qué?: *que respete al marido*.

La mujer es una segunda autoridad. Así pues, que ni ella reclame igualdad, porque está por debajo de la cabeza, ni aquél la desprecie como subordinada, porque es cuerpo y si la cabeza desprecia al cuerpo, también ella perecerá. Pero que introduzca el amor como contrapeso de la obediencia.

Como la cabeza, también el cuerpo: éste poniendo a su servicio las manos, los pies, todos los miembros restantes; aquélla cuidando de él y teniendo en su haber toda la capacidad de discernimiento. Nada hay mejor que esta unión.

«¿Y cómo puede haber amor, me dicen, si existe temor?». Especialmente entonces puede haberlo. En efecto, la que teme también ama. La que ama teme al marido por ser su cabeza y lo ama como a un miembro, ya que también la cabeza es un miembro del cuerpo. Por eso a ella la subordinó Dios y a él lo puso por encima, para que hubiera paz.

Efectivamente, donde hay igualdad no puede haber nunca paz, ni en una casa regida democráticamente ni donde mandan todos, sino que es forzoso que haya una única autoridad. Esto es válido en todas partes entre hombres materiales porque si son

39. El verbo griego utilizado, φοβέομαι, contiene la noción de temor teñido de respeto.

hombres espirituales, habrá paz. Eran cinco mil almas y nadie llamaba suyo a nada de lo que había, sino que se subordinaban los unos a los otros ⁴⁰. Esto es una muestra de sabiduría y temor de Dios.

Pablo mostró el modo del amor, el del temor ya no.

5. Y mira cómo amplía el tema del amor hablando de Cristo, de la propia carne, de que *por eso dejará el hombre a su padre y a su madre*. Pero el tema del miedo ya no lo amplía. ¿Por qué? Porque prefiere que sea esto lo que prevalezca: el amor. Se da éste, viene de la mano todo lo demás; se da aquél, no hay nada en absoluto.

En efecto, el que ama a su mujer, aunque no tenga una muy dócil, a pesar de eso, soportará todo. Es así que la concordia será algo difícil y penoso cuando no estén unidos por la tiranía del amor. Sin embargo, el temor no enderezará en modo alguno esta situación. Por eso Pablo emplea más tiempo en este asunto, que es decisivo.

Y la mujer, aunque cree que la estafan porque ha recibido la orden de temer, lleva ventaja. Efectivamente, el hombre tiene encomendado lo más importante: amar.

«¿Qué pasa, entonces, si la mujer no teme?», me dices. Tú ama, cumple con lo tuyo. Porque aunque los demás no hagan lo que deben, nosotros sí debe-

40. Juan se refiere a las primeras comunidades cristianas; cf. Hch 4, 32. La exigencia jerárquica viene dada por el pecado original, es por ello que dicha jerarquía se vuelve superflua allí donde el pecado ha sido superado.

mos hacerlo. A esto es a lo que me refiero: *Sed sumisos los unos a los otros* —dice Pablo— *en el temor de Cristo*⁴¹. «¿Qué pasa, entonces, si el otro no se somete?» Tú obedeces la ley de Dios. Así precisamente también en este caso.

Por tanto, que la mujer tema aunque no sea amada, para que por ella no quede. El marido, si no lo teme la mujer, que la ame, no obstante, para no faltar él en nada. Cada uno recibe lo que le pertenece.

Así pues, es éste un matrimonio conforme a Cristo, un matrimonio espiritual y una generación espiritual, no de sangre ni de dolores de parto. Tal fue también la generación de Isaac; escucha la Escritura cuando dice: *Y a Sara se le había retirado la regla de las mujeres*⁴². Además, el matrimonio no viene de la pasión de los cuerpos, sino que es todo espiritual, unida el alma a Dios por un vínculo inefable que sólo Él conoce. Por eso dice: *El que se une al Señor, se hace un solo espíritu con Él*⁴³. ¿Ves cómo Pablo se ocupa de unir la carne con la carne y el espíritu con el espíritu?

¿Dónde están los heréticos?⁴⁴ Si el matrimonio estuviera entre las cosas equivocadas, Pablo no hubiera utilizado el nombre de esposo y esposa, no

41. Ef 5, 21.

42. Gn 18, 11.

43. 1 Co 6, 17.

44. El ascetismo maniqueo condena toda relación sexual y prohíbe el matrimonio; Juan no pierde ocasión para protestar contra estos excesos basados en interpretaciones erróneas de Pablo; sobre este asunto cf. A. MOULARD, *o. c.*, pp. 87-112.

hubiera añadido, exhortando a ello, lo de: *Dejará el hombre a su padre y a su madre*, ni hubiera agregado, a su vez: *Lo digo respecto a Cristo y la Iglesia*. Acerca de ésta dice también el salmista: *Escucha, hija, mira y pon atento oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y el rey se preñará de tu belleza*⁴⁵. Por eso también Cristo decía: *Salí del Padre y he venido al mundo*⁴⁶. Pero cuando digo que dejó al Padre, no pienses que es, como en el caso de los hombres, un cambio de lugar. Igual que se dice que salió, no porque saliera, sino haciéndose carne, así también se dice: *Dejó al Padre*.

¿Por qué Pablo no dijo también de la mujer: «Se unirá a su marido»? ¿Por qué? Porque hablaba de amor y le hablaba al hombre. A aquélla, hablándole del miedo, le dice: *El marido es cabeza de la mujer*; y a su vez: *Y Cristo es Cabeza de la Iglesia*. A él le habla de amor y puso en sus manos los asuntos de ésta, y le habló de amor con la intención de estrecharlo y unirlo a ella.

En efecto, el que dejó a su padre a causa de una mujer y, dejando a su vez a ésta, la abandona, ¿merecería algún perdón? ¿No ves cuán grande es el honor del que quiere Dios que la mujer disfrute, dado que, después de apartarte de tu padre, te fijó a ella? «¿Qué pasa, entonces, si nosotros hacemos lo que debemos, me dicen, pero aquélla no obedece?». *Pero si la parte no creyente quiere separarse, que se*

45. Sal 45(44), 11-12.

46. Jn 16, 28.

separe ⁴⁷. No están obligados el hermano o la hermana en ese caso.

Pero cuando oigas hablar de temor, que sea un temor apropiado para una mujer libre, no como el de una esclava. Porque es tu cuerpo. En caso de que obres así, cometes un ultraje contra ti mismo deshonrando tu propio cuerpo. ¿Qué tipo de temor es? Que no contradiga, que no se subleve, que no desee los primeros puestos. Basta con que el temor se mantenga en estos límites.

Si amas como se te ordenó, realizarás una obra mayor, o mejor, ya no la harás sirviéndote del miedo, sino que es el amor mismo quien de algún modo actúa.

El sexo femenino es más bien débil, necesita mucha ayuda, mucha condescendencia. ¿Qué dirían los que están unidos en segundas nupcias? No hablo con intención de acusarlos, ¡Dios me libre!, porque también el Apostol lo consintió ⁴⁸. Pero, siendo muy condescendiente: dale todo, haz todo por ella y sufre; no tienes más remedio.

En este caso Pablo no considera oportuno introducir una reflexión sacada de ejemplos de fuera, cosa que hace muchas veces. En efecto, bastaba con el que es un ejemplo grande y poderoso: el de Cristo, y más hablando de sumisión.

Dejará —dice— *a su padre y a su madre*. He aquí lo que toma de fuera. Pero no dijo: «y vivirá con»,

47. 1 Co 7, 15.

48. Cf. Rm 7, 3; 1 Co 7, 39.

sino *se unirá a*, poniendo de manifiesto la perfecta unión, el amor en toda su intensidad. Y no se contentó con esto, sino que, además, en el curso de su razonamiento hizo una exposición de la obediencia de tal manera que los que eran dos ya no aparecían como dos. No dijo: «un solo espíritu», no dijo: «una sola alma», porque aquello es evidente y puede serlo para cualquiera, sino que dijo así: *Se harán una sola carne*.

EL MARIDO COMO EDUCADOR DE SU ESPOSA

Labor educadora del marido, garantía de unión

6. Ella es una segunda autoridad que goza de poder y mucha igualdad; sin embargo, la parte del hombre es más importante. En esto reside el mayor bienestar de una casa. Él se encargó de aquello que es propio de Cristo, no con la obligación de amar solamente, sino también de educar⁴⁹.

*Que sea —dice— santa e inmaculada*⁵⁰. La expresión «de la carne» se refiere al amor y «se unirá» se

49. Sobre el verbo griego *παιδεύειν* cf. supra *De inani gloria* 16, nota 26.

50. Según la interpretación crisostómica de estas palabras del Apóstol, el marido no sólo ha de buscar la belleza interior en su mujer, sino que debe también convertirse en artífice de esa belleza borrando todas las imperfecciones de su alma (cf. supra 2 y 3); esto es para Juan educar a la esposa.

refiere igualmente al amor. Si la haces santa e inmaculada, todo viene detrás. Busca las cosas de Dios y las cosas humanas acompañarán con gran facilidad. Educa a tu mujer, que así se consolida el hogar.

Escucha a Pablo cuando dice: *Si quieren aprender algo, pregúntenlo a sus propios maridos en casa*⁵¹. Si gobernamos así nuestras casas, seremos aptos también para el gobierno de la Iglesia⁵². Y es que la casa es una pequeña Iglesia. De esta manera, maridos y esposas pueden hacerse buenos y exceder a todos.

Piensa en Abraham, en Sara, en Isaac, en sus trescientos dieciocho siervos, cómo estaba unida toda la casa, cómo estaba toda llena de piedad. Aquélla cumplía el mandato apostólico y respetaba a su marido. En efecto, óyela cuando dice: *Ahora que estoy pasada, ¿sentiré el placer, y además con mi marido viejo?*⁵³. Y aquél la amaba de tal manera que la obedecía en todo lo que ordenaba. También su hijo era bueno y los criados mismos eran admirables, porque no vacilaron en correr peligro junto a su señor, no dieron largas ni buscaron excusas. Antes bien, uno de ellos, el que estaba al frente, era tan excelente que incluso le confiaron la boda de su único hijo, mandándole de viaje al extranjero⁵⁴.

En efecto, igual que en el caso de un general, que cuando la soldadesca es disciplinada el enemigo

51. 1 Co 14, 35.

52. Cf. supra *De inani gloria* 73, nota 90.

53. Gn 18, 12.

54. Abraham ordena a su mayordomo salir de viaje en busca de una mujer para su hijo Isaac, la elegida será Rebeca; cf. Gn 24, 1-66.

no irrumpe por ningún lado, así también aquí, que cuando marido, mujer, hijos y criados tienen los mismos intereses es grande la concordia en la casa. Porque si no ocurre así, a menudo a causa de un solo siervo malvado todo se pone cabeza abajo y se deshace, y muchas veces fue uno solo el que hizo desaparecer todo y lo echó todo a perder.

Por tanto, tengamos mucho cuidado de las esposas, los hijos y los esclavos, sabiendo que nos facilitaremos el ejercicio de la autoridad y que tendremos una rendición de cuentas suave y equitativa, y diremos: *Aquí estamos yo y los hijos que me ha dado Yahveh*⁵⁵. Si el marido es excelente también es buena la cabeza, entonces el resto del cuerpo no opondrá ninguna resistencia.

El comportamiento de los esposos

Pues bien, lo que se refiere a la esposa y al marido, cómo es la actitud correcta, lo ha dicho Pablo detalladamente exhortando a ésta a temerlo como cabeza y a éste a amarla como esposa:

¿Cómo puede darse esto?, me dirán. Pablo mostró que debe darse; el cómo os lo voy a decir yo: si despreciamos las riquezas, si sólo miramos hacia una cosa, la virtud del alma, si tenemos ante los ojos el temor de Dios. En efecto, lo que decía hablando de la relación con los esclavos: *Conscientes de que*

55. Is 8, 18a.

*cada cual será recompensado por el Señor según el bien que hiciere: sea esclavo, sea libre*⁵⁶, vale también aquí.

Por consiguiente, hay que amarla no tanto por ella como por Cristo. A esto se refería Pablo cuando dijo: *Como al Señor*. Por tanto, obedeciendo como si fuera al Señor y haciendo todo por Él, así has de obrar siempre. Esto es suficiente para persuadir y convencer, y para no dejar que se dé ninguna riña ni divergencia de opinión.

Que no sea digno de credibilidad nadie que acuse falsamente al marido delante de su mujer. Pero que ni el hombre dé crédito a la ligera de lo que concierna a su mujer, ni la mujer se dedique a entrometerse irreflexivamente en sus entradas y salidas. Y que tampoco el marido dé lugar a ningún tipo de sospecha. ¿Por qué, dime, te das a tus amigos durante todo el día, a tu mujer por la tarde, y ni así puedes satisfacerla y evitar sus sospechas?⁵⁷.

Si tu mujer te acusa, no te enfades: es un signo de cariño, no de insolencia. Son acusaciones propias de un amor fervoroso, de un afecto ardiente y del miedo. En efecto, teme que alguien le haya robado el esposo, que alguien haya causado daño en lo más importante de sus bienes, que alguien le haya quitado su cabeza, que alguien haya minado su lecho nupcial.

56. Ef 6, 8.

57. En la relación conyugal es importante la transparencia, la confianza y la entrega exclusiva, por ello no caben las sospechas ni los comportamientos que puedan engendrarlas.

Hay, además, otro motivo de disensión: que nadie solicite a los criados más allá de la medida, ni el marido a la esclava ni la mujer al criado. Y es que estas cosas bastan para engendrar sospechas.

Piensa en aquellos justos. La propia Sara mandó al patriarca tomar a Agar⁵⁸; ella lo ordenó, nadie la obligó ni se acercó a la otra su marido, sino que, aunque arrastraba un largo tiempo sin hijos, prefirió no ser padre nunca a causar pena a su esposa. No obstante, cuando pasó todo, ¿qué dijo Sara?: *Juzgue Yahveh entre nosotros dos*⁵⁹. Si hubiera sido algún otro, ¿no se habría encolerizado? ¿No hubiera extendido las manos, diciendo más o menos: «¿Qué hablas? No quería yo unirme a esa mujer, todo ha sido cosa tuya, ¿y ahora vienes y me acusas?». Pero aquél no dijo nada semejante, sino ¿qué?: *Abí tienes a tu esclava en tus manos. Haz con ella como mejor te parezca*⁶⁰. Entregó a la que compartía su lecho para no causar pena a Sara. Y en verdad, nada hay más grande que esto en lo que a benevolencia se refiere.

Efectivamente, si el hecho de compartir mesa produce, incluso en los ladrones, un sentimiento de concordia hacia los adversarios (dice el salmista: *Con quien me unía una gran intimidad*⁶¹), el haberse convertido finalmente en una sola carne (pues esto significa tener un lecho en común) bastará, con mucha más razón, para dejarse arrastrar.

58. Cf. Gn 16, 1-6.

59. Gn 16, 5.

60. Gn 16, 6.

61. Sal 55, 15, según el texto de la Septuaginta.

Pero ninguno de estos argumentos fue capaz de seducir al justo, sino que entregó a la mujer demostrando que nada había ocurrido por su culpa. Y lo que es más: la repudió estando encinta. ¿Quién no se hubiera apiadado de una mujer embarazada de su propio hijo? Pero el justo no se plegó a compasión. En efecto, anteponeía a todas estas cosas el amor a su esposa.

Sobre las riquezas

7. Imitémoslo también nosotros. Que nadie eche en cara al prójimo su pobreza, que nadie sienta deseo de riquezas y todo está resuelto.

Que ninguna mujer diga a su marido: «Apocado y cobarde, que estás lleno de pereza, vagancia y somnolencia. Fulano, humilde él y de padres humildes, deseoso de peligros emprendió viajes e hizo una gran fortuna, y su mujer va engalanada con oro y sale en un coche tirado por mulas blancas, circula por todas partes, tiene rebaños de criados y un enjambre de eunucos, mientras que tú estás ahí encogido y vives a la ventura». Que la mujer no diga estas cosas ni otras semejantes. Porque es cuerpo no para dar órdenes a la cabeza, sino para someterse y obedecer.

«¿Cómo soportará, entonces, la pobreza? —me dicen—, ¿dónde encontrará consuelo?». Que escoja junto a sí a otras más pobres; que considere, a su vez, cuántas muchachas nobles y de noble familia no solamente no recibieron nada de sus maridos,

sino que incluso dieron ellas y gastaron todo lo suyo. Que piense en los peligros que ocasionan tales riquezas y le agradará una vida sin afanes.

En suma, si tiene una actitud cariñosa hacia su marido, no dirá nada semejante, sino que preferirá tenerlo cerca, aunque no le dé nada, a mil talentos de oro acompañados de la preocupación y el cuidado que nacen siempre en las mujeres a consecuencia de los viajes.

Pero que tampoco el marido al oír estas cosas, por tener él la autoridad, recurra a los malos tratos y a los golpes, sino que exhorte, amoneste, trate de persuadir con razonamientos considerando que ella es más imperfecta, pero nunca le ponga la mano encima. ¡Lejos de un alma libre esta conducta! Ni malos tratos ni reproches ni insultos, sino que has de educarla como a un ser de inteligencia inferior.

¿Cómo será esto posible? Si conoce la verdadera riqueza, si conoce la filosofía de lo alto⁶², no le dirigirá ninguna acusación de este tipo. Que le enseñe que la pobreza no es un mal; que le enseñe no sólo a través de lo que dice, sino también de lo que hace; que le enseñe a despreciar la gloria. Entonces la esposa no dirá ni deseará nada semejante.

Desde aquella tarde en que la reciba en el tálamo como si recibiera una estatua, que le enseñe templanza, moderación, para que viva santamente,

62. El autor se refiere a la riqueza de la perfección cristiana, basada en el desprecio por lo material y la gloria efímera; sobre el significado de la palabra «filosofía» en los antiguos escritores cristianos cf. supra *De inani gloria* 28, nota 47.

echando abajo, nada más entrar y desde la puerta misma, el amor a las riquezas.

Que la instruya también en filosofía ⁶³ y la exhorta para que no lleve objetos de oro colgando de las orejas, cayéndole por las mejillas y rodeándole el cuello, y no tenga puestos por su habitación ni guardados mantos dorados y suntuosos. Pero que la decoración sea brillante y que el brillo no caiga en insolencia. Antes bien, deja estas cosas a los que trabajan en escena y embellece tu casa con mucho decoro de modo que exhale templanza antes que ningún otro perfume.

En efecto, de aquí derivan dos y aun tres bienes. En primer lugar, la novia no se apenará cuando, disueltos los festejos nupciales, sean también devueltos a sus respectivos dueños los mantos, los objetos de oro y las vajillas de plata. En segundo lugar, el novio no tendrá que preocuparse por la pérdida y la custodia de los objetos prestados. El tercer bien que, a su vez, se añade a éstos es el principal: por este mismo comportamiento, él dará a conocer su manera de sentir, que no se complace con ninguna de estas cosas, que acabará con todas las restantes y que no permitirá nunca que haya ni bailes ni canciones indecentes ⁶⁴.

63. Esto es, en la «filosofía de lo alto», una sabiduría impregnada de cristianismo y orientada a la conversión de la persona y la consecución de la virtud.

64. Sobre el rechazo de Juan Crisóstomo hacia las celebraciones de boda de su época cf. supra *De inani gloria* 88 e infra *In epist. ad Col.* 12, 4, nota 34.

Sé que a algunos quizá les parezco ridículo dando leyes semejantes⁶⁵. Pero si me obedecéis, será con el paso del tiempo y según vayáis disfrutando de la ayuda que ofrecen mis consejos, cuando sabréis lo que se gana. La risa se retirará, os burlaréis de las costumbres actuales, veréis que, realmente, lo que ocurre ahora es propio de niños insensatos y de borrachos, mientras que lo que yo aconsejo se refiere a la templanza y la filosofía, a un modo de vida superior⁶⁶.

¿Qué digo, entonces, que se debe hacer? Todos los cantos desvergonzados, los satánicos, las canciones indecentes, las reuniones de jóvenes licenciosos, elimínalos de la boda. Esta actitud podrá hacer temperante a tu esposa⁶⁷. En efecto, inmediatamente reflexionará consigo misma: «¡Oh! ¿Qué clase de hombre es éste? Es un filósofo, no da ningún valor a la vida presente, me ha traído a su casa para que le dé hijos y los críe, para que guarde el hogar».

Pero ¿estos pensamientos resultan desagradables a la novia? Hasta que pasa el primer día o el segun-

65. Juan Crisóstomo justifica a menudo su gusto por los detalles reconociendo que puede causar risa a algunos, pero subrayando al mismo tiempo su importancia; cf. *De inani gloria* 17, 48, 50, 54, 74.

66. La expresión griega utilizada, ἡ ἀνωτάτω πολιτεία, designa en Juan Crisóstomo la vida cristiana con su carácter de novedad, preeminencia y gracia; sobre este asunto cf. A. GONZÁLEZ BLANCO, «El concepto de politeía en las obras de San Juan Crisóstomo», *Sandalion* 3 (1980), pp. 251-272.

67. Juan manifiesta en *In epist. I ad Cor.* 12, 5; PG 61, 103s. que los atractivos sensuales presentes en las celebraciones de boda causan un grave daño a la castidad; los banquetes nupciales como él desea hacen crecer el amor del esposo y la castidad de la novia; cf. *In Gen.* 48, 6; PG 54, 443.

do, el resto del tiempo ya no, sino que incluso obtendrá un placer grandísimo liberándose de toda sospecha. En efecto, el que no soporta ni las flautas ni los danzarines ni las inflexiones de los cantos, también cuando esto se da con ocasión de la boda, difícilmente tolerará nunca hacer o decir nada vergonzoso.

Después, cuando hayas eliminado de la boda todas estas cosas, toma a tu esposa y fórmala de modo conveniente, dejando que dure mucho tiempo su pudor, sin ponerle fin rápidamente. Porque incluso si la muchacha no es muy vergonzosa, sabe guardar silencio hasta que llega el momento oportuno, azorada frente al hombre y asombrada por la novedad de los acontecimientos.

Así pues, tú no pongas fin rápidamente a este pudor, cosa que hacen los hombres licenciosos, sino deja que se prolongue mucho tiempo. Esto te reportará una enorme ganancia. No te censurará entretanto, no se quejará de tus medidas.

Declaración de intenciones del recién casado

8. Por consiguiente, legisla todo en aquel tiempo en que la vergüenza, como una especie de freno puesto en el alma, no permite quejarse de nada ni censurar los acontecimientos. Porque cuando ella coja confianza, con la mayor impunidad desbarata y revuelve todo.

¿Cuándo, pues, se da otra ocasión tan apropiada para formar a la esposa como lo es aquélla, en el

momento en que se avergüenza frente a su marido, aún tiene miedo y se siente confundida? Entonces has de imponerle todas las leyes y te obedecerá absolutamente, ya sea de grado, ya sea contra su voluntad.

¿Cómo harás para no disipar su vergüenza? Si te muestras tú mismo no menos avergonzado que ella, hablando de pocas cosas y aún de éstas con mucha gravedad y concisión. Proponle entonces hablar de filosofía, que el alma la acoge favorablemente. Ponla en esta hermosísima disposición de ánimo, me refiero a la vergüenza.

Si queréis, os diré también, a modo de ejemplo, de qué hay que hablar con ella. Porque si Pablo no rehusó decir: *No os neguéis el uno al otro* ⁶⁸, y pronunció palabras propias de una madrina de boda, o mejor dicho, no de una madrina de boda, sino de un alma espiritual, mucho menos vamos a rehusar nosotros decirlo ⁶⁹.

Entonces, ¿de qué hay que hablar con ella? Pues hay que decirle con mucha amabilidad: «Nosotros, jovencita, te hemos tomado como compañera de nuestra vida y te hemos traído a casa para que participes con nosotros de lo que es más precioso y necesario: la procreación y el gobierno del hogar. ¿Qué es, entonces, lo que te pedimos?».

68. 1 Co 7, 5.

69. Ocupándose de asuntos tan delicados, Juan se sorprende a sí mismo en el papel de una madrina de boda; así le ocurre también cuando exhorta a los padres a casar pronto a sus hijos en *In epist. I ad Thess.* 5, 3; PG 62, 426; aquí como allí, Juan Crisóstomo se justifica citando al propio Pablo.

O mejor, antes de esto, habla de amor. En efecto, nada contribuye de tal manera a convencer al que escucha para que acoja lo que se dice, como el hecho de saber que se dice con mucho amor. ¿Cómo mostrarás, entonces, el amor? Si dices: «Aun pudiendo tomar a muchas, no sólo más ricas, sino también de ilustre linaje, preferí no hacerlo, sino que me enamoré de ti, de tu manera de ser, de tu decencia, de tu bondad, de tu templanza».

Luego, después de estas palabras, prepara inmediatamente el camino para hablar de filosofía y critica la riqueza dando algún rodeo. Si alargas sin motivo la conversación acerca de la riqueza, serás pesado, pero si lo haces sacando un pretexto, conseguirás todo. Dará la impresión, en efecto, de que consideras el asunto como una justificación, sin parecer un hombre duro, desagradable y mezquino; antes bien, cuando tomes su propio caso como pretexto, incluso se alegrará.

Entonces, le dirás (otra vez, pues es necesario retomar el discurso): «Pudiendo casarme con una mujer rica y con recursos, no me resigné a ello. ¿Por qué? No fue sin motivo ni al azar, sino que he aprendido bien que la riqueza no es una posesión, sino un asunto despreciable propio de ladrones, prostitutas y profanadores de tumbas.

»Es por ello que, dejando de lado estas cosas, me acerqué a la virtud de tu alma, a la que prefiero a todo el oro. En efecto, una muchacha joven, prudente y libre, que, además, cultiva la piedad, vale lo que el orbe entero. Por eso precisamente te tomé afecto y te amo y te antepongo a mi alma.

»Nada vale la vida presente y pido y ruego y hago cualquier cosa para que se nos considere dignos de vivir la vida de ahora de tal manera que podamos estar el uno con el otro también allí, en la futura, gozando de una gran seguridad. En efecto, el tiempo aquí es corto y perecedero, pero si se nos hubiera considerado dignos de pasar así esta vida por ser agradables a Dios, estaremos siempre con Cristo y el uno con el otro en medio de la mayor alegría.

»Yo antepongo tu amor a todo y nada se me hace tan desagradable y odioso como el llegar a desavenirme contigo. Aunque tenga que perderlo todo, volverme más pobre que Iro ⁷⁰, arrostrar extremos peligros, padecer cualquier cosa, todo esto me resultará fácil de sobrellevar y soportable con tal de estar a bien contigo. También desearé niños mientras seas afectuosa con nosotros. Será preciso que también tú obres así».

Añade luego las palabras del Apóstol: «Así quiere Dios que el afecto esté consolidado en nosotros. Escucha la Escritura cuando dice: *Por esto dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer*. Que no haya ningún motivo de disensión. ¡Afuera con las riquezas, la muchedumbre de siervos, los honores externos; para mí esto es preferible a todo».

¿Más deseables que cuánto oro, más que cuántos tesoros no serán estas palabras para la esposa? No

70. Se trata del famoso mendigo que aparece en el canto decimotavo de la *Odisea* homérica.

temas que tu amada llegue a insolentarse contra ti, sino que has de confesarle que la quieres⁷¹. En efecto, las prostitutas que se unen ahora con éste, ahora con aquél sería natural que se crecieran frente a sus amantes al oír esto. En cambio, una mujer libre y muchacha de buena casa nunca se crecería a causa de estas palabras, sino que incluso se doblega mucho más.

Hazle ver que consideras mucho su compañía y que por ella prefieres estar en casa antes que en el ágora. Anteponla a todos tus amigos y a los hijos que hayas tenido de ella, y a estos mismos ámalos por su causa.

Si hace algo bueno, alábala y admírala; si es algo inconveniente y como se suele dar en la gente joven, aconséjala y hazle advertencias.

Crítica de arriba abajo la riqueza y el lujo, descúbrole el ornamento que procuran la decencia y la reserva, y enséñale continuamente lo que le resulta de provecho.

Comunión de vida y comunidad de bienes

9. Tened oración en común. Que cada uno vaya a la iglesia y, de lo que allí se diga y se lea, que el es-

71. Esta abierta declaración de amor del esposo no tiene por qué producir en la mujer un sentimiento de soberbia, sino más bien un afecto mayor; cf. *In epist. ad Col.* 10, 1; PG 62, 366.

posó pida cuenta a su mujer en casa y aquélla al marido ⁷².

Si dominara cierta pobreza, saca a relucir a los hombres santos, a Pablo, a Pedro, que gozaron de mayor consideración que todos los monarcas y los ricos, y cómo pasaron la vida con hambre y con sed. Enséñale que nada en la vida es terrible a no ser, sólomente, el ofender a Dios.

Si uno se casa de esta manera, por estos motivos, no será, con mucho, inferior a los monjes, ni el que está casado a los no casados.

Si quieres hacer comidas y celebrar banquetes, que no haya nadie desvergonzado, nadie indecoroso; antes bien, si encontraras a algún santo pobre que pueda bendeciros la casa, que pueda, con poner dentro sus pies, traer toda la bendición de Dios, llámalo ⁷³.

¿Os digo otra cosa? Que ninguno de vosotros se apresure a casarse con una mujer más rica, sino con una más pobre. Y es que ella no traerá con sus riquezas tanto motivo de placer cuanto disgusto con sus reproches, con el reclamar más de lo que trajo,

72. Juan destaca repetidas veces la importancia de comentar en familia las Escrituras y las enseñanzas escuchadas en la iglesia; recordemos que también los niños deben relatar a sus padres las historias bíblicas que han aprendido (cf. *De inani gloria* 45); sobre este asunto cf. R. KACZYNSKI, *Das Wort Gottes in Liturgie und Alltag der Gemeinden des Johannes Chrysostomus* (Freiburger theologische Studien 94), Friburgo/Basilea/Viena 1974, pp. 352-365.

73. Juan Crisóstomo insiste en los beneficios que reporta la presencia de los pobres en la boda como representantes del propio Cristo; cf. supra *De inani gloria* 88, nota 113 e infra *In epist. ad Col.* 12, 7, nota 56.

con sus insolencias, con su despilfarro, con sus palabras groseras⁷⁴.

En efecto, probablemente dirá: «Aún no he gastado nada de lo tuyo; todavía llevo puestas mis cosas, de lo que mis padres me han dado». ¿Qué dices, mujer? ¿Todavía llevas puestas tus cosas? ¿Qué puede haber más penoso que estas palabras? No tienes ya un cuerpo propio, ¿y tienes riquezas propias? No sois ya dos carnes después del matrimonio, sino que os habéis convertido en una sola; y las esencias son dos y no una. ¡Oh, el amor a las riquezas! Ambos os habéis convertido en un solo hombre, en un solo ser vivo, ¿y aún dices: «mis cosas»? Estas palabras malditas e impías las ha introducido el diablo. Todas las cosas más necesarias que ésas las hizo Dios comunes a nosotros, ¿y ésas no son comunes? No se puede decir «mi luz», «mi sol», «mi agua». Todo lo más grande nos es común, ¿y las riquezas no son comunes?

Que perezcan diez mil veces las riquezas, o más bien, no las riquezas, sino las conductas que no saben usar de las riquezas y las anteponen a todo.

Enséñale estas cosas junto con las otras, pero que sea con mucha amabilidad. Porque, en efecto, la propia exhortación a la virtud tiene de por sí un aire muy severo, especialmente en el caso de una muchacha tierna y joven. Cuando se trate de filosofía, discurre con mucha amabilidad y destierra de aquella

74. Tampoco el novio ha de ser más rico que la prometida pues de este modo la mujer se convertiría en una esclava; cf. *In epist. ad Col.* 12, 7.

alma esto en primer lugar: «lo mío» y «lo tuyo». Si dice: «mis cosas», dile: «¿Cuáles son tus cosas? Porque no lo sé; yo no tengo nada propio. ¿Cómo, entonces, dices “mis cosas”, si todo es tuyo?».

Perdónale estas palabras. ¿No ves que es eso lo que hacemos con los niños pequeños? Cuando uno nos quita algo que tenemos y de nuevo quiere que le demos otra cosa, lo consentimos y decimos: «Sí, esto es tuyo y aquello». Hagamos lo mismo con nuestra esposa porque su entendimiento es más bien infantil. Si dice: «mis cosas», dile: «Todas las cosas son tuyas y también yo soy tuyo». No es lisonja, sino mucha prudencia. Así podrás aflojar su genio y extinguir su desanimo. Es lisonja cuando alguien hace algo innoble con mala intención, esto, en cambio, es la mayor filosofía.

Por tanto, di: «También yo soy tuyo, jovencita. A esto me exhortaba Pablo cuando dijo: *El marido no dispone de su cuerpo, sino la mujer*⁷⁵. Si no tengo poder sobre mi cuerpo, sino tú, con mucha más razón sobre mis riquezas».

La calmaste diciendo esto, apagaste la hoguera, pusiste en vergüenza al diablo, la hiciste más esclava que una comprada con dinero; con estas palabras la ligaste a ti. Así pues, enséñale por lo que tú hablas a no decir nunca «mío» y «tuyo».

Nunca la llares sin más, sino con lisonja, con consideración, con mucho amor. Hónrala y no necesitará la honra que le venga de otros; no necesitará la gloria de otros si disfruta de la que tú le otorgas.

75. 1 Co 7, 4.

Anteponla a todos por todo: por su belleza, su prudencia, y elógiala. Así la persuadirás para que no se aficione a nadie de fuera y se burle de todos los demás.

Enséñale el temor de Dios; entonces todo fluirá como de una fuente y la casa estará llena de innumerables bienes. Si buscamos lo incorruptible, vendrán también estas cosas corruptibles. *Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura*⁷⁶.

¿Cómo hay que pensar que serán los hijos de padres semejantes? ¿Cómo los criados de tales señores? ¿Cómo todos los demás que los traten? ¿No sucederá que también ellos estarán repletos de innumerables bienes? En efecto, de ordinario los esclavos ordenan sus costumbres de acuerdo con sus señores y se hacen semejantes a aquéllos en las pasiones, desean las mismas cosas, hablan de lo que les hayan enseñado, viven juntos en iguales condiciones.

Si nos educamos a nosotros mismos de esta manera y prestamos atención a las Escrituras, aprenderemos de ellas la mayor parte de las cosas. Así podremos agradar a Dios, pasar toda la vida presente en medio de la virtud y alcanzar los bienes prometidos a quienes lo aman. De éstos ojalá se nos considere a todos dignos por la gracia y la benevolencia de nuestro Señor Jesucristo, para el cual sean con el Padre y el Espíritu Santo gloria, poder y honor, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

76. Mt 6, 33.

III

HOMILÍA XII SOBRE LA EPÍSTOLA A LOS COLOSENSES (4, 12-18)¹

Los saludos de Pablo

1. También al empezar la epístola recomendó Pablo a Epafras por su amor². Muestra su amor el hecho de que los elogie, según dice al principio: *El cual nos informó también de vuestro amor en el Espíritu*³. Muestra su amor y hace amarlo también el que ruegue por ellos. Lo recomienda, abriendo la puerta a sus palabras (que el maestro sea respetable es una ventaja para los discípulos), el haber dicho además: *vuestro compatriota*, a fin de que se enorgullezcan por su causa, por producir hombres semejantes.

¹²*Que se esfuerza siempre a favor vuestro en sus oraciones.* No dice sencillamente «que reza», sino *que se esfuerza*, temblando y con miedo.

1. El texto ha sido traducido según la edición de B. DE MONTFAUCON tal como aparece en MIGNE, *Patrologia Graeca* 62, París 1862, 379-392.

2. Cf. Col 1, 7.

3. Col 1, 8.

¹³*Yo soy testigo –dice– de lo mucho que se afana por vosotros. Un testigo digno de fe. De lo mucho –dice– que se afana por vosotros.* Es decir: «Os quiere profundamente y arde de amor por vosotros».

Por los de Laodicea –dice– y por los de Hierápolis. También lo recomienda a aquéllos. Pero ¿cómo iban ellos a saberlo? Es probable, entonces, que lo oyeran, si es que no se enteraban también al leer la epístola. *Procurad –dice– que sea también leída en la iglesia de Laodicea*⁴.

Para que os mantengáis perfectos, dice. Al mismo tiempo los censura y, sin intención de ofender, los exhorta y aconseja. Porque es posible ser perfecto y no mantenerse, como cuando uno sabe todo pero todavía vacila; también es posible no ser perfecto y mantenerse, como cuando uno sabe parte pero está seguro⁵. Sin embargo, Epafras pide ambas cosas. *Para que os mantengáis perfectos,* dice. Mira cómo les volvió a recordar sus palabras sobre los ángeles y sobre la vida.

Cumplidores –dice– de toda voluntad divina. No basta sencillamente con hacer la voluntad. El que cumple no permite que haya en él otra voluntad porque no le deja plenamente satisfecho.

*Soy testigo –dice– de lo mucho que se afana por vosotros*⁶. No solamente se afana, sino que mucho,

4. Col 4, 16.

5. Hemos omitido en la traducción la negación οὐ del texto griego; cf. MIGNE 381, nota c.

6. Según la traducción de la *Biblia de Jerusalén*; otra interpretación posible del texto griego sería: «soy testigo de su enorme celo».

además. Ambas expresiones son signo de intensidad. Es así que el mismo Pablo dice en su escrito a los Corintios: *Celosó estoy de vosotros con celos de Dios*⁷.

¹⁴*Os saluda Lucas, el médico querido.* Éste es el evangelista. No lo pone el último con intención de humillarlo, sino que está ensalzando a aquél, a Epafras. Probablemente también hay otros llamados así. *Y Demas.* Después de decir: *Os saluda Lucas, el médico*, añadió: *querido*. Un elogio es éste no pequeño, sino además muy grande, el ser querido de Pablo.

¹⁵*Saludad a los hermanos de Laodicea, a Ninfas y a la Iglesia de su casa.* Mira cómo los aglutina y une entre sí, no sólo por el hecho de saludarse, sino también de intercambiarse las cartas. Luego se muestra de nuevo complaciente nombrándole a él, a Ninfas, en particular. Hace esto no sin razón, sino para conducir a los demás al mismo celo. Y es que no es cosa sin importancia que a uno no le cuenten con el resto. Mira, por tanto, cómo pone de manifiesto la grandeza de este hombre si resulta que su casa era una iglesia.

¹⁶*Una vez que hayáis leído esta carta entre vosotros, procurad que sea también leída en la Iglesia de Laodicea.* Me imagino que había algunas cosas escritas aquí que era preciso que éstos oyeran. También para ellos era mayor el provecho al descubrir sus propios pecados mientras se está acusando a otros.

Y por vuestra parte leed vosotros la que os venga de Laodicea. Algunos dicen que no se trata de la que Pablo les mandó a ellos, sino de la que ellos mandaron a Pablo. En efecto, no dijo: «la carta a los laodicenses», sino: *la que os venga de Laodicea.*

¹⁷*Decid a Arquipo: «Considera el ministerio que recibiste en el Señor, para que lo cumplas».* ¿Por qué razón no le escribe a él personalmente? Quizá no necesitaba sino una única y simple llamada de atención para ser más diligente.

¹⁸*El saludo va de mi mano, Pablo.* Esto es una prueba de excelencia y amistad, ver su carta y conmoverse con ella.

Acordaos de mis cadenas. ¡Oh! ¡Qué gran exhortación! Esto es suficiente para empujarlos a cualquier cosa y hacerlos más valerosos frente a los combates. Pero no los hacía solamente más valerosos, sino también más íntimos.

La gracia sea con vosotros. Amén.

2. Es un gran elogio, y mayor que todos los demás, el decir acerca de Epafra: *vuestro compatriota, siervo de Cristo.* También dice que es su ministro ⁸, igual que se llama a sí mismo ministro de la Iglesia cuando afirma: *De la cual he llegado a ser ministro* ⁹. Pablo eleva a este hombre a la misma dignidad; más arriba lo llama consiervo ¹⁰ y aquí siervo.

8. Cf. Col 1, 7.

9. Col 1, 25.

10. Cf. Col 1, 7.

Vuestro compatriota, dice, como si hablara a una madre y dijera: «el que ha salido de tu vientre». Pero este elogio hubiera engendrado envidia; por eso no lo recomienda sólo por estos motivos, sino también por los que tienen que ver con ellos. Allí como aquí disipa la envidia.

Que se esfuerza siempre —dice— *a favor vuestro*; no sólo ahora entre nosotros para hacer alarde ni tampoco sólo entre vosotros para alardear allí.

Pablo dió muestras de una enorme buena voluntad al decir: *Que se esfuerza*. Luego, para no dar la impresión de adularlos, continuó: *De lo mucho que se afana por vosotros, por los de Laodicea y por los de Hierápolis*. Y lo de: *Para que os mantengáis perfectos*, tampoco es señal de adulación, sino lo propio de un maestro venerable.

No dice sólo *cumplidores*, sino también *perfectos*. Lo primero admitió que se daba, mientras que lo segundo dijo que faltaba. Y no dijo: «Para que no vaciléis», sino: *Para que os mantengáis*.

En verdad, el hecho de saludarlos de parte de muchos hace que se los gane, desde el momento en que los recuerdan no sólo los que son sus íntimos, sino también otros.

Decid a Arquipo: «*Considera el ministerio que recibiste en el Señor*». Los subordina de una forma especial a él. En efecto, ya no pueden acusarlo cuando los increpa si ellos mismos han recibido todo el encargo; porque no es razonable que los discípulos hablen mal del maestro. Pero es con la intención de taparles la boca que escribe estas cosas.

Decid a Arquipo: «Considera» ¹¹. Esta es la expresión utilizada siempre que quiere infundir temor, como cuando dice: *Atención a los perros* ¹²; *Mirad que nadie os esclavice* ¹³; *Pero tened cuidado de que esa vuestra libertad no sirva de tropiezo a los débiles* ¹⁴. También habla así siempre que tiene miedo.

Considera —dice— *el ministerio que recibiste en el Señor, para que lo cumplas*. Y no permite que él sea el señor, como el propio Pablo decía: *Si lo hiciera por propia iniciativa, ciertamente tendría derecho a una recompensa. Más si lo hago forzado, es una misión que se me ha confiado* ¹⁵.

Para que lo cumplas: poniendo continuamente celosa atención. *Que recibiste en el Señor*. De nuevo, *en* significa «por obra de Dios». Él mismo te lo concedió, no nosotros. A aquéllos también los subordina a él demostrando que se los ha encomendado Dios.

Las cadenas de Pablo

Acordaos de mis cadenas. La gracia sea con vosotros. Amén. Disipó el temor. En efecto, aunque el

11. En griego βλέπει, la expresión que aparece en los textos citados a continuación.

12. Flp 3, 2; éste es el epíteto que los judíos daban a los gentiles (cf. Mt 15, 26).

13. Col 2, 8.

14. 1 Co 8, 9.

15. 1 Co 9, 17.

maestro esté entre cadenas, la gracia, sin embargo, lo libera. También esto es un signo de gracia, el permitir que fuera encadenado. Escucha a Lucas cuando dice: *Ellos marcharon de la presencia del Sane-drín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre* ¹⁶. Y es que ser considerado digno supone, realmente, sufrir ultrajes y ser encadenado. Si cualquiera que tiene un amante considera como una ganancia sufrir de algún modo por su causa, mucho más si es por Cristo.

Así pues, no nos dolamos por las tribulaciones a causa de Cristo; al contrario, acordémonos también nosotros de las cadenas de Pablo y que esto sea nuestro impulso.

¿Exhortas, por ejemplo, a unos para que den a los pobres a causa de Cristo? Recuérdales las cadenas de Pablo y llámate a ti mismo desgraciado y también a aquéllos, porque si Pablo entregó incluso su cuerpo a las cadenas por Él, tú ni siquiera das de tu comida.

¿Te has engreído por tus buenas acciones? Acuérdate de las cadenas de Pablo y de que no has sufrido nada semejante, y ya no te engreirás.

¿Deseaste los bienes del prójimo? Acuérdate de las cadenas de Pablo y verás cómo es absurdo que aquél se viera en peligro mientras que tú vives en la molicie.

¿Sentiste, a tu vez, deseo de lujo? Pon en tu mente la cárcel de Pablo; eres su discípulo, su com-

16. Hch 5, 41.

pañero de armas. ¿Como va a ser justo que tu compañero esté entre cadenas y tú entre lujo?

¿Te encuentras acongojado? ¿Llegaste a pensar que te han abandonado? Escucha las palabras de Pablo y verás que el estar acongojado no es señal de abandono.

¿Quieres llevar vestidos de seda? ¹⁷. Acuérdate de las cadenas de Pablo y estas cosas te parecerán más despreciables que andrajos cubiertos de fango.

¿Quieres ponerte adornos de oro? Pon en tu mente las cadenas de Pablo y te parecerá que éstos no son nada mejor que un junco viejo.

¿Quieres arreglarte el cabello y parecer hermosa? Piensa en la suciedad de Pablo en la cárcel y arderás por aquella belleza, considerarás ésta como la peor deformidad y lanzarás penetrantes gemidos deseosa de aquellas cadenas.

¿Quieres cubrirte de polvos de tocador, pintura de ojos y cuantas cosas hay por el estilo? Piensa en las lágrimas de aquél. Durante tres años, de noche y de día, lloró sin parar ¹⁸. Embellece tu rostro con este adorno; estas lágrimas te hacen espléndida. No te estoy diciendo que llores por otros (también lo quiero, en efecto, pero esto es superior a ti), sino que te exhorto a hacerlo por tus pecados.

17. Sin previo aviso pasa Juan a referirse a la mujer. La crítica de la coquetería femenina, presente ya en los tratados filosófico-morales de la Antigüedad, se convierte en un lugar común de la literatura patristica; constituye un buen ejemplo el poema 1, 2, 29 de Gregorio Nacianceno; cf. *Gregor von Nazianz, Gegen die Putzsucht der Frauen*, ed. A. KNECHT, Heidelberg 1972.

18. Cf. Hch 20, 31.

¿Diste orden de encadenar a un esclavo y te has irritado y encolerizado? Acuérdate de las cadenas de Pablo y al punto cesará tu ira. Recuerda que nosotros somos de los encadenados, pero no de los que encadenan; de los que tienen roto el corazón, pero no de los que lo rompen.

¿Te dejaste llevar y soltaste una enorme carcajada? Imagínate los lamentos de aquél y gemirás; estas lágrimas te volverán mucho más resplandeciente.

¿Has visto a gentes que se entregan a la molicie y al baile? Acuérdate de sus lágrimas.

¿Qué fuente hizo brotar tantas corrientes como lágrimas aquellos ojos? «Acordaos —dice— de mis lágrimas»¹⁹ como aquí de las cadenas. Y, con razón, a aquéllos les dirigió estas palabras cuando los hizo venir desde Éfeso a Mileto²⁰. En efecto, hablaba a maestros; es así que a aquéllos les pide también congregarse, pero a éstos solamente correr peligro²¹.

Las lágrimas de Pablo

3. ¿Qué fuente quieres comparar a tales lágrimas? ¿La del paraíso, que regaba toda la tierra? Pero no dirás nada semejante, porque esta fuente de lágrimas regaba las almas, no la tierra.

19. Cf. Hch 20, 31.

20. Cf. Hch 20, 17.

21. El texto no parece claro; cf. MIGNÉ 384, nota b, que propone la siguiente traducción: «a aquéllos les pide también sufrir con él, pero a éstos solamente acordarse».

Si alguien nos hubiera mostrado a Pablo lloroso y gimiendo, ¿no hubiera sido mucho mejor verlo a él antes que a innumerables coros luminosamente coronados?

No me refiero a vosotros, pero si alguien sacara de la escena teatral a uno de esos licenciosos abrasados y enajenados por el deseo carnal, para mostrar a una doncella en plena flor de la juventud, superior a las de su edad entre otras cosas por su rostro, más que por el resto de sus miembros; de tiernos y delicados ojos que se posan suavemente y se vuelven suavemente, que sonríen blandos, mansos, apacibles, envueltos en mucho pudor y mucha gracia; coronada arriba y abajo de azulados párpados y con una pupila, por decirlo así, dotada de vida; la frente despejada; una mejilla que se va ruborizando intensamente, lisa como el mármol, suave. Si a continuación me hubiera mostrado a Pablo llorando, hubiera dejado a aquélla para lanzarme a la contemplación de éste. Porque la belleza que destellaba de esos ojos era espiritual.

En efecto, aquella belleza pone fuera de sí las almas de los jóvenes, las abrasa e inflama; ésta, en cambio, las apacigua. El que mira los ojos de aquél vuelve más hermoso el ojo de su alma; su vista contiene el estómago, sacia de sabiduría²² y gran misericordia, y puede ablandar un alma dura como el diamante.

22. La palabra utilizada por Juan es φιλοσοφία; se trata de la sabiduría cristiana; cf. supra *De inani gloria* 28, nota 47.

Con estas lágrimas se riega la Iglesia, con estas lágrimas se cultivan las almas. Aunque haya fuego, estas lágrimas pueden extinguirlo, tanto si es de los sentidos como del cuerpo. Estas lágrimas apagan las saetas de fuego del Maligno.

Acordémonos, pues, de sus lágrimas y riámonos de todas las cosas presentes. Cristo consideraba bienaventuradas estas lágrimas diciendo: «Bienaventurados los afligidos y bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán»²³. Lágrimas semejantes vertieron también Isaías y Jeremías. Uno decía: *¡Apartos de mí! Voy a llorar amargamente*²⁴; el otro decía: *¡Quién convirtiera mi cabeza en llanto, mis ojos en manantial de lágrimas!*²⁵, como si no bastase con la fuente natural.

Nada es más dulce que las lágrimas; son más dulces que cualquier risa. Los que sentís pena sabéis cuánto consuelo proporcionan. No pensemos que es una cosa detestable, sino muy deseable incluso.

Acordémonos de estas lágrimas, de estas cadenas, no para que otros pequen, sino para que, pecando ellos, nosotros nos aflijamos.

Así pues, descendían sus lágrimas por las cadenas; pero la muerte de quienes se estaban perdiendo, de quienes lo encadenaban, no dejaba a Pablo disfrutar del placer que le proporcionaban las cadenas. Y es que sentía pena por ellos. En efecto, era discí-

23. Cf. Mt 5, 5.

24. Is 22, 4.

25. Jr 8, 23.

pulo de Aquel que lloraba por los sacerdotes judíos no porque fueran a crucificarlo, sino porque ellos mismos se perdían. Y no solamente lo hace Él, sino que también exhorta en este sentido a los demás diciendo: *Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí*²⁶.

Estos ojos vieron el paraíso, vieron el tercer cielo. Pero no los considero bienaventurados tanto por esta visión como por aquellas lágrimas, por medio de las cuales vieron a Cristo. Esto es, realmente, una dicha; y, en efecto, el mismo Pablo se gloria de ello diciendo: *¿Acaso no he visto yo a Jesús, Señor nuestro?*²⁷. Pero la mayor dicha es haber llorado así.

Muchos han participado de aquella visión y a los que no participaron de ella Cristo, a su vez, los llama bienaventurados cuando dice: *Dichosos los que no han visto y han creído*²⁸. Esto no lo alcanzaron muchos.

Si para la salvación de los otros es más necesario permanecer aquí por Cristo que irse con Él, entonces llorar a causa de ellos será más necesario que verlo a Él. Si estar en el infierno por Él es más deseable que estar junto a Él, también estar separado de Él por su causa será más deseable que estar con Él (porque era a esto a lo que Pablo se refería: *Pues desearía ser yo mismo anatema, separado de Cristo por mis hermanos*²⁹); con mucha más razón también llorar por Él.

26. Lc 23, 28.

27. 1 Co 9, 1.

28. Jn 20, 29.

29. Rm 9, 3.

*No he cesado —dice— de amonestaros con lágrimas a cada uno de vosotros*³⁰. ¿Por qué? No porque tuviese miedo de los peligros; antes bien, igual que si alguien, sentado junto a un enfermo y sin conocer el desenlace, llorara llevado por su afecto, temeroso de que perdiera la vida, así también Pablo: al ver a uno débil no era capaz de reprenderlo y no le quedaba más que llorar. Esto también lo hizo Cristo para ver si sentían consideración por sus lágrimas. Por ejemplo: ¿pecaba uno?, lo increpaba; ¿el increpado lo despreciaba y se marchaba?, lloraba por si de esa manera se lo atraía.

Perversión de los festejos nupciales

4. Acordémonos de estas lágrimas. Criemos así a nuestras hijas, así a nuestros hijos, llorando cuando los veamos en el mal.

Que se acuerden de las lágrimas de Pablo y giman cuantas desean ser amadas; cuantas sois consideradas dichosas, cuantas estáis en el tálamo, cuantas vivís en medio del placer, acordaos de ellas. Cuantos estáis afligidos, cambiad lágrimas por lágrimas. Aquél no se apenaba por los muertos, sino por los que perecían estando vivos.

¿Hablo, además, de otras lágrimas? También Timoteo lloraba. Era, en verdad, discípulo de Pablo; es por eso que cuando le escribió decía: *Al acordar-*

30. Hch 20, 31.

*me de tus lágrimas, para llenarme de alegría*³¹. Muchos lloran también de gozo. Así, el llorar conlleva placer, y un placer especialmente intenso; así, las lágrimas que proceden de un dolor semejante no resultan molestas, sino mucho mejores incluso que aquéllas causadas por una alegría mundana.

Escucha al profeta cuando dice: *Yahveh ha oído la voz de mis sollozos*³². Porque, ¿dónde no son útiles las lágrimas? ¿En las súplicas? ¿En las exhortaciones? Nosotros las rechazamos cuando no las usamos para lo que han sido otorgadas. Cuando exhortamos a un hermano que peca, hay que llorar dándonos golpes y gimiendo; cuando damos consejos a alguien que no hace caso, sino que se pierde, hay que llorar. Éstas son lágrimas de sabiduría. Sin embargo, cuando alguien se vuelve pobre, cuando tiene una enfermedad en su cuerpo, cuando muere, ya no. Estos sucesos no son dignos de lágrimas.

Por tanto, igual que rechazamos la risa cuando usamos de ella a destiempo, así también las lágrimas cuando las administramos de forma inoportuna. Porque es entonces cuando se manifiesta la bondad de cada cosa, cuando es dirigida a la misión que le es propia, si es ajena, ya no. El vino, por ejemplo, se ha dado para la alegría, no para la borrachera; el pan para el alimento; la unión de los sexos para la procreación.

Así pues, igual que quedan censuradas estas cosas cuando se hace mal uso de ellas, así también

31. 2 Tm 1, 4.

32. Sal 6, 9.

las lágrimas. Que se imponga una ley: usar de ellas sólo en las súplicas y en las exhortaciones. Mira cómo el llorar será algo incluso deseable.

Nada limpia de tal manera los pecados como las lágrimas. También vuelven hermoso el aspecto exterior ya que mueven a compasión a quien lo mira, hacen que nos resulte venerable. Nada es más dulce que unos ojos que han llorado. Éste es, efectivamente, nuestro miembro más noble y más hermoso y, además, espiritual. Igual, entonces, que si viéramos lamentarse al alma misma, así nos abatimos.

No se os han dicho estas cosas sin motivo, sino para que no participéis en bodas ni en bailes ni en danzas satánicas³³. Mira, en verdad, qué ha inventado el diablo. Cuando la propia naturaleza hubo apartado a las mujeres de la escena y de las indignidades que se dan allí, él metió en el gineceo elementos propios del teatro, me refiero a los afeminados y a las prostitutas. Esta ruina la introdujo la ley de las bodas, o mejor dicho, no la de la boda, ¡Dios nos libre!, sino la de nuestra estupidez³⁴.

33. La reflexión sobre el mal uso de las lágrimas sirve de pretexto a Juan para tratar el asunto de la perversión de los festejos nupciales, los cuales también dejan de ser buenos al emplearse de forma inconveniente.

34. Juan critica repetidas veces las celebraciones de boda de su época teñidas de paganismo, donde impera el lujo y se cometen excesos; este modo de actuar conlleva graves perjuicios morales, es indigno de unos esposos cristianos y desacredita el matrimonio; cf. *supra De inani gloria* 88; *In epist. ad Eph.* 20, 7 así como *In illud. Propter fornicationes uxorem* 2s.; PG 51, 210-212; *In Gen.* 48, 6; PG 54, 442s.; *In epist. I Cor. hom.* 12, 5s.; PG 61, 103-105.

¿A qué te dedicas, hombre? No sabes lo que estás haciendo. Tomas mujer para guardar la castidad y tener hijos. ¿Qué sentido tienen, entonces, las prostitutas? «Para que la alegría sea mayor», dices. ¿No son estas palabras señal de insensatez? Afrentas a la novia, afrentas a los invitados. Si gozan con semejantes cosas es que el asunto es una afrenta. Si el hecho de ver a prostitutas comportándose de forma indigna proporciona algún tipo de distinción, ¿por qué no llevas a la novia para que sea espectadora también ella? Es absolutamente indigno y vergonzoso meter en casa afeminados, danzarines y toda clase de pompa satánica. *Acordaos* —dice— *de mis cadenas*. Una cadena es el matrimonio, una cadena establecida por Dios; separación y desunión es la prostituta.

Es lícito dar alegría a la boda con otros medios; por ejemplo, con mesas repletas y ropajes. No quito estas cosas para no parecer demasiado bruto; a Rebeca, sin embargo, le bastó con un único vestido³⁵, pero no las quito. Es lícito alegrarla con ropajes, es lícito con la presencia de hombres respetables, de mujeres respetables. ¿Por qué introduces aquellas juergas; por qué aquellos monstruos? Dime qué les oyes decir. Pero ¿enrojeces al decirlo? ¿Tú enrojeces y obligas a aquéllos a hacerlo? Si es bueno, ¿por qué no lo haces tú también? Si es malo, ¿por qué obligas a otro? Todo debe estar lleno de castidad, todo de recato, todo de decoro. Ahora, en cambio,

35. Sobre el casamiento de Isaac y Rebeca cf. Gn 24; estas bodas son modélicas a ojos del Crisóstomo; cf. *In Gen.* 48, 6; PG 54, 442.

veo lo contrario: gentes que saltan como camellos, como mulas.

El tálamo es apto sólo para la doncella. «Pero es pobre», dices. Puesto que es pobre ha de ser también decorosa. Que tenga buenas costumbres en vez de riquezas. ¿No puede aportar una dote? ¿Por qué la haces despreciable además de otra manera al pervertirla?

Apruebo que asistan doncellas para honrar a su compañera; que asistan mujeres para honrar a la que fue comprendida entre ellas. Esto ha sido justamente establecido. Dichos cortejos son dos: el de las vírgenes y el de las casadas. Aquéllas la entregan, éstas la reciben. La novia está en medio de ellas, ni virgen ni mujer, porque viene de allí y entra en esta clase.

Mas las prostitutas, ¿por qué motivo? Tendrían que esconderse cuando hay boda; tendrían que enterrarse (la prostitución es, en efecto, la perdición del matrimonio). Nosotros, en cambio, las llevamos a las bodas.

Cuando hacéis algo, consideráis el alcance de las palabras como un presagio contrario. Por ejemplo, cuando plantas, cuando sacas el vino de los lagares, no pronunciarías siquiera lo que signifique acidez. ¿Aquí, en cambio, donde se da la castidad, introduces acidez?; porque es esto la prostitución.

Cuando preparáis un perfume, no permitís que nada maloliente esté cerca. Un perfume es el matrimonio; ¿por qué, entonces, introduces el mal olor del estiercol en la preparación del perfume?

¿Qué dices? ¿Baila la doncella y no se avergüenza frente a su compañera? Es que ha de ser más re-

catada que ésta; procede de un abrazo, no de una palestra. La doncella no debe ponerse de manifiesto en modo alguno durante las bodas.

El misterio del matrimonio

5. ¿No ves que en los palacios quienes gozan de honores están dentro, en torno al rey, y fuera los que carecen de honra? Estate dentro también tú, en torno a la doncella. Pero permanece pura en casa; no hagas ostentación de tu virginidad³⁶.

Están presentes ambos cortejos, uno que muestra cuál es el don que ofrece y el otro con el fin de custodiarlo. ¿Por qué deshonoras la virginidad?

Si tú actúas de tal manera, el novio también sospechará de aquélla un comportamiento semejante. Si quieres ser amada, estos modos son propios de una tendera, de una verdulera, de una obrera. ¿No es esto una vergüenza? Una vergüenza es comportarse de forma indigna, aunque se trate de la hija de un rey. ¿Es que la pobreza es un impedimento? ¿Lo es acaso el modo de vida? Aunque la doncella sea una esclava, que permanezca casta: *En Cristo Jesús no hay esclavo ni libre*³⁷.

¿Acaso es un teatro el matrimonio? Es un misterio y la imagen de algo grande; aunque a él no lo respetes, respeta aquello de lo que es imagen. *Gran*

36. Juan Crisóstomo se dirige a la doncella compañera de la desposada.

37. Ga 3, 28.

*misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia*³⁸. Es imagen de Cristo y la Iglesia, ¿y tú introduces prostitutas?

«Entonces —dices— si no bailan las vírgenes ni las casadas, ¿quién bailará?». Nadie. Porque, ¿qué necesidad hay de bailes? En los misterios de los griegos³⁹ hay bailes; en los nuestros, en cambio, silencio y decencia, pudor y recato. Se está realizando un gran misterio: afuera las prostitutas, afuera los impuros. ¿De qué manera es un misterio? Se reúnen y los dos hacen uno.

¿Por qué razón en sus inicios no había baile, no había címbalos, sino mucho silencio, mucha tranquilidad, mientras que cuando ahora se unen para reproducir no una imagen inanimada ni la imagen de algo terrestre, sino la de Dios mismo, introduces un alboroto tan grande, perturbas a los presentes, afeas el alma y la confundes?

Vienen para convertirse en un solo cuerpo. Mira, de nuevo, el misterio del amor. Si los dos no llegan a convertirse en uno solo, no producen muchos en tanto que sigan siendo dos; es entonces, cuando llegan a la unidad, cuando los producen. ¿Qué aprendemos de esto? Que es grande la fuerza de la unión. La habilidad de Dios dividió a uno en dos al principio y, como quería mostrar que después de la división también sigue habiendo uno, no permitió que bastara uno solo para la procreación. En efecto, sigue sin haber uno solo, sino la mitad de uno, y es

38. Ef 5, 32.

39. Cf. supra *De inani gloria* 16, nota 30.

evidente que no puede engendrar hijos, como tampoco antes.

¿Has visto el misterio del matrimonio? Hizo uno a partir de dos y, después de hacer a estos dos uno solo, vuelve a hacer uno de esa manera. Es así que también ahora el hombre nace de uno. Efectivamente, la mujer y el hombre no son dos hombres, sino un hombre solo. Es posible, además, probar esto por muchas razones; por Jacob, por ejemplo, por María la madre de Cristo, por la afirmación: *Macho y hembra los creó*⁴⁰.

Si uno es cabeza y la otra cuerpo, ¿cómo son dos? Por eso ocupa la una el lugar del discípulo y el otro el del maestro; él es quien ordena, ella quien recibe órdenes. También por la manera misma de formarse los cuerpos puede ver cualquiera que son uno solo: ella fue hecha de la costilla y son como dos mitades. Por eso la llama auxiliadora, para mostrar que son uno solo; por eso prefiere la vida conyugal a su padre y a su madre, para mostrar que son uno solo.

De igual manera, también el padre se alegra cuando se casan su hijo o su hija, como si el cuerpo se apresurara a reunirse con un miembro propio. Se produce un gasto tan grande y una merma de riquezas, y no se resigna, sin embargo, a verlo soltero⁴¹.

Efectivamente, igual que si la carne estuviera dividida en sí misma, cada uno de ellos es insuficiente para la procreación; cada uno de ellos es insuficien-

40. Gn 1, 27.

41. Cf. *In epist. ad Eph.* 20, 4.

te para la constitución de la vida presente. Por eso dice el profeta: *Un resto de espíritu* ⁴².

¿Cómo llegan a ser también una sola carne? Igual que si quitas al oro su parte más pura y la mezclas con otro oro, así también en este caso: la mujer acoge lo más fecundo de la fusión del placer, lo alimenta y lo cuida, y, después de aportar lo suyo, da un hombre a cambio. El niño es como una especie de puente. De esta manera, los tres se hacen una sola carne, enlazando el hijo a cada uno de ellos de una parte y de otra.

En efecto, como si, habiendo dos ciudades y un río que las separa completamente, se formara una sola ciudad al unir las un puente de uno y otro lado, pues así ocurre en este caso, y más, porque el puente mismo procede de la substancia de ambos.

También por esta razón son uno solo, porque el cuerpo y la cabeza son un solo cuerpo; se ven divididos, de hecho, por el cuello, pero no los separa más que los enlaza ya que, por estar en medio, une a los dos. Ocurre lo mismo que si un coro dividido tomara una parte de sus miembros de aquí y otra de la derecha para formar un único grupo; o igual que si éstos juntos se convirtieran en uno solo tendiéndose las manos. En efecto, las manos tendidas no dejan ser dos.

Por eso dijo con gran precisión, no: «Serán una sola carne», sino: *Se hacen una sola carne*, unidos por la del hijo, evidentemente.

42. Mt 2, 15.

¿Qué pasa, pues, cuando no hay hijos? ¿No serán uno también entonces? Es obvio. La unión sexual logra esto al repartirse y mezclarse los cuerpos de ambos. Y lo mismo que el que vierte esencia sobre un aceite hace del todo una única cosa, así ocurre también en este caso.

Des crédito y grandeza de las bodas

6. Sé que muchos sienten vergüenza por mis palabras; la razón de ello es la impudicia y el libertinaje. El hecho de que las bodas se desarrollen así, el hecho de que se perviertan, ha desacreditado el matrimonio, pues: *Tened todos en gran honor el matrimonio, y el lecho conyugal sea inmaculado*⁴³.

¿Por qué te avergüenzas de lo que es honorable? ¿Por qué enrojeces por lo que es puro?⁴⁴. Ese comportamiento es propio de heréticos; es propio de quienes introducen prostitutas. Por eso quiero limpiar a fondo el matrimonio, para elevarlo a la nobleza que le es propia, para tapar la boca de los heréticos⁴⁵.

43. Hb 13, 4.

44. Juan trata el asunto de la unión sexual con gran franqueza, convencido de la naturalidad y la bondad del hecho por tratarse de algo querido y establecido por Dios. Es de destacar la evolución sufrida por Crisóstomo en su visión de la concupiscencia y el matrimonio: pasados sus años de juventud, el contacto con los fieles de Antioquía le mueve a valorar la potencia extraordinaria, no por fuerza negativa, del instinto sexual.

45. Cf. supra *In epist. ad Eph.* 20, 5, nota 44.

Se ha ultrajado el don de Dios, la raíz de nuestro origen. Es mucho, en efecto, el estiércol y el fango en torno a la raíz. Limpiemos esto, entonces, con nuestro discurso. Así que aguantad un poco, porque también quien se ocupa del estiércol aguanta el mal olor.

Quiero mostrar que no hay que avergonzarse por lo que digo, sino por lo que hacéis. Tú, en cambio, dejas de avergonzarte por esto para avergonzarte por aquello: condenas, por tanto, a Dios que así lo ha decretado.

¿Os digo cómo es el misterio de la Iglesia? Cristo llegó a la Iglesia, surgió de ella ⁴⁶ y se reunió con ella en una unión espiritual. *Pues os tengo desposados —dice— con un solo esposo cual casta virgen* ⁴⁷. Y escucha cómo dice que venimos de Él: todos nosotros somos de sus miembros y de su carne ⁴⁸. Considerando todas estas cosas, no nos avergoncemos de un misterio tan grande.

El matrimonio es imagen de la presencia de Cristo, ¿y tú estás borracho? Dime: si vieras la efigie de un rey, ¿acaso la desfigurarías? En modo alguno.

Parece que es indiferente lo que sucede en torno a la boda, pero es causa de grandes males. Todo está

46. Estas palabras, ἐξ αὐτῆς γέγονε, presentan cierta dificultad si consideramos que, como el propio Juan afirma a continuación, son los hombres quienes vienen de Cristo y no al contrario. Juan parece referirse aquí al hecho de que Cristo participa de nuestra naturaleza en tanto hombre (cf. *In epist. ad Eph.* 20, 3); sobre la discusión planteada aquí cf. C. SCAGLIONI, o. c., pp. 358s., nota 222.

47. 2 Co 11, 2.

48. Cf. *In epist. ad Eph.* 20, 3.

lleno de licencia. *Grosería, necedad y chocarrería* —dice— *no salga de vuestra boca* ⁴⁹. Todo aquello es grosería, necedad y chocarrería, no sin más, sino en grado superlativo. En efecto, la cosa es un arte y hay grandes elogios para quienes lo cultivan. Los pecados se han vuelto arte. No nos dedicamos a ellos sólo de pasada, sino con diligencia, con habilidad. Al diablo no le queda más que dirigir sus legiones.

Donde hay borrachera, hay desenfreno; donde se dicen obscenidades, el diablo está presente trayendo lo que le es propio. Cuando invitas a comer a éstos, dime, ¿realizas el misterio de Cristo y llamas al diablo?

Quizá me consideráis pesado. Y es que esto es también señal de una gran perversión, que quien censura se exponga a la risa como si fuera un gruñón.

¿No oís a Pablo cuando dice: *Por tanto, ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier cosa, hacedlo todo para gloria de Dios* ⁵⁰? Vosotros, en cambio, lo hacéis para la blasfemia y la infamia. ¿No oís decir al profeta: *Servid al Señor con temor y exultad en él con temblor* ⁵¹? Vosotros, en cambio, os desenfrenáis.

¿Es que no es posible alegrarse y, además, con seguridad? ¿Quieres oír hermosos cantos? Ciertamente ni sería necesario, pero seré condescendiente si lo deseas: no oigas los que sean satánicos, sino los espirituales. ¿Quieres ver gente bailando? Mira el

49. Ef 5, 4.

50. 1 Co 10, 31.

51. Sal 2, 11.

coro de los ángeles. «¿Y cómo puede verse?», preguntan. Si echas fuera aquellas cosas, vendrá Cristo a estas bodas; estando Cristo presente, también el coro de los ángeles está presente.

Si quieres, también ahora hará milagros, igual que entonces. Transformará también ahora el agua en vino y, lo que es mucho más extraordinario, cambiará el chorro de desenfreno y la estéril concupiscencia y los mudará en espirituales. Esto significa hacer vino del agua. Donde hay flautistas no está Cristo, pero en caso de que hubiera entrado, primero los expulsa y luego hace milagros.

¿Qué hay más repugnante que la pompa satánica, donde todo es indistinto, donde todo es confuso? Y si resulta que hay algo claro, son, a su vez, vergüenzas y porquerías.

La elección del esposo

7. Nada hay más grato que la virtud, nada más dulce que la decencia, nada más deseable que el recato. Que cualquiera celebre sus bodas como las que yo digo y verá qué placer

Poned atención a qué clase de bodas son éstas. En primer lugar, busca un marido para la doncella que sea realmente un marido y un protector; hazlo como quien va a poner a un cuerpo su cabeza, como el que se dispone a hacerle entrega de una hija, no de una esclava. No busques dinero ni el esplendor del linaje ni la grandeza de la patria (todo esto es superfluo), sino un alma piadosa, bondad, la

verdadera sabiduría, el temor de Dios, si quieres que tu hija viva gozosamente⁵².

Porque si buscas uno más rico, no sólo no la ayudarás, sino que incluso la perjudicarás convirtiéndola en esclava. En efecto, no sacará tanto placer de las riquezas cuanto disgusto por el hecho de ser esclava. Así que no busques estas cosas, sino preferentemente a uno que sea de igual rango. Si no resulta posible, mejor uno más pobre que uno más rico, si es que no quieres vender a tu hija a un patrón, sino entregarla a un marido⁵³.

Cuando hayas examinado concienzudamente la virtud del marido y vayas a entregársela, pide a Cristo que se haga presente, que no se avergonzará: se trata del misterio de su presencia.

Así pues, invócalo entonces de manera especial para que te conceda un pretendiente semejante. No seas peor que el siervo de Abraham⁵⁴, que cuando lo mandaron a tan importante viaje sabía a donde tenía que recurrir; por eso logró todo.

Cuando hagas pesquisas buscando un marido, reza. Di a Dios: «Dispón a quien Tú quieras». Pon el asunto en sus manos y, honrado por esta distinción que le otorgas, te responderá. Dos cosas hay que hacer: ponerlo en sus manos y buscar a uno tal como Él lo desea: honrado y casto.

52. Cf. supra *In epist. ad Eph.* 20, 3, nota 20.

53. Juan Crisóstomo recomienda a los hombres no tomar esposas ricas, pues los colmarán de reproches y sus insolencias traerán inmenso disgusto al hogar; cf. *In epist. ad Eph.* 20, 9.

54. Cf. Gn 24 y supra *In epist. ad Eph.* 20, 6, nota 54.

Por tanto, cuando celebres las bodas no vayas de casa en casa tomando prestados espejos y ropajes, porque la cosa no es para hacer ostentación ni llevas a tu hija a una parada. Antes bien, engalana tu casa con lo que hay dentro e invita a tus vecinos, amigos y parientes. A cuantos conozcas que sean virtuosos, invítalos y exhortalos a bastarse con lo que hay. Que no esté presente ninguno de los del teatro, porque aquí reside un gasto superfluo e infame.

Invita a Cristo antes que a todos los demás. ¿Sabes por qué razón has de invitarlo?: «El que hace algo a uno de estos pequeños —dice— a mí me lo hace»⁵⁵. No pienses que es un asunto desagradable el invitar a los pobres a causa de Cristo⁵⁶; desagradable es el invitar a prostitutas. El invitar a los pobres es causa de riqueza, mientras que aquello lo es de perversión.

No adornes a la novia con estos adornos hechos de oro, sino con dulzura y pudor y con las ropas de costumbre, y, en vez de todo tipo de aderezos de oro y virguerías, revístela con un sentimiento de rubor, de vergüenza y de no buscar aquellas cosas.

Que no haya ningún alboroto, ningún barullo. Que se haga venir al esposo; que reciba a la doncella. Los almuerzos y las cenas no estén llenos de borrachera, sino de gozo espiritual.

55. Cf. Mt 25, 45.

56. Cristo se hace presente en la boda en la persona de los pobres; cf. supra *De inani gloria* 88, nota 113; *In epist. ad Eph.* 20, 9, nota 73 y también *In illud. Propter fornicationes uxorem* 2; PG 51, 211; *In epist. I ad Col.* 7, 2; PG 51, 210s.

Son innumerables los bienes que nacen de un matrimonio así; además, sus recursos estarán sobre seguro. Pero de las bodas que se dan ahora (si es que se las puede llamar bodas y no paradas nupciales), mira cuántos males surgen. Acaban de terminar los festejos y aparece inmediatamente la preocupación y el temor no sea que se pierda alguno de los objetos prestados; entonces al placer le sucede un abatimiento insoportable.

Pero ésta es precisamente la congoja de la madrina, o más bien, ni siquiera la propia novia se ve libre de ello; de hecho, todo lo que ocurre después le incumbe a la novia misma. Y es que el ver todo acabado es motivo de desaliento; el ver la casa vacía, causa de tristeza.

Aquí está Cristo, allí Satanás; aquí hay alegría, allí preocupación; aquí gozo, allí pena; aquí gasto, allí nada semejante⁵⁷; aquí falta de compostura, allí decoro; aquí envidia, allí buena disposición; aquí borrachera, allí sobriedad, allí salvación, allí castidad.

Considerando todo lo dicho, pongamos en este punto límites al mal a fin de agradar a Dios y ser considerados dignos de alcanzar los bienes prometidos a quienes lo aman, por la gracia y la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para el cual sean con el Padre y el Espíritu Santo gloria, poder y honor, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

57. Juan invierte en adelante el orden de la antítesis.

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis

1, 27:	85, 144.
2, 23:	95.
2, 24:	95.
16, 5:	110.
16, 6:	110.
17, 5:	61.
18, 11:	103.
18, 12:	107.

Números

12, 3:	71.
--------	-----

2 Reyes

1, 26:	86.
--------	-----

Job

31, 13-15:	73.
31, 31:	73.

Salmos

2, 11:	148.
6, 9:	138.
19 (18), 11:	45.
45 (44), 11-12:	104.
55, 15:	110.
118 (117), 20:	46.
119 (118), 103:	45.

Proverbios

1, 7:	82.
5, 3:	26.

Eclesiástico

11, 3:	92.
12, 13:	24.
25, 1:	85.

Isaías

8, 18a:	108.
22, 4:	135.

Jeremías

8, 23:	135.
--------	------

Malaquías

2, 15:	145.
--------	------

Mateo

5, 5:	135.
6, 33:	123.
19, 4:	87.
25, 45:	151.

Lucas

14, 26:	88.
23, 28:	136.

Juan

1, 42:	61.
16, 28:	104.
20, 29:	136.

Hechos de los Apóstoles

5, 41:	131.
20, 17:	133.
20, 31:	133, 137.

Romanos

5, 7: 91.
 5, 8: 91.
 9, 3: 136.
 13, 2: 88.

1 Corintios

6, 17: 99, 103.
 7, 4: 122.
 7, 5: 116.
 7, 15: 105.
 8, 9: 130.
 9, 1: 136.
 9, 17: 130.
 10, 31: 148.
 11, 2: 127.
 11, 3: 99.
 11, 14: 38.
 14, 35: 107.

2 Corintios

11, 2: 147.

Gálatas

3, 28: 85, 142.

Efesios

4, 29: 46.
 5, 4: 148.
 5, 8: 91.

5, 21: 103.
 5, 22: 87.
 5, 29: 95.
 5, 32: 143.
 6, 8: 109.

Filipenses

3, 2: 130.

Colosenses

1, 8: 125.
 1, 25: 128.
 2, 8: 130.
 3, 18: 87.
 4, 16: 126.

1 Timoteo

2, 15: 40.
 3, 5: 74.
 6, 9: 94.

2 Timoteo

1, 4: 138.

Tito

3, 3: 91.

Hebreos

2, 14: 97.
 13, 4: 146.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

- Abel: 52-56.
Abraham: 61, 107, 110, 150.
acólito: 48, 51, 65, 74.
Adán: 86, 96, 98.
Agar: 110.
alma: 12, 40, 42, 66, 68, 81, 94, 134.
amor (del esposo): 18, 89, 101, 102.
ángeles: 24, 93, 149.
Arquipo: 128, 129.
atleta: 11, 52, 67, 70.
ayuno: 14, 78.

bautismo: 92, 97.
belleza: 66, 91, 92, 93, 134.
boda: 83, 113-115, 139-143, 147-152.

cadenas: 130-133, 135.
Caín: 52-56.
carne: 95, 96, 97, 145, 147.
castidad: 15, 68, 77, 78, 79, 80, 81, 140, 152.
castigo: 44, 47, 54, 63.
cera: 40.
ciudad: 11, 42, 43, 44, 68.
ciudadanos: 46, 68.
concordia: 15, 16, 85, 102, 108.
Cristo: 32, 83, 89, 90, 91, 95, 96, 98, 99, 100, 135, 147, 149, 150, 151, 152.

cuerpo (símil): 16, 88, 89, 101, 144.

Daniel: 78, 79.
demonio: 25, 135, 139, 148, 152.
deseo: 68, 75-81, 84.
dignidad: 36.

Elías: 35, 62.
Eliseo: 35.
emulación: 60, 76.
envidia: 29, 34, 55.
Epafras: 125, 126, 128.
Esaú: 56-58.
esclavos: 33, 50, 51, 63, 67, 69, 70, 71, 72, 73, 77, 110, 123, 133.
Escrituras: 39, 123.
escuela: 39, 55.
escultores: 11, 41.
estatua: 11, 41, 51, 112.

filosofía: 17, 46, 75, 82, 112, 114, 117, 134.
fuego: 23, 63, 66, 135.

genio: 68, 69-75.
gloria: 9, 17, 36, 39, 82, 112.

hijo: 98, 145.
heréticos: 19, 97, 103, 146.

Iglesia: 23, 24, 90, 91, 96, 107,
135, 143, 147.

infierno: 63, 65, 69, 76, 82.

Isaac: 103, 107.

Israel: 59, 61.

Jacob: 56-59, 61, 62, 80, 144.

Jeremías: 79, 135.

José: 66, 78, 79.

Job: 73.

Juan: 35, 62.

lágrimas: 133, 139.

leyes: 43, 44, 64, 68, 114, 116.

lengua: 44-50.

Lucas: 127.

lujuria: 68, 81.

madre: 11, 38, 48, 54, 55, 84.

miedo: 13, 48, 55, 62, 69, 76,
81.

milagros: 149.

misterio (del matrimonio): 19,
95-100, 142-145.

moderación: 36, 68, 70.

Moisés: 61, 71, 99, 100.

monjes: 14, 40, 120.

muchacha: 38, 63, 75, 77, 80,
115, 134.

mundo: 40, 79.

mujer: 16, 66, 67, 84, 141.

Ninfas: 127.

niño: 11, 37, 47, 50, 51, 58, 78,
122.

nodriza: 11, 50, 51.

nombre: 60.

obediencia (de la esposa): 18,
89, 101.

oído: 50-63.

olfato: 63-64.

oración: 14, 78, 79, 119.

Pablo: 38, 40, 46, 71, 74, 87,
89, 91, 97, 98, 99, 103, 104,
105, 107, 108, 125, 127,
128, 129, 130, 132, 133,
137.

padre: 11, 12, 13, 37, 41, 69,
70, 71, 78.

paganos: 27, 38, 60, 143.

Paraíso: 133, 136.

pedagogo: 11, 37, 48, 50, 65.

Pedro: 60, 120.

perlas: 11, 41.

pintores: 41.

plantas: 50.

pobres: 33, 120, 151.

prostituta: 25, 119, 139, 140,
141, 146, 151.

prudencia: 68, 82.

razón: 68, 82-83.

reino (de los cielos): 66, 69, 77,
82.

rey (del cielo): 46, 51.

riquezas: 9, 17, 36, 39, 82, 94,
108, 111, 118, 119, 121,
141, 150.

risa: 114, 138, 148.

salmos: 14, 49.

Salomón: 79.

Samuel: 79.

Sara: 103, 107, 110.

sentidos: 12, 44, 135.

sinrazón: 9, 34, 35.

Sodoma: 26, 63, 65.

tacto: 67.

tálamo nupcial: 112, 137, 141.

teatro: 13, 27, 64, 76, 78, 139,
142, 151.

temor (de Dios): 55, 82, 102,
108, 123, 150.

temor (de la esposa): 90, 101,
102, 103, 105.

Tierra: 44, 64, 75.

Tímoteo: 137.

velar: 14, 42, 79.

virginidad: 18, 39, 79, 81, 100,
142.

virtud: 10, 19, 60, 68, 121.

vista: 64-67.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	5
--------------------	---

1. Acerca del tratado <i>Sobre la vanagloria y cómo deben los padres educar a sus hijos</i>	6
2. Importancia de la educación	8
3. Labor educadora del padre	10
4. Labor educadora del esposo	15
5. Grandeza del matrimonio	17

Juan Crisóstomo

SOBRE LA VANAGLORIA LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS Y EL MATRIMONIO

I. SOBRE LA VANAGLORIA Y CÓMO DEBEN LOS PADRES EDUCAR A SUS HIJOS	23
--	----

LA VANAGLORIA	23
El verdadero carácter de la vanagloria	23
Los benefactores de la ciudad	27
El común de las gentes	33
LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS	37
Importancia de la educación	37
El alma del niño como ciudad	42
Las cinco puertas de la ciudad	44

La lengua	44
El oído	50
El olfato	63
La vista	64
El tacto	67
Las viviendas de la ciudad	68
El genio	69
El deseo físico	75
La razón	82
La boda del muchacho; su actividad pública	83
Educación de las niñas y final	84
 II. HOMILÍA XX SOBRE LA EPÍSTOLA A LOS EFESIOS (5, 22-33)	 85
LA UNIÓN CONYUGAL	85
LA UNIÓN DE CRISTO Y LA IGLESIA, MODELO DE LA UNIÓN DE LOS ESPOSOS	89
Amor desinteresado y búsqueda de belleza interior	89
El misterio del matrimonio	95
AMOR DEL MARIDO Y TEMOR DE LA ESPOSA	101
EL MARIDO COMO EDUCADOR DE SU ESPOSA ...	106
Labor educadora del marido, garantía de unión ...	106
El comportamiento de los esposos	108
Sobre las riquezas	111
Declaración de intenciones del recién casado	115
Comunión de vida y comunidad de bienes	119
 III. HOMILÍA XII SOBRE LA EPÍSTOLA A LOS COLOSENSES (4, 12-18)	 125
Los saludos de Pablo	125
Las cadenas de Pablo	130

ÍNDICE GENERAL	161
Las lágrimas de Pablo	133
Perversión de los festejos nupciales	137
El misterio del matrimonio	142
Descrédito y grandeza de las bodas	146
La elección de esposo	149
ÍNDICE BÍBLICO	153
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS	155
ÍNDICE GENERAL	157

Editorial Ciudad Nueva

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

- 1 - **Orígenes**, COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES,
2.ª Ed., 326 págs.
- 2 - **Gregorio Nacianceno**, HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD,
2.ª Ed., 154 págs.
- 3 - **Juan Crisóstomo**, LAS CATEQUESIS BAUTISMALES,
2.ª Ed., 256 págs.
- 4 - **Gregorio Nacianceno**, LA PASIÓN DE CRISTO,
2.ª Ed., 208 págs.
- 5 - **San Jerónimo**, COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN
MARCOS,
2.ª Ed., 136 págs.
- 6 - **Atanasio**, LA ENCARNACIÓN DEL VERBO,
2.ª Ed., 160 págs.
- 7 - **Máximo el Confesor**, MEDITACIONES SOBRE LA AGONÍA
DE JESÚS,
2.ª Ed., 136 págs.
- 8 - **Epifanio el Monje**, VIDA DE MARÍA,
2.ª Ed., 200 págs.
- 9 - **Gregorio de Nisa**, LA GRAN CATEQUESIS,
2.ª Ed., 172 págs.

- 10 - Gregorio Taumaturgo, ELOGIO DEL MAESTRO CRISTIANO,
2.ª Ed., 176 págs.
- 11 - Cirilo de Jerusalén, EL ESPÍRITU SANTO,
2.ª Ed., 108 págs.
- 12 - Cipriano, LA UNIDAD DE LA IGLESIA,
2.ª Ed., en preparación.
- 13 - Germán de Constantinopla, HOMILÍAS MARIOLÓGICAS,
2.ª Ed., en preparación.
- 14 - Cirilo de Alejandría, ¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?,
138 págs.
- 15 - Juan Crisóstomo, HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE
SAN JUAN,
356 págs.
- 16 - Nicetas de Remesiana, CATECUMENADO DE ADULTOS,
152 págs.
- 17 - Orígenes, HOMILÍAS SOBRE EL ÉXODO,
228 págs.
- 18 - Gregorio de Nisa, SOBRE LA VOCACIÓN CRISTIANA,
136 págs.
- 19 - Atanasio, CONTRA LOS PAGANOS,
128 págs.
- 20 - Hilario de Poitiers, TRATADO DE LOS MISTERIOS,
124 págs.
- 21 - Ambrosio, LA PENITENCIA,
144 págs.
- 22 - Gregorio Magno, LA REGLA PASTORAL,
420 págs.

- 23 - Gregorio de Nisa, SOBRE LA VIDA DE MOISÉS,
256 págs.
- 24 - Nilo de Ancira, TRATADO ASCÉTICO,
252 págs.
- 25 - San Jerónimo, LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA,
104 págs.
- 26 - Cesáreo de Arlés, COMENTARIO AL APOCALIPSIS,
192 págs.
- 27 - Atanasio, VIDA DE ANTONIO,
150 págs.
- 28 - Evagrio Póntico, OBRAS ESPIRITUALES,
296 págs.
- 29 - Andrés de Creta, HOMILÍAS MARIANAS
192 págs.
- 30 - Gregorio Nacianceno, LOS CINCO DISCURSOS TEOLÓGICOS,
288 págs.
- 31 - Gregorio de Nisa, VIDA DE MACRINA - ELOGIO DE BASILIO,
176 págs.
- 32 - Basilio de Cesarea, EL ESPÍRITU SANTO,
280 págs.
- 33 - Juan Damasceno, HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS,
232 págs.
- 34 - Juan Crisóstomo, COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS,
200 págs.
- 35 - Gregorio Nacianceno, FUGA Y AUTOBIOGRAFÍA,
272 págs.
- 36 - Dídimo el Ciego, TRATADO SOBRE EL ESPÍRITU SANTO,
208 págs.

- 37 - **Máximo el Confesor, TRATADOS ESPIRITUALES,**
256 págs.
- 38 - **Tertuliano, EL APOLOGÉTICO,**
256 págs.
- 39 - **Juan Crisóstomo, SOBRE LA VANAGLORIA**
LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS Y EL MATRIMONIO
268 págs.

Próximos volúmenes:

- **Juan Crisóstomo, LA VERDADERA CONVERSIÓN**
- **Pedro Crisólogo, HOMILÍAS SELECTAS**
- **Casiodoro, INICIACIÓN A LAS SAGRADAS ESCRITURAS**
- **Gregorio Magno, LIBROS MORALES I**
- **S. Ambrosio, EL ESPÍRITU SANTO**
- **Diadoco de Fotice, OBRAS ESPIRITUALES**
- **S. Jerónimo, COMENTARIO AL EVANGELIO DE MATEO**

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente socio-cultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.